ARMANDO DONOSO

Bilbao y su tiempo

B
B595d

SANTIAGO DE CHILE
TALLERES DE LA EMPRESA "ZIG-ZAG"
1913

The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

BILBAO Y SU TIEMPO

OBRAS DEL AUTOR

LOS NUEVOS.—Sempere y Cía, Valencia.
MENENDEZ PELAYO Y SU OBRA.—Imprenta Universitaria, (Agotada).
BILBAO Y SU TIEMPO.—Empresa Zig-Zag.

EN PRENSA:

LECTURAS.—Ollendorff, París.

PROXIMAMENTE:

LOS MAESTROS.
CASTILLO INTERIOR. (Ensayos de estética).
RUBEN DARIO Y SU OBRA.
LA NUEVA LITERATURA ALEMANA.
LA QUINTRALA. (Monografía novelesca).
LOS NUEVOS. (Segunda serie).

ARMANDO DONOSO

BILBAO Y SU TIEMPO

F2236
.B59

SANTIAGO DE CHILE
TALLERES DE LA EMPRESA ZIG-ZAG
666, Teatinos, 666
1913

A Don Enrique Matta Vial.

Pocos son los que conocen serenamente a Francisco Bilbao y escasos los que le admiran excluyendo razones de egoismo doctrinario. Aquéllos le odian por su antirreligiosidad, éstos le exaltan porque fué un enemigo de la Iglesia. Usted me ha enseñado a comprenderle en cuanto hombre de fe, en cuanto apóstol de la más alta honradez espiritual. Y esta es una virtud que nuestros contemporáneos han olvidado, hoy, corrido ya casi medio siglo despues de la muerte de aquel hombre bueno y santo.

Su entusiasmo fecundo y generoso me ha obligado a reunir en volumen esta serie de conferencias que la Sociedad de Historia y Geografía acogió con benevolencia para mí alentadora.

Sea para Ud., pues, el homenaje de este libro que ha encontrado en su bondad un fuerte escudo.

A. D,

Septiembre de 1913.

132555

PRELIMINAR

Juzgar a Bilbao no es cosa fácil. Sus contemporáneos no le estudiaron con imparcialidad y justicia. Los unos exaltaron sus merecimientos como ideólogo hasta llamarle gran filósofo y pensador original; los menos, ofuscados por la audacia de sus doctrinas, le rebajaron negándole todas sus cualidades. Su hermano Manuel y el poeta de la Barra llamáronle genio, redentor y profeta; Rómulo Mandiola se contentó con denigrarle para rebatirle; don Zorobabel Rodríguez analizó su obra colocándose solamente en su punto de vista de crítico católico; Barros Arana y Lastarria le recuerdan con razonada cordura; para Vicuña Mackenna es un iluminado; Orrego Luco repasa su obra con serenidad y simpa-

tía. Sus contemporáneos todos fueron parciales y apasionados. La época lo exigía así. Los unos formaban en las filas liberales y los otros en las avanzadas conservadoras. Los primeros se habían batido junto con él en las jornadas del 20 de Abril de 1851; los contrarios contribuían a luchar contra la revolución y las reformas libertarias impulsadas por aquéllos. Los liberales habían sido víctimas de los conservadores durante la dictadura de O'Higgins, como a su vez, éstos lo fueron más tarde durante el Gobierno de Pinto. Todos eran jóvenes, ardientes y apasionados, los Lastarria y los Irarrázabal, los Recabárren y los Bulnes, los Rodríguez y los Gallo. ¿Cómo exigirles serenidad, entonces, cuando más alto que la razón gritaban el patriotismo y la juventud, la libertad y la religión? Hombres de su época, palpitaron con ella, compartieron sus errores y sus tiranías. Y, ora caudillos o gobernantes, jamás abatieron sus entusiasmos: reñían por causas santas y, victoriosos o en derrota, persistieron en sus empeños desde el destierro mismo o desde el obscuro calabozo que cortó las alas a sus sueños. Hoy pertenecen a la historia. Los hombres de su generación han desaparecido. Comienzan a vivir en el recuerdo.

Tenemos derecho a juzgarlos y a disculpar sus errores, pues fueron éstos fruto de su época, de un tiempo de extraordinaria agitación y de grandes exaltaciones cívicas. Y, los hombres, como las telas famosas, no pueden contemplarse fuera del marco que los anima: ¿cómo disculparíamos a Benvenuto sin estudiar la Italia del siglo XVI? ¿cómo justificar a Rousseau sin analizar el siglo XVIII? ¿cómo admirar a Lutero sin estudiar la Roma católica de su época? y, ¿cómo, por fin, hablar de los Cortés, de los Pizarro o de los Valdivia, sin darse cuenta de la empresa que significaba la conquista de aquella América bárbara y fastuosa de las civilizaciones azteca e incásica? De tal modo quien quiera analizar fríamente lo que queda para la posteridad de Francisco Bilbao, ha de sufrir seguramente una desilusión: ni fué filósofo, ni fué gran escritor, ni fué un artista magnífico. Nada de eso. Sus ideas forman estrecho maridaje con su acción de agitador. Fué un revolucionario, un caudillo, un apóstol de reacción. Tronó contra los convencionalismos consagrados, sacudió a su época con los relámpagos de su audacia revolucionaria; arrastró multitudes sumisas tras el sueño de sus hermosas utopías. Fué el apóstol más

entusiasta de la libertad. Ingenuo, altivo, convencido, puro como un ala de paloma, su vida es la bondad y la energía mismas. Jamás una sombra empañó la blancura inmaculada de su existencia. Es un verdadero santo laico del calendario republicano de América. ¡Su virtud es una virtud de ejemplo! Su sinceridad es la honradez misma. Ingenuo y entusiasta, místico y ardoroso en sus ideales, su espíritu y su corazón reflejan sus ideas como el agua clara de una fuente copia el cielo azul. Y, en el fondo de ese cielo, la estrella de la fe más ardiente ilumina su vida como un sol.

BILBAO Y SU TIEMPO

I

De un Conspirador á un Pipiolo

Lamennais, ese extraño iluminado por el más ardiente misticismo que haya incendiado un alma durante el siglo XIX, escribía a la condesa de Senfft, su amiga y confidente, en Febrero de 1834, poco antes de dar a la estampa sus "Paroles d'un Croyant": "Plus je vais, plus je m'emerveille de voir a quel point les opinions qui ont en nous les plus profondes racines dépendent du temps ou nous avons vécu, de la societé ou nous sommes née, et de mille circonstances également passageres. Songez seulement a ceque seraient les notres, si nous étions venus au monde dix siecles plus tot oú, dans le méme siécle, a Téhéran, a Bénarés, a Taiti."

Antes de penetrar en la vida atormentada de Bil-

bao y antes de estudiar también los alcances de su obra, es preciso pesar reposadamente la profunda verdad que encierran las palabras ardientes del solitario de La Chesnaie. Sobre todo es cierta, profundamente cierta, en escritores como el autor de la "Sociabilidad Chilena", escasamente originales y que, además de reflejar las angustias y las aspiraciones de su época, refractan a los espíritus más fuertes: sus doctrinas, sus enseñanzas, sus exaltaciones. Bilbao, nacido en la época de la Reforma, hubiera sido un secuaz ardiente de Lutero, como a haber vivido en la Francia del 79 se hubiese hecho un exaltado jacobino. Venido a la vida en época azarosa para el libre pensamiento en América; hijo del último rincón tocado por la bandera de Castilla, luchó contra la tradición, hizo guerra sin cuartel al catolicismo y a la política, erró a través de países lejanos, como un soñador, como un lunático atormentado por la más brava locura.

La juventud de Francisco Bilbao se desenvuelve en el segundo cuarto del siglo XIX, como una exaltación ardiente del liberalismo de su época. Más liberal que su maestro Lastarria y más ardoroso que sus modelos mismos, Edgard Quinet y Lamennais, su adolescencia y su pubertad son un simpático grito de rebelión, un esfuerzo de audacia y un gesto de valentía. La acción de su intelecto ardoroso ante la barrera de sus enemigos, el partido conservador

y los monarquistas, hace pensar en la isocrónica constancia de la gota de agua cayendo sobre la piedra. Su convencimiento es tal que, aún cuando se siente solo en sus instantes de vacilación, se lanza de lleno a una labor que antes que los laureles le había de ganar las espinas para su blanca frente de soñador. Templado su espíritu en el yunque de las más duras adversidades, es un pequeño Atlante fatigado con el Orbe de su Quimera sobre los hombros. La desgracia llega a él, le acecha y no le abandona: turba su tranquilidad, le aleja de los suyos y le obliga a probar el pan del destierro durante agrios años de lucha. En el exilio su padre, arrojado él del Instituto Nacional, perdida la paz del hogar, su carácter se acuña duramente, como una medalla de bronce, en los moldes del infortunio. Sin embargo, a pesar de las amenazas, de las vacilaciones de los suyos y de la incertidumbre dolorosa con que ante sus ojos se abre el porvenir, es admirable la orgullosa entereza de sus veinte años, altivos hasta la soberbia, fieros, rudos, puros y evangélicos hasta el sacrificio. La virtud de su honradez y de su franqueza es un alto ejemplo de civismo. Su vida es un ardiente apostolado. Sus convicciones día a día se fortifican mientras sus locuras de soñador cada vez tienden más alto el vuelo. La bondad ingenua de su espíritu es tanta que la realidad misma se deforma ante sus ojos. Su amor por la verdad es co-

mo un airón plantado en medio de un campo hostil, azotado por las rachas furiosas de todas las latitudes.

Nace Francisco de Sales Bilbao el 9 de Enero de 1823, en Santiago de Chile. Su padre, don Rafael Bilbao, contaba el recuerdo vivo de su ascendiente francés en el amor con que siempre cultivó su gusto por las lecturas de los mejores escritores de la Enciclopedia que, por aquellos años, nadie aún miraba con buenos ojos. En efecto, su madre, doña Josefa Beyner era hija de don Juan Antonio Beyner, (1) ("químico de profesión—escribe don Miguel Luis Amunátegui—minero por especulación, maquinista y fundidor en caso necesario" (2) que tomó parte en la célebre conspiración de Berney y Gramusset de 1780, intento frustrado para darle a Chile un Gobierno independiente. Entonces tuvo ocasión Beyner de conocer muy de cerca a su coterráneo Antonio Alejandro Berney, hombre culto y prestigioso, profesor de latín en el Colegio Carolino, gran lector de Rousseau y de la filosofía inglesa. Aunque en los preparativos para la conspiración la parte de Beyner se reducía solamente a la

(1) Don Miguel Luis Amunátegui habla de don Juan Agustín Beyner, que no puede ser otro que el mismo don Juan Antonio, a que se refiere don Manuel Bilbao.

(2) Miguel Luis Amunategui.—"*Los Precursores de la Independencia de Chile*".—Vol. III.

fabricación de la pólvora y de los armamentos, hubo de concurrir a dos de las frecuentes reuniones secretas celebradas por los conspiradores, entre quienes figuraba el grande y nunca bien ponderado don José Antonio Rojas. Desgraciadamente, la traición de Saravia anticipó el fracaso del movimiento y mientras Berney y Gramusset tenían un triste fin embarcados desde el Perú con rumbo a España, el uno arrojado al mar y el otro deshecho en la mazmorra de un calabozo, Beyner se vió condenado a ausentarse de la tierra hospitalaria de Chile.

Así, pues, el padre de Bilbao tenía por herencia directa de su abuelo materno el bautismo y energía de un hombre de corazón que estuvo a punto de quemar su vida en las garras de la justicia por conspirar en el primer intento de independencia chilena. Y, si la magnitud del intento no correspondió en la aventura a la mezquindad del fin traidor, es menester recordar en la tradición gentilicia de Bilbao la sombra de su abuelo, rudo aventurero dispuesto a vender muy cara su vida en bien de una causa altísima. Tal vez, como recuerda don Miguel Luis Amunátegui, la muerte obscura de los conspiradores contribuyó a que el olvido mantenga entre sus sombras uno de los primeros y más ardorosos intentos de movimiento libertario republicano, fracasado en la última posesión de los dominios castellanos. Si el suplicio de Berney y Gramusset hubiese tenido como

teatro la plaza de Santiago, acaso el recuerdo de tal empresa viviría hoy en una página ardiente de nuestra historia.

En 1819 casó don Rafael Bilbao con doña Mercedes Barquín, en Buenos Aires, metrópoli en la cual se estableciera cuando huyó de Chile, en compañía de otros emigrados santiagueses. Quiso su buena estrella depararle por compañera de su vida a una mujer que si no era portento de cultura poseía, en cambio, un carácter firme y una inteligencia clara, ("mujer llena de espíritu y de imaginación amplia y abundante"—la llama Vicuña Mackenna). (1). Con felicidad supo ella conservar siempre en su hogar la llama viva del más honrado cariño para un esposo que, en su existencia constantemente agitada, necesitaba el consuelo de su afecto sereno, como un lenitivo para calmar el dolor de aquella herida eternamente abierta en su corazón por la muerte de sus tres primeros hijos.

Ardientemente partidario de las ideas liberales y entusiasta como patriota, jamás dejó de pensar don Rafael Bilbao en su patria distante, atribulada entonces por las disensiones intestinas y por la ruda guerra de la Independencia. De regreso en Santiago, en 1822, se entrega por entero a la causa que, desde entonces, erigió en franca norma de su ac-

(1) Vicuña Mackenna.—*Relaciones Históricas*. I.

ción de hombre libre. Caído O'Higgins del poder, se organiza el partido pipiolo, compuesto de la mayor parte del elemento liberal antes disperso. En él formaban todos los hombres cuyas doctrinas negaban el imperio de la tradición en las instituciones republicanas. "De consiguiente, el partido conservador—escribía don Federico Errázuriz—era el enemigo natural del partido liberal, que pretendía remover desde sus cimientos las instituciones del coloniaje, para substituirlas con otras más adelantadas y más conformes a nuestra forma republicana (1). En la constituyente de 1828 formó parte don Rafael Bilbao: terció en sus debates doctrinarios, proclamando el derecho de la soberanía popular y el culto puritano de toda ley que sea voluntad del sufragio universal. ("Don Rafael Bilbao fué miembro de la Constituyente y Congreso—escribe don Federico Errázuriz—y en ella se hizo notar por su radicalismo en ideas") (2). Más tarde, después de las turbulentas agitaciones que sacudieron al país, y ya en el Ministerio Portales, la dictadura civil obliga a los más ardientes liberales a desertar de la lucha política o a dejar el terruño. Una nueva época de ostracismo le obliga a don Rafael Bilbao a abandonar el país en com-

(1) Federico Errazuriz.—*Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828.*

(2) Federico Errazuriz.—*Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828.*

pañía de su hijo Francisco, a la sazón de once años de edad. Ya en Lima el bravo caudillo liberal, se reune con los emigrados chilenos: Freire, Uristondo, Pascual Cuevas, Escanilla, y fraguan el plan de liberar a la patria del Gobierno de Portales, intento que se resuelve en el último recurso de una expedición al Sur de Chile, donde se organizará un ejército que marche a Santiago a derrocar al Ministro pelucón. Fracasada esta en las costas mismas de la patria, caen prisioneros sus organizadores, y el destierro viene nuevamente a rematar aquel intento de audacia y coraje.

Tal es la vida del padre de Francisco Bilbao: odisea de energía y de entusiasmo; ardiente amor por la causa liberal y patriotismo honrado y decidido. Conspirando siempre, sufriendo las adversidades del destierro, su existencia fué un ejemplo de alta virtud cívica para el hijo que no haría más tarde que exaltar la herencia varonil de los entusiasmos de su padre. En semejante escuela de civismo se troqueló su espíritu; y, luego después, la disciplina de sus varias lecturas había de completar la obra iniciada en el hogar por el ejemplo. Se pensará que en la existencia de Francisco Bilbao presidió el hada de la energía y del convencimiento: desde el abuelo hasta el nieto un mismo pensamiento ata tres existencias como un hilo de oro; la libertad es la norma de esas tres vidas; la libertad que acariciaron en sueños, en el peligro, frente a la muerte misma.

II

Espejo de una juventud ardorosa

Hay juventudes duras y perfectibles como el diamante. El tiempo pasa a través de la piedra preciosa multiplicando su pureza y, a medida que el roce de los años limpia su corazón de cristal, la virtud de su brillo crece en el seno de la tierra hasta que el ojo avizor del minero descubre su luz en la entraña obscura. Tal sucedió con la adolescencia del joven revolucionario Francisco Bilbao. Su vida se desenvuelve en el estudio, al amor del hogar, sin otros contratiempos que los sinsabores que le acarrearan a su padre las frecuentes persecuciones y destierros. Nada turba la serenidad de su espíritu ansioso de cultura; hasta que un día la primera publicación seria y extensa que brota de su pluma, exalta su per-

sonalidad en alas del escándalo. Entonces la piedra preciosa ha quedado en descubierto.

De la obra de Bilbao como estudiante restan algunas páginas de muy escasos méritos, que apenas si son un reflejo de la incertidumbre ideológica por que atravesara el principiante: la larva que en su metamorfosis siente que poco a poco le nacen las alas. Mientras estudiaba en el Instituto Nacional su curso de derecho, de latín y de filosofía, con maestros como Bello, Lastarria y López, compuso numerosos artículos de índole sociológica y tradujo la obra de Lamennais *De la esclavitud moderna.*

La influencia de Lastarria y López contribuyó grandemente en su orientación filosófica. A los veinte años había leído ya Bilbao las obras de Rousseau, de Cousin, de Gibbon, de Dupin, de Volney, de Vico, de algunos enciclopedistas y, sobre todo, el Evangelio y los libros más varios de historia, crítica religiosa y filosofía política. "En esa época—escribe Lastarria—él tenía pasión por la historia y todos sus trabajos eran de este género, y tenía una tendencia filosófica muy marcada". (1). Su voracidad intelectual crecía con su cultura, de modo que no es extraña la frase siguiente, que recuerda haber oído en sus labios su propio hermano don Manuel: "Deseo la muerte para satisfacer en el seno del Eterno

(1) Carta de Lastarria a don Manuel Bilbao.

cuanto hoy ignoro". (1) Era estudiante también cuando una feliz casualidad le procuró la lectura del primer libro de Lamennais, que tan profunda impresión había de dejar en su espíritu adolescente. "Salía del colegio—refiere—una tarde de verano, hora de quietud y silencio en la ciudad, abrasada por un cielo refulgente... Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas, que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrita, y al verme me dijo:—hé aquí, Francisco, lo que te conviene;—era *El Libro del Pueblo,* de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra, y desde entonces la luz primitiva que fecundó la *Araucana* de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del republicanismo eterno, que recibí en mi patria independiente y con la palabra de mi padre".

Como estudiante Bilbao no descolló con extraordinaria precocidad, tal vez porque antes que un impresionista o un dechado de memoria, era un reflexivo tímido. Celoso partidario del racionalismo filosófico, buscaba ardientemente un consuelo para el torbellino de sus dudas y de sus claudicaciones espirituales. Enemigo de todo tradicionalismo, miraba con horror las instituciones consagradas por un uso secular y rutinario; ardoroso partidario de la juventud liberal que se formaba en las aulas del Instituto y entusiasta

(1) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

admirador de los nuevos escritores que constituían la *Sociedad Literaria de Santiago,* comenzó a figurar Bilbao a la edad de veinte años en aquel movimiento político e intelectual que tan agrias horas de desconcierto le había de acarrear más tarde al gobierno en la lucha ardorosa del liberalismo. Llamado a colaborar en *El Crepúsculo,* envió su primer trabajo la *Sociabilidad Chilena.* Desgraciadamente, el escrito promovió tamaña algarada entre las autoridades, que éstas tomaron cartas en el asunto y rápidamente Bilbao se vió acusado y procesado por el delito de blasfemo e inmoral.

En el seno de la sociedad de Santiago del año cuarenta y cuatro cayó dicha publicación como guijarro de fuego en un charco tranquilo. Hirvieron las opiniones en torno, se exaltaron los ánimos, llovieron las maldiciones hasta tal extremo que la autoridad eclesiástica de Santiago hubo de prohibir a los párrocos rurales la libertad de excomulgar a su antojo al autor. El Gobierno favoreció abiertamente las alarmas de quienes atacaban con chismes y murmuraciones a aquel muchacho indefenso, de veintiún años, apasionado y varonil como un joven héroe de leyenda. ¿Qué mayor gloria podía desear un escritor casi adolescente para su triunfo y su nombre? ¿Qué más que el escándalo y la exaltación de sus impugnadores? Bastaba que hubiera sido acusado para que la amistad de los suyos tejiera a su al rededor un

cerco de acero en su defensa y para que intentaran vengarle de los ultrajes de sus enemigos. De la noche a la mañana Bilbao se hizo célebre, escritor discutido y mártir de las ideas nuevas. El 24 de Junio acordó el Consejo de la Universidad separar a Bilbao del Instituto Nacional, privándole de poder asistir a sus clases (1); la parte del periódico que

(1) En la interesante monografía *El Instituto Nacional*, escrita por don DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR, encontramos las proposiciones aceptadas unánimemente por el Consejo de la Universidad en sesión extraordinaria de 24 de Junio de 1844.

Dicen las proposiciones segunda, tercera y cuarta como sigue:

"Que se prohibiera a don Francisco Bilbao seguir concurriendo a las clases del Instituto, y *aún entrar en el establecimiento*.

Que don Guillermo Blest quede suspenso de sus funciones como profesor de medicina, hasta que, en vista de la explicación que diere de su conducta en el día del jurado, se tomen las providencias que se estimaren justas sobre su separación.

Que se ordene al rector del Instituto practicar una averiguación acerca de los alumnos de aquel establecimiento, mayores de quince años, que hubieren tomado una parte activa en el vitoreo a Bilbao que tuvo lugar el día del juicio contra el artículo de *El Crepúsculo*, previniéndolo comunique al Consejo el resultado de sus investigaciones, para tomar las providencias convenientes."

Después de transcribir algunas notas interesantes, agrega don DOMINGO AMUNATEGUI:

"Como ha podido observarse, don Manuel Montt y don Antonio Varas dejaron hacer, pero no contribuyeron con sus votos a la persecución contra Bilbao. En cambio, don Andrés Bello, no vaciló en sacrificar a su discípulo, que lo había sido durante varios años, en aras del fanatismo religioso y político de la sociedad en que vivía. Sin embargo, Francisco Bilbao conservó siempre cariño y estimación por el sabio maestro". DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR. *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas (1835-1845)*. Vol. II, 1899.

contenía el escrito suyo fué quemada por mano del verdugo; la prensa conservadora le condenó llamándolo hereje y blasfemo; y, por fin, no faltó quien insinuara la idea de hacer recaer sobre el joven escritor un castigo severo que le sirviere de escarmiento futuro. Mas, la actitud de sus partidarios y amigos y del pueblo que asistieron el día de su presentación ante el Tribunal Calificador, no sólo le ampararon con francas simpatías sino que contribuyeron a cubrir rápidamente los mil doscientos pesos de multa a que fué condenado Bilbao. "Pagada la multa,—escribe don Manuel Bilbao—el pueblo pidió que se le entregaran los jueces" (1). Enardecida la multitud con el naciente prestigio de Bilbao y con el gesto bizarro de su abierta osadía, hizo de él un ídolo. La juventud del escritor no podía menos que entusiasmarla hasta el delirio. Nuestras multitudes se impresionan fácilmente en favor de quien sabe llegar hasta ellas apelando a los gestos de audacia. Y la palabra viva y elocuente de aquel muchacho de grandes ojos azules y cabellera soñadora, no podía menos que arrastrarla en una gran oleada de admiración y simpatía. Además, Bilbao se mostró ante sus jueces en actitud levantada y varonil, convencido de que su causa era la causa de la libertad y la causa del pueblo. La lectura de la Biblia y de los libros de Lamennais le había enseñado el arte de escribir en afo-

(1) Manuel Bilbao.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

rismos y sentencias lapidarias, parecidas a los versículos. El tono sentencioso y su actitud irrespetuosa le granjeaban las opiniones de la juventud y del pueblo. Demasiado comprendía Bilbao que un arranque subversivo ante la autoridad vale más que cien razones para ganar partido entre las masas. Así, pues, ante el juez y el fiscal que oían la defensa suya contra la acusación de su escrito, Bilbao se muestra altivo y desdeñoso, seguro de sus fuerzas y de las simpatías de quienes le escuchan. "Ahora, señor fiscal, ¿quién sois, vos que os hacéis el eco de la sociedad analizada;—dice haciendo su defensa—que os oponéis a la innovación, parapetado en las leyes españolas, qué crimen cometéis?—El *juez* (campanillazo). Señor, Ud. no viene a acriminar al señor fiscal.—Bilbao. No acrimino, señor juez, clasifico solamente. La filosofía tiene también su Código, y este Código es eterno. La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. Eh bien! innovador, he aquí lo que soy; retrógrado, he aquí lo que sois".

A no haber mediado este proceso ruidoso en el cual más que de enjuiciar a un escritor se trataba de ahogar con severo correctivo, el nacimiento de ideas perturbadoras para la tranquilidad del Estado, la obra de Bilbao hubiera tenido una resonancia mucho menor y al cabo de un mes nadie se hubiera acordado de ella. Para la sociedad de Santiago, profundamente conservadora, la *Sociabilidad Chilena* tuvo el carácter

de un insulto audaz que era menester lapidar con la intervención de las autoridades. ¿Cómo dejar en el silencio aquella invectiva audaz que iba dirigida contra "una religión dominante que nadie se hubiera atrevido a atacar hasta entonces a cara descubierta,— según escribe don Zorobabel Rodríguez,—una ley que castigaba la heregía como un delito gravísimo y una sociedad cuyos sentimientos estaban en el más perfecto acuerdo con las prescripciones legales" (1), y que formaba la unidad de su sociabilidad arbitraria? Ardiente y convencido de sus ideales revolucionarios, hijo espiritual de Rousseau y fiel intérprete de las primitivas enseñanzas del cristianismo, la juventud apasionada de Bilbao soñaba en una era de libertad y de fraternidad de la cual debía ser él su profeta y su apóstol. Y, en tal sentido, es preciso reconocer que el naciente liberalismo chileno le debe a su obra gran parte de los avances que logró realizar en los años 44 y 45, pues aún cuando Bilbao había partido a Europa, quedaba grabado en los corazones de la juventud chilena, el recuerdo de su obra audaz y entusiasta, precursora de futuras cosechas de verdades y heredera directa del racionalismo francés y de los por aquel entonces olvidados avances del pensamiento español que encarnan los Saavedra Fajardo, los Jovellanos y los Feyjóo.

(1) Zorobabel Rodriguez.—*Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*

III

La primera obra

Escrita entre los veinte y veintiún años la *Sociabilidad Chilena* da la medida de los estudios emprendidos por Bilbao y de la influencia que ejercieron sobre su espíritu las obras de Cousin y Dupin, de Lamennais y de Vico. Celoso partidario de sus doctrinas, soñaba ver implantadas en su país las reformas que aquellos pensadores aplicaban a los organismos de los viejos estados europeos. *El Contrato Social* del huraño ginebrino, le hacía pensar en las excelencias del derecho primitivo, mientras las lecciones de su maestro muy amado Vicente Fidel López le hablaban muy alto de las disciplinas del derecho positivo y del racionalismo moderado. Su amor por el pueblo, cuya regeneración y libertad constituyeron el eterno desvelo de su vida, le hizo odiar

la tiranía de toda autoridad. "Tenía un odio que le cegaba, el del despotismo,—escribe Lastarria—y por eso trabajaba por la emancipación del hombre en todo sentido, y se irritaba contra toda opresión" (1).

Pero antes de entrar en generalizaciones sobre sus doctrinas, es preciso analizar el estudio *Sociabilidad Chilena* que da la medida exacta de la capacidad de esa juventud ardorosa e indisciplinada. Consta de tres partes: *Introducción, Nuestro pasado y Revolución.*

La primera es una ligera reseña o digresión, escrita en estilo declamativo; una invocación lírica a la vida, a los hombres de fe, a los manes abstractos de la idea. Nada concreto afirma en ella el joven pensador; sólo adivinamos, a través de la maraña verbosa, sus intenciones libertarias, sus buenos propósitos en favor de los oprimidos y de los hombres de fe ardiente. Oigámosle, pues no es cosa fácil analizar y exponer lo que en dicha introducción anuncia, más el poeta que el pensador. Escribe... "¿Habéis escuchado los cánticos sublimes que arrojan los pueblos al marchar a las batallas? ¿Habéis sentido, en presencia de las bellezas de la naturaleza, al oir los cantos del poeta, al ver al hombre íntimo exteriorizado por la pintura, habéis sentido, les diría, esos

(1) Carta de Lastarria. 1866.

embelesos misteriosos, esas agitaciones volcánicas, esos llamamientos divinos hacia una cosa que no sabemos, visible infinita?... Me diréis: habéis sentido esas impresiones, pero fugaces;—las habéis sentido, pero la realidad estaba cerca;—habéis entrevisto el misterio profundo de los cielos, pero la nube pasaba y vuestra vista bajaba hacia la tierra; habéis llorado, pero la carcajada de la indiferencia os volvía a la vida!..." La oratoria aforística de Lamennais había dejado huella muy profunda en la manera abstracta y simbólica de escribir de Bilbao.

Ya en la segunda parte de la *Sociabilidad, Nuestro pasado*, su plan se avanza a comentar y refutar valientemente el tradicionalismo y la religión católica. Sin embargo, su manera vaga, alambicada y aforística, es la misma. "Nuestro pasado es la España.—dice—La España es la Edad Media. La Edad Media, se componía, en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad". Sus ideas no son, ciertamente, originales; mas, es preciso reconocer que su audacia es digna de admiración. En medio de una sociedad profundamente conservadora, tanto en religión como en política, Bilbao aparece inesperadamente: grita contra la oligarquía reinante, cuyos fundamentos descansan sobre la religión y sobre la mentira de un gobierno que no es representativo de la soberanía popular. Es preciso darse cuenta exacta de los ataques hechos por Bilbao a la religión y al clero para

compreder hasta qué punto había de sentirse agitada la sociedad del año 44.

"El sacerdote—escribía—desde el absoluto trono de su confesonario, puede disponer del universo... Sujetemos la lógica de las consecuencias que salen de suyo". Más adelante agrega: "La iglesia necesita incienso, pompa, candelabros, campanas que asusten, monumentos que aterren, oro, plata, cobre, necesita el sostén del clérigo y de la comunidad que no puede trabajar, sino estudiar para la interpretación; luego el pueblo tiene que dar diezmos y primicias de su trabajo". ¿Podía afrontarse más descarnada y abiertamente la cuestión religiosa ante aquella sociedad de tranquilos rebaños cristianos? En seguida, al tratar Bilbao de la esclavitud de la mujer dentro de las instituciones católicas, estampa el siguiente concepto, candente como una rúbrica de fuego, que fué considerado como la mayor blasfemia de aquel escrito subversivo: "Pero el adulterio incesante—dice al comentar la situación desventajosa de la mujer respecto del marido—ese centinela que advierte a las leyes su imperfección, es la protesta contra la mala organización del matrimonio". Bilbao afirma de este modo su violento y justificado odio contra la situación social de la mujer y consagra en tal frase toda la elevación de su espíritu al considerar, con ruda franqueza, el problema feminista, veinticinco años antes que Stuart Mill echara al mundo su obra

"Subjection of Women". En ese instante de su vida Bilbao, como pocos jóvenes de su tiempo, soñaba ya con la completa liberación de la mujer: su ideal femenino lo constituía la virgen fuerte de algunos filósofos, de Michelet y Quinet, que, en cierto modo, encarnaba ante los ojos de su espíritu, Jorge Sand. Al referirse a la célebre escritora francesa, decía: "Ahí está esa sacerdotisa que se inmola; pero sus miradas proféticas señalan el crepúsculo de la regeneración del matrimonio". Desgraciadamente, va corrido más de medio siglo, y el ideal del joven pensador, sólo ahora comienza a realizarse en toda la plenitud de sus sueños.

Estudiando más adelante las relaciones del Estado con la religión analiza los vínculos de la familia y de la sociabilidad mantenidos como lazos indisolubles por el catolicismo. En la familia, el matrimonio fortifica la unidad de la doctrina: su indisolubilidad, las relaciones de padres a hijos, y la procreación, dependen directamente de la Iglesia. A través de los muchos sacramentos que en la vida de los seres van atando como los eslabones de una cadena, las vidas a la de la madre común espiritual, se cimenta la unidad fuerte de sus enseñanzas y de su acción civil sobre la humanidad. La Iglesia preside en el nacimiento y sella los labios de los moribundos con su última voluntad expresada en el sacramento de la extremaunción. De su tutelaje sobre la familia la potestad del catoli-

cismo extiende sus lazos hacia la unidad del Estado en los gobiernos. "El individuo sometido al poder: esclavitud del ciudadano—escribe Bilbao—*Obedeced a las potestades,* dice Pablo. Hé aquí el principio de que se valió el catolicismo en Roma para atraerse el apoyo de los soberanos y de los poderes constituídos. Así también se explica—agrega—la unión que casi siempre ha habido en el clero y las monarquías católicas. La monarquía es un gobierno de *Tradición* divina o heroica y de privilegio y autoridad; luego, necesita del auxilio de la religión, es decir, del clero que le someta los individuos y evite el análisis, el pensamiento libre, que es el enemigo de toda traición". A su vez el clero necesita de la autoridad terrestre para sus funciones divinas: la persecución de la herejía y la protección de sus intereses privados, requieren del auxilio de la fuerza y de la riqueza. "La autoridad es la fuerza—dice Bilbao— y la fuerza es la autoridad. El rey viene de Dios (*Rex gratia Dei*), es su brazo y el Papa su inteligencia divina en la tierra". Ambas autoridades, la temporal y la espiritual, se completan. El mundo es de ellas. "Con que esclavos del gobernador, el gobernador del rey y el rey del Papa. Luego no hay ciudadanos ni pueblos. Hay esclavos y rebaños".

Tal es, a grandes rasgos, la exposición ideológica de sus doctrinas en lo que se relacionan con la religión. La conclusión que de lo anterior se podría deducir sería

la de que la religión católica como función integral del Estado contribuye a afianzar en los gobiernos el poder de la tiranía sobre el pueblo. Y Bilbao, ardiente discípulo de los filósofos del siglo XVIII, amaba por sobre todas las cosas la libertad, la igualdad y la fraternidad, los tres principios de la Revolución Francesa que en sus sueños aplicaba al último rincón de la América libre en los primeros años de su vida independiente.

En la tercera parte del estudio, *Revolución,* reseña largamente las consecuencias del movimiento operado a principios del siglo en las colonias españolas de América. "Nuestro pasado, como hemos dicho,—escribe—ha sido de la Edad Media, es decir, de la España. Nuestra revolución ha salido de la edad nueva, de la Europa. La edad nueva estalló en Francia; eslabonemos, pues, nuestro pensamiento revolucionario con el pensamiento francés de la revolución". Y en esta parte prueba, nueva y suscintamente, de cómo el sostén de la rutina y de todos los principios contrarios a su movimiento inicial revolucionario en América descansaba sobre la unidad del catolicismo mantenido como religión oficial. Los siervos vivían tranquilos de sus escasas luces, resignados aguardando el premio de sus virtudes después de la muerte en el consuelo que dulcemente les ofrecía la religión. Pero, los libertadores del pensamiento aparecen y, llámense Lutero, Voltaire o Rousseau, hacen que la

duda germine y que la dignidad humana se levante sobre los escombros de la antigua deidad sacrificada. "Examinar es negar la fe—dice—y es someterse al imperio de su razón individual". Y, en el templo antiguo nace el espíritu nuevo, bate las alas y vuela a través de todas las regiones del pensamiento. Es el siglo XVIII, con su luz redentora que hace crugir las cadenas de las prisiones y derriba los altares. "Siglo XVIII! batalla humanitaria que reune el ruido del ariete que derriba y el crugido horrible de los que sepulta". De aquella libertad nació también la libertad de la América. Pronto se estableció el contacto y las almas se fundieron en una. "La revolución germinaba entre nosotros y estalló a la señal de la prudencia". "Nuestra revolución—agrega Bilbao—fué reflexiva en sus promotores y espontánea en el pueblo". Luego se pregunta, en su ardor revolucionario, cuál fué el punto culminante de esta revolución y el fin obtenido. Y responde: "La libertad del hombre y la igualdad del ciudadano". Desgraciadamente, Bilbao no observaba en su ingenuidad de apóstol de la libertad, los resultados inmediatos de la independencia. La revolución no hizo al hombre libre ni igualó sus derechos. Este continuó siendo esclavo bajo una nueva dependencia, la del mandatario criollo que vino a substituir al virrey, al gobernador o al capitán general español. Ciertamente que las constituciones indo-españolas reivindican en teoría todos

los derechos de los ciudadanos, pero, luego la autonomía de estos derechos fué atropellada por los gobiernos republicanos y, como sucedía en Chile, el Presidente era el primer gran interventor en materia electoral. La revolución destruyó nominalmente los privilegios los cuales después se implantaron en otra forma, contribuyendo a mantener la cohesión de una clase privilegiada. Sin embargo, siquiera el súbdito pasó a ser ciudadano amparado por la ley y por el derecho de la libertad. Consumada la independencia, Chile había de atravesar, como sus demás hermanos de América, por análogas vicisitudes: violentas crisis intestinas y conflictos exteriores. Después de 1810 hemos tenido dos gobiernos, el de la tradición republicana y el de la tradición del orden antiguo. Ambos han sido vencedores y vencidos. "O'Higgins quiso organizar los elementos sociales: es decir, relacionar las tradiciones chilenas con las ideas nuevas y con el poder que las llevase a efecto. Pero en semejante obra vió asomar las resistencias y entonces tan sólo quiso organizar el poder y fué déspota. El pueblo, revolucionado en política, protestó y O'Higgins cayó como hombre de organización y como hombre de tradición republicana". Dudó de la soberanía popular y no supo aprovechar los resultados de la revolución. Cae O'Higgins y se alza Freire. Luego viene un nuevo gobierno. Su acción es fuerte y decidida. Los principios de la revolución reviven. La instrucción se

acrecienta. El pensamiento extranjero encuentra un campo franco donde echar sus primeros gérmenes. La industria y el comercio se multiplican. "No había mayorazgos ni vinculación que impidiere el libre desarrollo de los fundos, escribe Bilbao. La introducción de libros era libre. No había censura ni censores". Las propiedades que poseían las comunidades de los frailes fueron devueltas a la nación. La Constitución sancionada por los poderes era completa y respondía a las completas aspiraciones del país. Pero, hé aquí que el movimiento de reacción se apodera nuevamente del poder. Triunfa la revolución y el país vuelve a su estado antiguo. Las persecuciones comienzan. La educación libre es sofocada al nacer. La restauración trae consigo todos sus arreos antiguos: la persecución, el chisme, el destierro y el temor del imperio religioso. El advenimiento de Bulnes significaba el triunfo de la reacción del pasado. "Bulnes reunía las cualidades que halagan a la plebe y al soldado era güaso y valiente. Tenía entonces en la frente la corona de Yungay". De todo lo cual Bilbao deducía, como conclusiones, las siguientes: Debemos educar y preocuparnos del pueblo. "Eduquémosle—escribe—en la teoría de la individualidad, del derecho, de la igualdad y del honor". Sólo así podrá recibir el óleo de la palabra que anuncia las redenciones futuras. Sobre la libertad y la igualdad social descansan el secreto de la verdadera democracia. "Así como

la duda retrocede ante la conciencia de la existencia del *yo*, así también la duda política y religiosa se detiene a contemplar el grandioso e irresistible espectáculo de la libertad que hemos conquistado filosóficamente y la libertad del individuo como cuerpo y como cosa que piensa."

Tales son en resumen las ideas removidas en el escrito *Sociabilidad Chilena.* Ninguna novedad hay en ellas que hoy pueda prender en los espíritus y fructificar en ardientes entusiasmos como sucedió el año 44. El propio Bilbao, al recordar esta su obra de estudiante, escribía algunos años más tarde: "Este escrito fué una proyección del siglo XVIII lanzada por un alma juvenil". Hé aquí su auto crítica verdadera. Hasta ese entonces si es cierto que Bilbao fué estudiante sólo preocupado de sus libros, es preciso reconocer también que su cultura científica se advierte escasa y poco firme. Barros Arana recuerda que, "no sólo carecía Bilbao de toda noción científica, lo que por lo demás era común a los jóvenes de su generación, como resultado del atraso en que estaba la enseñanza pública, sino que en la variedad de lecturas de literatura o de historia, revelaba una gran inferioridad sobre muchos de aquellos" (1). De lo cual proviene la poca fijeza de sus ideas, el tono sentencioso de su estilo, y el ropaje simbólico con que

(1) Barros Arana.—*Un decenio de la Historia de Chile.* Vol. II

reviste hasta las argumentaciones más triviales. El verdadero mérito de la *Sociabilidad Chilena* estaba en el valor francamente heroico con que Bilbao, siendo aún un joven, se atrevía abiertamente a encarar las preocupaciones de su época sobre las cuales descansaban los fundamentos de la sociedad y de la política. No se arredró ante la avalancha de los prejuicios sociales que hubieran podido sepultarle bajo el torbellino desencadenado de su agitación. Su gloria arranca de su audacia. Más que convencer a sus partidarios logró entusiasmarles con aquellos períodos cortantes, lapidarios y solemnes, revestidos de ardientes alegorías y de invocaciones paradójicas. Si en verdad hoy nadie recuerda las doctrinas de la *Sociabilidad Chilena,* en cambio la memoria de Bilbao, apóstol y agitador, es inolvidable, porque antes que sus ideas filosóficas nos agradan sus arrestos de iluminado y sus fieras embestidas contra la tradición secular. Yo me atrevería a calificarle de un precursor ardiente del socialismo en Chile: socialismo que si no es original en él por lo menos encontró en Bilbao un decidido apóstol que lo aplicase a la sociabilidad nacional.

IV

Tribulaciones, horas de estudio e intimidad en Europa

Poco tiempo permaneció en Chile Bilbao después del apasionado proceso de su escrito *Sociabilidad Chilena.* Durante algunos meses redactó en Valparaíso. *La Gaceta del Comercio* y en Octubre de 1844 abandona las playas chilenas rumbo a Europa, en compañía de don Francisco y de don Manuel Antonio Matta. Llega a París a fines de Febrero de 1845. Los primeros síntomas que anunciaban el derrumbe de la monarquía de Julio comienzan a manifestarse claramente. Se instala en el Barrio Latino, en una pequeña pensión de estudiantes. Conocedor de la lengua francesa, se entrega de lleno al estudio asistiendo a cursos universitarios y a las conferencias de los centros doctos. Su hermano don Manuel recuer-

da que cursaba Astronomía con Arago; Geología y Química con Dumas; Metemáticas, Economía Política e Inglés. Pero, lo que mayor curiosidad y simpatía despertó en su espíritu joven fueron las lecciones y cursos que Michelet y Quinet dictaban en el Colegio de Francia. A ellos y especialmente a Lamennais, a quienes consideraba como sus maestros, había de acercarse como un discípulo que quisiese fortificar en la intimidad el caudal de sus doctrinas con la palabra nueva de quienes echaron las más fuertes semillas de libertad y de redención en los surcos abiertos de su espíritu.

Ya en 1845 encuentra el joven escritor chileno que, la que era estrella de primera magnitud en 1830, comenzaba a apagarse en un crepúsculo triste. Su primer mentor intelectual, Lamennais, cuyas doctrinas había seguido él con ávida curiosidad desde las aulas del Instituto Nacional y que apadrinaron su nacimiento a la vida del pensamiento cuando tradujo uno de sus libros, comenzaba entonces a declinar en plena ancianidad, triste, abatido y sólo, inmensamente solo. ¿Qué había sido de aquella su energía indomable que en Roma se exaltó en un bello gesto de audacia?; ¿qué de aquellas convicciones recias y ardientes, como carbones encendidos, de las *Paroles d'un Croyant?* Deshecho después de las horribles tempestades que se levantaran en torno suyo con motivo de la publicación del más hermoso de sus libros,

sentía apagarse la estrella de su fortuna lentamente. La ruptura definitiva con Roma y el abandono en que le dejaron sus mejores amigos Combalot, de Coux, Lacordaire, Gerbet, de Salnis, Montalembert y Rohbacher, cortaron antes las alas a sus más duros entusiasmos. Idos eran ya esos buenos tiempos de fe ardorosa que Sainte-Beuve recordaba, años más tarde, en una hermosa página, al hablar del Padre Lacordaire: "Un groupe de jeunes écrivains catholiques distingués,—decía el autor de *Port Royal*—de doctrinaires du parti, qui, a l'envie du Globe, s'étaint essayés dans *Le Correspondant* sur la fin de la Restauration, se joignirent, sans s'y confondre, avec le groupe des amis de M. de Lamennais; a coté du vigoreaux et sombre Breton, doux, aimable et savant abbé Gerbet, du brillant et valereux Lacordaire, du jeune comte leur ami (Montalembert), alors dans toute la fraicheur acérée de son talent, etc..." (1). Sólo vagos recuerdos persistían de aquella su popularidad, antaño enorme; de esa fiebre que se apoderó hasta de las multitudes mismas cuando apareció su libro *Paroles d'un Croyant.*

El propio Saint-Beuve, cuyas páginas admirables constituyen el mejor testimonio de los acontecimientos de la época, ¿no refería también que, estando él encargado por el propio Lamennais de hacer la pu-

(1) SAINTE-BEUVE. *Nouveaux Lundis.* Vol. IV.

blicación de este su libro, un día se encontró con el impresor quien, entre confundido y temeroso, le dijo: "Vous etes chargé de l'impresion d'un écrit de M. de Lamennais qui va faire bien du bruit; mes ouvriers eux-memes ne peuvent le composer sans etre comme soulevées et transportés; l'imprimirie est toute en l'air" (1). Esto da una idea exacta del poder comunicativo y eruptivo que había en dichos escritos. Pero, desde los alegres días de esa publicación, a los años vacilantes de su vejez, se interponía un abismo de bárbara indiferencia. A partir de 1843 se presienten las vacilaciones y las tristezas de sus últimos días. Después de los ardores de una vida de apostolado, su ancianidad es débil y temblorosa, como la pobre hoja que la brisa más ligera sacude despiadadamente en la rama del árbol. Sus campañas se resienten de flaquezas prematuras. La publicación de uno de sus folletos le acarrea una condena y una multa ignominiosas. El hielo de los años encorva su cuerpo, corona de blancura su cabeza y apaga el fuego de su corazón ardiente. Y el que antes era el más admirable de los frailes de su tiempo, audaz e intrépido como un águila que explorara el azul, decae y sus años postreros transcurren silenciosos y humildes como la más humilde de las vidas de cualquier hijo de mujer. La

(1) SAINTE-BEUVE. *Nouveaux Lundis.* Vol. I.

enantes clara fuente de sus ideas se enturbia y la confusión y la paradoja pervierten el líquido otrora puro. ¡Qué lejos estaba entonces de poder exclamar como en sus años de lucha: "C'est á peu pres la seule consolation de ce monde quand les hommes vous maudissent, c'est alor que Dieu vous bénit"! (1).

Por la inversa, Michelet y Quinet gozaban ya por aquellos años de un prestigio envidiable. La juventud se agrupaba en torno de sus cátedras, ansiosa de escuchar de sus labios el credo de las doctrinas nuevas. Mientras la estrella solitaria del hijo de Saint-Malo declinaba hacia su ocaso silencioso después de alumbrar el más hermoso día, estos dos nuevos soles llenaban ya el cielo francés con el calor de su lumbre. Ambos eran antes soñadores que investigadores; más verbosos que exactos; imaginativos y desmesurados en sus contornos. Michelet, al escribir la *Historia de Francia,* persigue fines análogos a Quinet, cuando expone el poema de la humanidad en ese *Ahasvérus* simbólico y apocalíptico, nueva *Leyenda de los siglos* vaciada en el molde de una prosa de fuego. Ambos propendían, por acción del libro, de la palabra, a hacer de Francia "ce que la nature l'a fait, le peuple de la démocratie par exellence".

En 1845 Michelet y Quinet dictaban una serie de

(1) *Correspondance* de LAMENNAIS, publicada por FORGUES.

cursos sobre religión, política e historia. Es de suponer el interés con que Bilbao asistía a ellos, en busca del óleo, de la palabra nueva que en su espíritu había de fortificar su heroica fe de cruzado de la libertad.

Sobre todo el polígrafo de *El Cristianismo y la Revolución Francesa* le atraía con mayor fuerza. Discípulo directo del romanticismo alemán, Quinet era una especie de poeta épico de lo abstracto. Tal vez su falta de especialización en un ramo científico determinado y su imaginación ardiente, le facilitaban los vuelos amplios y tortuosos a través de los períodos de la historia, como una ave enorme que proyectase sobre ella la amplia sombra de sus alas.

Las conferencias de Quinet sobre el cristianismo desencadenaron un agitado movimiento de opinión: las traducciones y los comentarios sobre estos cursos, como los ataques que en ellos se prodigaban contra los ultramontanos y por ende contra el rey mismo, hicieron renacer de sus cenizas la opinión liberal.

El arzobispo de París protestó públicamente contra los cursos de Edgard Quinet pues este atacaba a todo el clero "sous le nom d'un société reconnue par les lois". Las autoridades creyeron luego oportuno hacer cerrar los cursos del profesor. La víspera de ese día Bilbao fué a visitar al maestro y Quinet al verle entrar le presentó a sus amigos con estas palabras: "Hé aquí un joven que viene arrojado por el espíritu jesuítico. Se refugia en Francia y aquí

nuestras instituciones acaban de dar un golpe en favor del mismo espíritu". (1).

En tal época y entre tales hombres el joven escritor chileno había de encontrarse muy de su agrado. Era el tiempo en que Quinet afrontaba abiertamente el problema religioso desde una de las tribunas más célebres de Europa para encontrar en la cultura de sus contemporáneos una franca recompensa de admiración y entusiasmo que solamente la camarilla del gobierno y el partido reaccionario no aceptaban. Bilbao, en cambio, había sufrido viéndose procesado y perseguido en su patria y dejaba, tras el torbellino de ideas levantado por su escrito de juventud, a su patria en poder de sus enemigos y a sus partidarios empeñados en una lucha cruda por el triunfo del liberalismo. Pero ahora se encontraba en el seno mismo de su madre ideológica. Desde sus comienzos literarios tuvo él siempre los ojos fijos en Francia y en sus pensadores. Durante su adolescencia fué su lectura favorita el libro de los oradores revolucionarios de 1789. De Mirabeau conocía las menores incidencias de su vida, publicadas hasta ese entonces por sus mejores biógrafos. Imitaba sus gestos y su audacia tribunicia. De aquí, tal vez, que su obra se resienta de ese afán generalizador y simbólico revestido por un vocabulario ampuloso, como si sus escri-

(1) Manuel Bilbao.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

tos fuesen dirigidos a las multitudes. (Faguet advertía en Quinet,—el pensador que mayor ascendiente tuvo en su obra de senectud,—semejantes cualidades y defectos que harto claramente resaltan en la obra de Bilbao. "Elle était née—escribe el crítico francés—de l'amiration pour les orateurs emphatiques de la Révolution Francaise, et du désir de les imiter dans les asamblées parlamentaires" (1).

Si en Chile Bilbao solamente había tenido ocasión de leer los primeros libros de Quinet, ya en París siguió muy de cerca sus conferencias y sus lecciones universitarias. A medida que profundizaba más las doctrinas del autor de *El genio de las religiones,* más íntimamente se penetraba de su cultura y de su espíritu crítico. Afinidad de caracteres, y casuales puntos de contacto en las vidas del maestro y del discípulo, hicieron que aquel hijo espiritual de Quinet, nacido en el último rincón de América, no perdiera en adelante las huellas del maestro. En efecto, es fácil advertir en el desenvolvimiento intelectual de Bilbao, muchas analogías con la evolución espiritual de Quinet. Como el joven pensador chileno, el poeta filósofo de *Ahasvérus* había sido en su juventud un soñador, un romántico, un místico torturado por una eterna inquietud de perfección. Gustaba de lo abstracto, de la vaguedad y del ensueño. "Le jeune

(1) Emile Faguet.—"*Politiques et Moralistes du XIX Siècle*". (Deuxième Serie).

This BOOK may be kept out ***TWO WEEKS ONLY,*** and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

FEB 27 1965

1-b

Quinet—recuerda Faguet—était reveur avec de dangereuses delices, de bonne heure concentré et silencieux, semblant choisir pour camarade favoci ce jeune homme dont il parle a sa mere, qui, pendant trois heures de promenades, ne lui adresse pas une parole" (1). Su sensibilidad se exaltaba en la quietud de la reflexión y del aislamiento. Bilbao también de joven fué silencioso y parco en el hablar, huraño y tímido. Frecuentemente sus compañeros de estudios le veían sólo a través de los corredores del Instituto, con un libro bajo el brazo, modulando a media voz, extrañas profesiones de fe. Su bondad le había captado el cariño de los muchachuelos. "Ejercia sobre los niños —recuerda Barros Arana—una gran autoridad que todos soportábamos gustosos, porque era bueno y afable aún con los más chicos" (2). En plena adolescencia y cuando ya en su espíritu comenzaban a acuñarse las ideas de su futura *Sociabilidad Chilena,* era un verdadero comtemplativo, cuyas conversaciones interiores hicieron creer a sus amigos en una no lejana perturbación mental. Quinet había comenzado sus labores de escritor traduciendo obras serias, antes que dar a la publicidad escritos suyos. En efecto, vertió del inglés a su lengua natal, (pues aún no conocía el alemán que más tarde había de dominar ad-

(1) Emile Faguet.—"*Politiques et Moralistes du XIX Siècle*". (Deuxième Serie).

(2) Barros Arana.—"*Un decenio de la Historia de Chile*". Vol. I.

mirablemente) los tres tomos de la obra de Herder y comenzó a escribir una *Introducción a la Filosofía de la Historia de la Humanidad.* ("Plein d'une juste défiance en mes forces, je ne cherchait point a publier ces essais,—escribe en 1857, al recordar sus primeros ensayos,—ni les poemes—Faisons avant tout une œuvre modeste que soit certainement, nécessairement utile; traduisons, si nous ne devons pas creer. Et je me décidai peur Herder" (1). ¿No hace recordar esto los comienzos de Bilbao, cuando traducía un libro de Lamennais antes de componer su *Sociabilidad Chilena?* Es la misma orientación, el mismo derrotero espiritual, para alcanzar más tarde resultados análogos. Hay algo de común, de remota afinidad, en las vidas de ambos pensadores: una acción parecida desarrollan en sus luchas del pensamiento, un mismo credo filosófico alumbra los primeros días de sus juventudes apasionadas. Se creería, como en las cosmogonías indias, en esas almas gemelas que, como dos estrellas errantes, corren un día a través del espacio dejando rastros luminosos, para irse a fundir en el infinito.

Por la inversa de lo que hacían comunmente todos los emigrados sudamericanos en París, Bilbao llevaba una vida metódica, rigurosamente puritana. Despreciando el atractivo de los placeres frívolos, aprove-

(1) Citado en las cartas a su madre, *Correspondence.* Vol. I.

chaba sus días en el estudio y el trabajo. De sus padres recibía frecuentemente ayuda para subvenir a los gastos más necesarios; pero, como esto no era suficiente para afrontar las exigencias de sus modestas necesidades, le encontramos habitando en París un tercer piso de la calle Martignac, y dado por entero a los libros y a copiar música para ganar algunos francos con que cubrir regularmente el alquiler de su bohardilla. El sacrificio de tal aislamiento severo fortifica su espíritu hora tras hora. No rezan con él las tentaciones de esa Lutecia rica en locas embriagueces, que fascina como una serpiente. El no escucha los llamados del bulevar y del café galante: cuando la vida nocturna comienza, él duerme para sorprender la primera claridad de la aurora. "Se levantaba al amanecer—escribe su hermano don Manuel—y se ponía al estudio de los tratadistas de metafísica." Sólo los muros desnudos de su cuarto saben de sus vigilias y de sus firmezas. "Era su vida la de un santo y la de un ángel", decía don Rafael Orrego en cierta ocasión que recordaba la estada de Bilbao en París. Jamás un amor mayor por el estudio prendió en cerebro de varón: desgraciadamente careció Bilbao, como su maestro Quinet, de una disciplina severa que, orientando su voracidad científica en un sentido determinado, hubiese dado una labor más consistente, firme y uniforme.

Pocas y muy escasas son las noticias que consig-

nan los biógrafos y los críticos de Bilbao sobre su estada en Europa. Es menester recurrir a la única fuente histórica que él dejara en su archivo privado, el Diario íntimo en el cual anota día a día sus impresiones. Comienza así: "Espera y te esperan.—Apunta tu vida y apuntarás tu marcha.—Revisa tu conciencia y tu memoria:—Revisando tu conciencia conocerás lo que avanzas en saber" (1).

Un día, tras larga espera, se decide visitar al ídolo de su juventud, a su maestro muy admirado, Lamennais. Le deja su tarjeta y dos días más tarde recibe el siguiente billete: "Mr. Bilbao trouvera M. Lamennais chez lui, jeudi prochain, entre midi et une heure. Le portier en voyant se billet saura qu'il est atendu". ¿Cuál no sería su gozo al pensar que dentro de poco iría a escuchar la voz de su maestro y a estrechar su mano? El día convenido se dirige a su domicilio. El tiempo está revuelto. Llueve. "Paso una primera pieza—anota en su diario—y, al entrar a la segunda, del rincón de la derecha se levanta para responder a mi saludo *El!* el autor de *Las palabras de un creyente!* Yo creí que tenía la vista fascinada". Después de cambiar algunas palabras, Lamennais le pregunta cuanto tiempo residía en Francia. Dos meses le dice Bilbao, a lo cual responde aquél: "Pues usted habla francés como un francés".

---

(1) Manuel Bilbao.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

En la segunda entrevista que tuvo con Lamennais la conversación se hace mas expansiva y Bilbao expone sus ideas. "Yo he sido católico,—le dice—pero a la faz de esta creencia me he encontrado con la moral que proclaman las constituciones. La soberanía del pueblo es para mí una creencia y un criterio como Ud. lo ha dicho". A lo cual Lamennais le responde: "No hay progreso posible más allá del dogma proclamado por el Cristo; *Ama a Dios y a tu prójimo.* Todos convenimos aquí, pero en las aplicaciones discordamos". "En la especialidad, le interrumpí",—agrega Bilbao. Poco antes de despedirse le dice el Maestro al discípulo: "Ud. tiene una misión apostólica, aprenda todo el bien con su voluntad y entusiasmo: aquí encontrará un amigo sincero. *Yo le llamo a Ud. mi hijo,* y me abrazó. Y yo a Ud. mi padre, le respondí" (1).

El 20 de Junio, aniversario del proceso de su *Sociabilidad Chilena*, visita nuevamente al tutor de las *Palabras de un creyente.* "Lamennais—escribe—me habló de la citación de Quinet, y con este motivo le expliqué el asunto del 20 de Junio. Mucho le sorprendió el que la juventud hubiese pagado por mí. Esto se lo hizo notar a Beranger que había entrado un poco después"

Sus visitas a Quinet y a Michelet son no menos interesantes. La juventud apasionada del audaz escritor

(1) *Diario* (Manuel Bilbao.—Fco. Bilbao, etc.)

chileno que ya había sufrido su martirologio en aras del libre pensamiento, no podía serles indiferente al pensador de *El Cristianismo y la Revolución Francesa* y al poeta filósofo de *La Hechicera y El Pájaro*. Desde un rincón de la América latina Bilbao había seguido el desenvolvimiento de sus ideas y era el mejor portavoz de sus libros. Así, pues, no resultaba extraño el afecto que le dispensaron siempre con sinceridad.

Una de las primeras entrevistas que tuvo con Quinet data del 1.° de Enero de 1848, según lo consigna en su Diario. Al tratar del libro *Vacances en Espagne*, Bilbao le recuerda al Maestro que ha visto la Península "muy en poeta". Y aquél le responde: "Es preciso animar a estos pueblos del mediodía. Si Ud. supiera el desaliento que hay: creen que nada se puede hacer. Yo he vivido en los pueblos del Norte y sé el desprecio que le profesan a los países del mediodía. Larra ha muerto de desaliento y ha dicho que la América es la esperanza... Tengo que hablar de Chile también, y Ud. me traerá lo más importante y popular que tenga". Algunos días más tarde escribe en su Diario, recordando una tertulia a la cual fué invitado por el propio autor de *El genio de las religiones*: "Entro,—recuerda—Quinet me sienta a su lado y me dice: el que tengo a mi lado es Charton, el que está a mi derecha es Reinaud, el que sigue es David y ese de cabellos blancos es Charles Didier". Quinet presenta al

joven chileno. Reinaud le pregunta si sus libros llegan a América. Entre tanto él observa a David d'Angers. Adivina en su rostro los rasgos de Sócrates: "Bajo, sencillo,—escribe—feo, voz pausada y tranquila". Bilbao le dirige la palabra y David le contesta: "El arte debe ser casto. Monvoisin es un hombre distinguido. ¡Qué poesía no debe haber entre ustedes los araucanos!" La charla es interesante. Didier le habla de sus viajes. Se interesa por Chile. "Cabello blanco,—apunta en su Diario Bilbao — hombre tranquilo, bello porte".

En Octubre del mismo año visita a Michelet. Ya le conocía, aún cuando no había departido jamás largamente con el célebre historiador. "Comía,—recuerda en su Diario—y al entrar, me dijo:—Lo que falta es que Ud. se siente con nosotros. Tenía dos convidados. Bernard era uno. Le hablaba de animales y se habló del cóndor. La conversación fué larga e interesante. Al presentarle, Michelet dijo: "el señor es de Chile, es un bello país y, por lo que parece, es enérgico". Luego, después, al despedirse, le detiene en la escalera para ofrecerle sus relaciones en el próximo viaje que debía emprender a través de la Europa. "Vea Ud. a Michelet en Berlín—le dice—que lo presentará a Grimn, el sabio de la Alemania. En Milán a Manzoni". Le da una carta de presentación que decía así: "Monsieur le professeur Michelet, a Berlín; permitidme recomendaros a vuestra benevolencia, un joven que Mr.

Quinet y yo miramos cual si fuera nuestro hijo, el señor Francisco Bilbao, de Chile. Quiera el cielo que alguna vez tengamos un hijo tal. Es un genio, aún envuelto, más nosotros hemos penetrado en él y hemos encontrado un carácter fuerte y profundo, que, desarrollado debe ser un grande hombre". Esta carta da la medida del profundo afecto que Bilbao logró ganarse en el hogar de ambos escritores, y nos corrobora aquello de que las esperanzas que todos tenían fijas en él fueron, desgraciadamente, mucho mayores que los frutos que dió tal cerebro. Todo lo enigmático y nebuloso que resultaba de las conversaciones del joven pensador chileno, sus frases sentenciosas y olímpicas, en más de una ocasión, hicieron creer a algunos de sus contemporáneos que en aquel muchacho de profundos ojos azules y de cabellera animada por extraordinarios soplos líricos, se anidaba la larva de una mariposa gigante, cuyos vuelos habían de espantar más tarde a la América.

En Octubre del mismo año, Bilbao abandona París para recorrer algunos países de Europa: visita Praga, Viena, el Danubio, Munich, los Alpes tiroleses, Venecia, Padua, Milán, los Apeninos, Génova, Libornia, Pisa, Florencia, Civita Vechia, Roma, para regresar a París en Junio de 1848.

De este su viaje a través de la Europa del Sur, es menester recordar algunas de las impresiones consignadas en su Diario. En Munich tiene ocasión de dis-

cutir acaloradamente, en una taberna de estudiantes, con un conde húngaro, persona de nombre por sus extravagancias y bizarrías: "Ellos bebían—escribe Bilbao—yo pedí te y observaba la fisonomía de mi hombre. Joven, pero gastado de arrugas, los signos del vicio, la mirada apagada. Bebe mucho, lee mucho, no sale sino de noche y se levanta a las tres de la tarde. Se formó el círculo y la discusión se empeñó. Remontamos al origen de las cosas: la creación. Pruebas ontológicas, pruebas sicológicas, estas últimas lo embarazaron más".

En Milán visita Bilbao a Manzoni, en cuyo hogar encuentra amable acogida. Charlan ambos durante tres horas consecutivas. "Discutimos—apunta en su Diario—las cuestiones más arduas de metafísica y vi que era fuerte. Me hizo detener en ellas, diciéndome que le gustaba esa discusión. Es enemigo del idealismo subjetivo, pero yo le decía que toda filosofía debe empezar por el *cojito de Descartes*.—El empieza por la existencia,—me dijo.—Pero la existencia es revelada en el yo, le respondí. Hablamos del catolicismo, le expuse mis argumentos. Es lo que llaman neo-católico."

Luego arriba a Venecia. Todos sus recuerdos de mocedad le evocan aquella ciudad histórica, hermosa y pérfida como una odalisca. He aquí su impresión, consignada en el Diario. Es tal vez de las páginas más sobrias, inspiradas y hermosas de Bilbao. ¡Ah, si

hubiera escrito siempre con análoga emoción comunicativa, siempre con tal seguridad en las imágenes y tal firmeza en el estilo, otro lugar, mucho más alto, ocuparía en nuestra literatura chilena! "Venecia!—dice.—Niño, muchas veces oí hablar de tí, Venecia. Los poetas y los historiadores me contaban tu vida, y varias veces, a tres mil leguas de distancia, yo me sentía en una de tus góndolas, pasando bajo el puente de los Suspiros, o circulando en tu playa en medio de los grupos del baile o de la conspiración. He venido y te he visto, he recordado y he meditado sobre tus ruinas, porque eres ruina, bella ciudad, aunque el tiempo no ha derribado ninguna de tus murallas. La gloria, el amor, la libertad han sido mis amores. La gloria la has tenido, ella ha coronado tu frente con el triple rayo: el trabajo portentoso, el heroísmo del guerrero, la fuerza de tu vida". Así la evoca el joven pensador, con lirismos magníficos de poeta y emoción profunda de artista. Desgraciadamente, en raras ocasiones de su corta carrera literaria, Bilbao escribió así.

Durante su ausencia, todo había cambiado en París. Ya de regreso, en Junio de 1848, encuentra la gran metrópoli perturbada y temblorosa. La caída de Luis Felipe, en Febrero de ese año, aún prolongaba una situación de vacilaciones e incertidumbre. En Italia, Carlos Alberto pretendía emancipar a la Península a la cabeza de una revolución ardorosa. En Viena se suceden las agitaciones estudiantiles, mientras la Hun-

gría y la Polonia fracasan en sus proyectos libertarios. Claman en el norte de Italia los universitarios contra el papado, mientras en Trieste el ejército logra difícilmente aplacar las asonadas callejeras. Un instante se piensa que Francia auxiliará a Hungría y Polonia. Sin embargo, no sucede así: la Convención se desentiende y no interviene. Carlos Alberto no consigue el triunfo, mientras el gobierno francés ayuda al papado. Los motines se multiplican en París. El desgobierno amenaza desquiciar el orden. Cuando la insurrección de la Comuna estalla, Bilbao no abandona un instante a Quinet que ha sido nombrado coronel en una legión de la Guardia Nacional. En las barricadas del 25 de Junio sucumben quince mil hombres. Triunfa la Convención. Es todo un castillo de ilusiones que se derrumba. Quinet renuncia el mando de su legión. Bilbao escribe entonces: "La Francia va a faltar a su palabra. La Francia va a mentir: la Francia se suicida para el porvenir".

Durante los últimos meses de su residencia en Europa la situación pecuniaria de Bilbao mejora notablemente. Sus amigos de Chile consiguen que el Gobierno le auxilie nombrándole oficial de la Oficina de Estadística y, adelantándole un año de sueldo, se le concede autorización para que permanezca en Francia algún tiempo más, con una comisión especial. "Bilbao, así que recibió ese nombramiento—escribe Barros

(1) Barros Arana.—*Un decenio de la Historia de Chile.* Vol. II

Arana—y que recibió en la Legación de París los fondos que se le mandaban anticipar, no pensó más que regresar a Chile (1)".

En Febrero de 1850 llega a Valparaíso. Más que nunca ardoroso, entusiasta y convencido en el triunfo del liberalismo que tan de cerca había visto palpitar en Europa, poco y nada se preocupa de dar cuenta sobre los resultados de su comisión y de hacerse cargo de su puesto (1). Sólo desea sembrar vientos de libertad; agitar al pueblo y predicar la revolución contra los reaccionarios.

---

(1) Don Manuel Bilbao refiere que, después de llegar a Chile su hermano Francisco no aceptó ser redactor de *El Progreso*, "por que vió que se le ponían condiciones: sostener al Gobierno y no hablar de religión. Desechó la oferta—agrega—sin dar la razón de su negativa, *a pesar de hallarse sin recursos*". En cambio, Barros Arana escribe: "El Gobierno de Chile, impuesto de esa situación, y creyendo que Bilbao podría ser utilizado lo nombró oficial de la Oficina de Estadística de Santiago, por un decreto de 29 de Agosto de 1849, adelantándole un año de sueldo, y autorizándolo para permanecer todavía algún tiempo más en Francia con el objeto de estudiar ese ramo del servicio público". De lo cual se desprende que al llegar a Chile, Bilbao tenía ya su empleo y no carecía de recursos como lo afirma su hermano don Manuel.

V

Páginas escritas durante su estada en Europa

Durante el tiempo que estuvo en Europa, Bilbao dedicó muy escasas horas a sus labores de escritor. Preocupado más en compilar extensas reseñas de los cursos a que asistía, ya fuera en los de Arago sobre astronomía, o ya en los de Dumas, sobre geología y química, y en los de Michelet y Quinet, sobre historia o religión, apenas si le alcanzaban sus horas para repartirlas en visitas o en lecturas; porque Bilbao leía ávidamente cuanto libro despertaba su curiosidad o le recomendaban sus maestros y sus amigos, con preferencia los de filosofía e historia. Más preparado ya para emprender estudios vastos de filosofía científi-

fica, releyó entonces a Vico, a Herder y a Gibbon. Las obras de metafísica le entusiasmaban. Durante las interminables vigilias del invierno dedicaba sus momentos de estudio a comentar los textos del Evangelio y a repasar algunos libros de los padres de la Iglesia. Escribía poco, muy poco. Según se induce por lo que refiere en su Diario, se ocupaba entonces en traducir los Evangelios comentados por Lamennais.

Algunos años después de su muerte su hermano don Manuel publicó el escrito *Los Araucanos,* agregándole algunos trozos de su cosecha, obra que dejó en borrador Bilbao esbozada solamente, y compuesta durante su estada en París. Se advierte en este pequeño folleto que ha sido destinado únicamente a publicarse en francés, pues, además de sus muchos galicismos y de traicionar la sintaxis muy de cerca la construcción de la lengua de su maestro, tiene el carácter de una ligera reseña en la cual Bilbao no ha hecho otra cosa que recopilar las opiniones de algunos historiadores y cronistas, comentados por su cuenta, a veces de una manera antojadiza. Sin embargo, a pesar de la absoluta carencia de originalidad, y de ser un escrito de pura vulgarización, resalta en él el extraño mérito de haberle escrito en un lenguaje sencillo, claro, muy diferente de aquella fraseología rimbombante que campeaba en sus produciones anteriores. Entre el boscaje enmarañado de la producción de Bilbao, *Los Araucanos* es un

caso de sobriedad: es sereno cuando comenta y árido antes que exuberante cuando reflexiona y deduce conclusiones. Y esto se comprende: escrito en París y destinado a ser publicado en francés, Bilbao debió trazarse de antemano un plan riguroso y sencillo, abandonando por cierto ese su estilo abstracto y paradógico que en *Los Boletines del espíritu* exaltó hasta la peor exageración.

Destinado a la propaganda en el extranjero, *Los Araucanos* respondía en parte a los fines laudables del autor. En 1847 no eran muy abundantes las historias y los comentarios de los viajeros sobre el pueblo araucano. Ni en Francia, ni en Alemania, ni en Inglaterra, se conocían los testimonios de los cronistas, ni los capítulos que historiadores y sabios como Molina, Gay o Rosales dedicaron a uno de los pueblos indígenas más vigorosos y valientes de la América Española. Escrito de vulgarización, era pues ese folleto que Bilbao dejó inédito entre su papeles y que acaso más tarde soñaba desarrollar para darle la forma sistemática de un libro de estudio e investigación. Desgraciadamente no realizó tal empresa el joven ideólogo ni la hubiera podido acaso realizar en forma, pues su escasa disciplina científica y el no haber orientado sus estudios jamás en el sentido de especializarse en determinado ramo, se lo hubieran impedido. Esta obra hermosa y transcendental que realizan hoy los Lenz, los Augusta y los Guevara, habría sido para este soñador enamo-

rado de peligrosas quimeras un imposible, tanto más difícil cuanto que vivió siempre, después de sus años de madurez espiritual, lejos de las tierras chilenas, en cuyo seno alienta extinguiéndose esa raza legendaria y bravía, en cuyas instituciones primitivas creyó encontrar Bilbao algo de esa fraternidad que locamente predicaba para los hombres.

La primera parte del escrito *Los Araucanos* está destinada a describir la naturaleza del Sur de Chile. Campo vasto y muy de su agrado encontró en esto el ideólogo chileno, cuya imaginación se atenía siempre más a los retozos libres del ensueño que no a una disciplina científica de investigación pura. "Los valles se suceden—escribe—se alternan separados por bosques o por líneas de montes perpendiculares a las dos cadenas principales. Las montañas a veces se deslizan en el llano y vuelven en seguida a remontar. Se baja de una altura, se entra en hoyas profundas y colocado en el centro se ve el cielo circunscrito." Luego, más adelante, agrega: "Los montes son sombras aterrantes, y oís el ruido misterioso de los bosques seculares. El cielo, puro, cual ninguno, os presenta un tejido de luces. Sobre la línea blanca del oriente véis aparecer a las estrellas y presentarse de repente como si fuesen chispas que brotaran." Esto está sentido más en poeta que como geógrafo o filósofo. Son estrofas escritas en imágenes vivas: Bilbao adivina más que siente la naturaleza, con imaginación de lí-

rico de amplios vuelos que tiene la intuición de sus encantos e ignora todas sus realidades. Su lirismo supone más un conocimiento a grandes rasgos que no visión exacta y precisa.

Pero, henos aquí al ideólogo que intenta rastrear el origen de las primeras tribus que poblaron el Arauco indómito y exuberante. Como ignora algunas de las muchas congeturas científicas que han divulgado los historiadores de aquel tiempo, recurre a sus razones metafísico-cristianas y escribe: "Por otra parte, está pendiente la cuestión de saber si la tierra se ha poblado sucesivamente, saliendo todos los humanos de un par de seres como lo dice la letra del Génesis, o si el Creador los ha sembrado en las diversas zonas, como lo ha hecho con los árboles y plantas". Los racionalistas y aquellos partidarios de Bilbao que admiran en él al más alto exponente del materialismo, se confundirán de seguro al leer esta confesión de espontánea ingenuidad bíblica. No teniendo un seguro punto de apoyo en sus escasos conocimientos científicos, Bilbao se refugiaba, a menudo, en la religiosidad que nunca abandonó su espíritu. Era más cristiano que racionalista y, como jamás llegó a poseer una cultura sólida, razonada e inmovible, vivió siempre oscilando entre un cristianismo primitivo y un materialismo fatalista. Así, fué de la *Sociabilidad Chilena* a *La Resurrección del Evangelio* y de los *Boletines del Espíritu* a *Santa Rosa de Lima.*

Al analizar los orígenes casi míticos del pueblo araucano escribe: "La única tradición remota que parece unirla a ciertos hechos que han dejado una impresión imborrable en la memoria de los pueblos, es la de un diluvio". Al cortar de un solo tajo Bilbao, como un nuevo nudo gordiano, la mitología del pasado indígena con el presente, cometió un grave error. No es esta la única tradición remota, pues los investigadores actuales día a día logran penetrar más adentro en el enmarañado laberinto de la leyenda primitiva de los araucanos. Todo el enorme acopio del folklore araucano, que hasta hace treinta años había sido tan poco explotado, da una medida de lo vasta que es la historia heroica de este pueblo singular. Pero, Bilbao sólo se atuvo al testimonio de los cronistas que apenas si consignaron de la cosmogonía araucana la leyenda del diluvio. ¿Acaso no es posible deducir de la mitología de hoy toda la historia primitiva y la evolución lenta de las creencias y sentimientos de ayer? En el fondo de toda esa fantasía repartida en cuentos y narraciones fatalistas, huelgan las explicaciones más curiosas de los fenómenos naturales. Los mitos evolucionan con sus costumbres y a veces dejan traslucir una precivilización secular muy curiosa. "Pasaron los mitos del estado salvaje de la colectividad—advierte Guevara—al de la barbarie, para continuar en el del pleno desarrollo del patriarcado" (1). Es una mezcla extraordinaria de

zoo y antropomorfismo bizarro. Luego concluye Bilbao reduciendo todo el pasado araucano a un concepto demasiado aventurado: "Un recuerdo geológico,—dice—y otro histórico, ambos vagos e inciertos, he aquí toda la filiación cronológica que existe". El concepto geológico es el diluvio; el histórico lo define Bilbao así: "A los primeros hombres, de los cuales se creen ellos descender, los llaman *Epatum,* los hermanos".

Establecida ya esta distinción sobre los orígenes araucanos, Bilbao analiza los rasgos psicológicos sobresalientes del araucano, concretándose a repetir lo que antes que él habían escrito Molina, Gay y Rosales. Entra a clasificar a los hombres, y por ende a los pueblos, en tres grupos: aquellos en quienes domina la pasividad y sobre los cuales la naturaleza ejerce un absoluto imperio, en otros que luchan entre la animalidad y la espiritualidad, Ariel y Caliban, "la dualidad de hombre llega al estado de conciencia", dice Bilbao, y los terceros en quienes la fatalidad de la inteligencia domina a la fatalidad de la materia, le asigna a los araucanos como agrupación el segundo puesto. ¿Cuáles son las razones del ideólogo para reducirlos a tal limitación? "El negro peca por el orgullo del espíritu, el araucano por el orgullo de la voluntad".

---

(1). Tomas Guevara.—*Psicología del pueblo araucano.*

Al reseñar sus costumbres guerreras recordaba simplemente Bilbao: "Usan en la guerra de todos los ardides que sugiere la imaginación del salvaje. Vigilan mucho por la noche, encienden grandes fuegos, aparecen de día en grandes multitudes y de súbito se pierden". Pero, lo que no advirtió Bilbao, y que lo consignan muchos cronistas, es el verdadero estudio e intuición de las artes de la guerra que entre los toquis constituía el mayor ascendiente de superioridad, después del valor. No eran simples ardides de la imaginación sino que inteligencia fuerte al servicio utilísimo de su defensa. Nos bastaría recordar aquellos versos de *La Araucana*:

> ...pues los últimos indios moradores
> del araucano estado así alcanzaron
> el orden de la guerra y disciplina
> que podemos tomar dellos dotrina.

o el testimonio elocuente de las palabras consignadas por el cronista González de Nájera, cuando escribía que: "Porque no dudo que nos despidiéramos de la pretensión de la conquista de aquel reino si en las armas nos fueran iguales aquellos indios" (1), para evidenciar la verdadera habilidad desplegada por los araucanos en sus guerras. Más tarde, investigadores pacientes como Guevara o estudiosos apasionados como el doctor Palacios, han logrado probar minu-

(1) GONZALEZ DE NAJERA, tomo XVI (citado por Palacios).

ciosamente la verdadera superioridad de los araucanos sobre otras tribus de América en tratándose de cosas de la guerra. "El semáforo o el telégrafo, por medio de señales,—escribía el autor de *Raza Chilena* —fué usado por los araucanos tal vez, desde antes de la conquista española; pero durante esta dieron impulso y organización a ese servicio que sería increible si no quedara de ello plena constancia por los relatos escritos durante los acontecimientos, y por personas entendidas y que presenciaron esos hechos" (1). Menester es recordar también el propio asombro con que Valdivia describía poco después de llegado a Chile, esos escuadrones compactos y organizados que luchaban con sus soldados, como acaso sólo combatían los propios tercios flamencos que él había visto de cerca en las campañas. Todo lo cual viene a probarnos que más que de ardides de la imaginación como creyera antaño Bilbao, se trataba de verdadera pericia guerrera, reflexiva e inteligente como la mejor de las tácticas.

La moral araucana está formada por un triple sentimiento de fatalismo, de barbarie y de superstición. De tales sentimientos derivan toda su religión rudimentaria y todos sus principios. La vida libre de la naturaleza les ha habituado a una educación primitiva que constituye el primer paso dado por el indi-

(1) PALACIOS.—*Raza Chilena*, cap. II.

viduo preparándose para la guerra. Aman el peligro y la exaltación del peligro. Todo en ello es lucha, combate en la vida y en la muerte misma. "El matrimonio—escribe Bilbao—es un rapto; sus juegos son una gimnástica terrible".

Suscintamente Bilbao analiza sus condiciones esenciales psicológicas. Estudia al indio, ponderando sus cualidades y atenuando mucho toda la barbarie que domina en sus costumbres. Después se duele del abandono en que se le recluye. No cree que debe extinguirse la raza araucana. Es preciso regenerarla. Y, como toda regeneración supone un ideal, estima él que tal ideal, debe comenzar por hacerse efectivo a nosotros mismos. "El instinto salvaje—escribe—es rápido y sintético; ellos unifican al sacerdote y al soldado cristiano en la misma reprobación; a las palabras en oposición con las acciones oponían el juicio de la perfidia y envolvían en su odio, hombres, principios, civilización y apariencias". En resumen: Bilbao estima que la barbarie del conquistador es en este caso, el peor enemigo que se opone a la conquista espiritual y material definitiva. Sus conclusiones son vagas, metafísica e inabordables. Una vez más el sueño de la fraternidad alejaba al joven ideólogo de la cuestión misma para remontarse en alas del ensueño.

Tal es el escrito *Los Araucanos*. Hoy es preciso recordarle como esas curiosidades de los museos que indican el paso de una época ya perdida y de un ins-

tante histórico curioso. Nada es nuevo en él. Ni siquiera aporta su autor la novedad de un documento desconocido o de un juicio personal. El mérito que dicha obra hubiera podido tener como observación personal, no lo encontramos. Bilbao conocía a los araucanos más a través de los libros que no de directa impresión personal. La idea que sustenta de ellos a través de todo su escrito, prueba claramente que aceptaba en todas sus partes la historia de esa grandeza admirable de pueblo duro e invencible que, a partir de los versos de don Alonso de Ercilla, todos los historiadores y poetas le han atribuído a los araucanos. Jamás tuvo ocasión de dudar al respecto; creyó sin vacilaciones los testimonios de Molina y Rosales, quienes, a su vez, afirmaban su documentación sobre las páginas de los cronistas, muchos de los cuales llevados por la fantasía adulteraron en más de una ocasión lo que vieron sus ojos incendiados por la curiosidad y las vigilias de la guerra.

Tal vez Bilbao, como hace poco el autor de *Raza Chilena,* hubiera dudado firmemente de las observaciones y estudios con que ha reconstituído gran parte de la historia psicológica de los araucanos don Tomás Guevara, a haber leído las páginas de sus libros en los cuales se han vaciado las experimentaciones de una existencia entera vivida en el corazón de la Araucanía misma; porque esos araucanos de la realidad habrían defraudado a los araucanos de sus ensueños.

VI

Santiago en 1850.- La Sociedad de la Igualdad

Poco y nada habían cambiado las cosas de la política en Chile durante la ausencia de Bilbao en Europa. Idos ya los días apasionados del gobierno de Portales, los pelucones conservaban casi intacto el poder que habían conquistado tras reñidas y sordas luchas políticas. Al amparo de la administración Bulnes supieron guardar hábilmente las prerrogativas obtenidas, manteniéndose en una actitud discreta, sin intervenir abiertamente en política, pues el gobierno del General Bulnes perseguía, ante todo, un fin de buena administración y de tregua interior, ajeno a los ímpetus levantiscos de pipiolos y pelucones. Al amparo de la Constitución de 1833, la República comenzaba a desarrollar libremente sus fuerzas de trabajo y de cóhe-

sión interior, se promovía la riqueza y la cultura, los servicios administrativos regulábanse y las luchas políticas buscaban su garantía al amparo de la autoridad.

El partido conservador consolidaba sus fuerzas. El poder de la Iglesia asentaba su poder sobre bases cada vez más estables. Directamente contribuía a mantener su hegemonía espiritual una ley de imprenta, verdadera horca caudina para todo escrito, que castigaba severamente a quienes expusiesen opiniones subversivas, contrarias al orden establecido. *La Revista Católica,* fundada en 1843, mantenía, tal un celoso guardián, la defensa de los derechos de la Iglesia y del clero, combatiendo cualquier intento libertario del pensamiento.

Santiago vivía una existencia tranquila de añeja ciudad colonial, cuya paz no era perturbada más que de tarde en tarde por las agitaciones políticas de una elección, por algún conato de motín, o por alguna amenaza de conflicto con tal o cual nación vecina. En su seno repasaba el hilo de sus horas un pueblo tranquilo, sin ambiciones; una juventud levantisca y la sociedad pelucona, aristocrática y reaccionaria, cerrada a toda innovación que pudiera perjudicar el orden establecido y continuadora en todo y por todo de la prosapia española. Para ella sólo se habían hecho los rosarios largos y monótonos rezados en familia al calor de la lumbre, las procesiones de las grandes solemnidades, las semanas santas, los días de recogi-

miento y de ayuno y los raros saraos que poco a poco iban perdiendo su curioso aspecto colonial. Malos vientos venidos de Europa anunciaban de cuando en cuando un no lejano peligro para su estabilidad. Los ideales del partido conservador se sintetizaban en la lapidaria confesión hecha por un diario católico de la época, que decía así: "El partido conservador tiene por principal misión la de restablecer en la civilización y en la sociabilidad de Chile el espíritu español, para combatir el espíritu socialista de la sociedad francesa" (1).

Sin embargo, a pesar de las precauciones, del tino y de la constancia tesonera del arzobispo Valdivieso, la revolución del 48 en Europa tuvo una ardiente repercusión hasta el último rincón americano. Frecuentemente comenzaron a llegar las obras de los filósofos franceses y un diario de Santiago publicó una traducción de las *Palabras de un creyente* de Lamennais. La juventud pipiola sentía renacer sus entusiasmos muertos en apariencia y durante el año cuarenta y nueve se opera en los espíritus una evolución curiosa: la lectura de la ya popular obra de Lamartine, *Historia de los Girondinos,* circulaba de mano en mano, atizando en los cerebros el fuego del más ardiente entusiasmo. La propia situación política del poeta francés poco antes de escribir esta su novela, tenía ya la aureola de

(1) J. V. Lastarria.—*Discursos parlamentarios.* Introducción al t. I.

un atractivo para la juventud liberal chilena. Vacilante e incierto en el gobierno del año 43, se pasa a la oposición y, estremando su liberalismo, busca en los principios de la Revolución su norma futura. Y, como antes que pensador e historiador era orador, imaginativo y artista, escribe su *Historia de los Girondinos*, se crea una popularidad extraordinaria y en Europa entera su nombre circula de boca en boca. No importa que los hechos históricos sean discutibles o estén falseados; el poeta derrota al investigador. En su Historia encuentra él la manera discreta de escribir una especie de autobiografía intelectual. El liberalismo de los girondinos es su liberalismo: "L'auteur s'est d'abord mis dans son oeuvre;—escribe Doumic—apres quoi, son ouvre a "deteint sur lui et l' a converti" (1). Al retratar a Mirabeau y a Vergniaud el poeta se retrata a sí mismo; de tal modo sentía a ambos perfectos a su manera que no al héroe real y vívido. "Su frase tenía las imágenes y las armonías de los más hermosos versos—recuerda en su Historia—Si no hubiese sido el orador de una democracia, hubiese sido su filósofo y su poeta. Su genio, esencialmente popular, le impedía descender al lenguaje del pueblo, ni aún cuando se tratara de agasajarlo. Adoraba la Revolución como una filosofía sublime que debía ennoblecer a la nación entera sin hacer otras víctimas que aquellas de los

(1) Doumic.—*Lamartine*. Hachette 1913.

prejuicios y la tiranía" (1). He aquí a Lamartine fielmente auto comprendido en las breves líneas transcritas. De tal modo veía a sus héroes encarnados en los ideales suyos. ¿No hizo del propio Robespierre una figura retocada a su modo, caprichosa y entusiasta? La *Historia de los Girondinos* tenía en exceso ese calor comunicativo del entusiamo que le faltaba a la juventud chilena del año 45, ella despertó sus mejores exaltaciones; en muchas orugas hizo brotar prematuras alas de mariposa; en los cerebros puso chispas de ardorosos convencimientos y más de una vez, al calor de uno de los más aristocráticos hogares del Santiago de la época, los personajes ardorosos que cruzaban a través de esas páginas como una visión de sacrificio y de gloria, turbaron peligrosamente la paz de algún tranquilo adolescente sentimental. Más tarde ya, y cuando se constituye la Sociedad de la Igualdad, tan de cerca perdura la influencia del libro lamartiniano que, la mayoría de aquellos igualitarios teóricos y aventurados, cambian sus nombres de pila por el de alguno de los revolucionarios franceses: así Bilbao era conocido con el nombre de uno de los mejores oradores de la Gironda, Vergniaud; Lastarria con el de Brissot; Recabarren con el de aquel simpático y noble Barbaroux; Rafael Vial con el de Fonfrede; Juan Bello con el de Ducos; Domingo Santa Maria con el

(1) LAMARTINE.—*Histoire des Girondins.*

de Louvet; Marcial González con el de Pethion; Pedro Ugarte con el de Danton; Manuel Bilbao con el de Saint-Just; Eusebio Lillo con el de Rouget de Liste; Santiago Arcos con el de Marat. Todos eran jóvenes, todos eran ardientes, todos eran entusiastas: habían trocado sus nombres según sus simpatías y según las afinidades que se encontraban con los héroes de la Revolución. Del mismo modo que Stern escribía que, al aparecer la *Historia de los Girondinos,* "la Europa sintió a su lectura ese estremecimiento peculiar que precede a los huracanes", así también sería posible recordar que el libro del poeta francés cayó entre aquellos soñadores bondadosos y apasionados cual un enorme monolito en el espejo de una fuente, levantando una tromba de entusiamo.

Como un elemento poderoso de cultura, según lo soñaba Bilbao, y como un medio revolucionario, según lo quería Santiago Arcos, se fundó en Santiago la ya histórica Sociedad de la Igualdad, cuya breve vida de siete meses fué grande y austera en nobles propósitos que, a haberse realizado, hubiese cambiado totalmente el aspecto de la República por aquellos años. La arrogancia juvenil de Arcos primero y luego el prestigio de que gozaba el autor de la *Sociabilidad Chilena,* recién llegado de Europa, bastaron para cimentar sobre bases estables, el primer proyecto de un Club que, continuando el de la Reforma, unificara los elementos de oposición al Gobierno, para emprender

una cruzada en pro de la libertad y de la democracia.

Era por ese entonces Santiago Arcosfi mozo de 28 años, de estatura mediana, afable, irónico, simpático y elegante. Su carácter vivo y su continente desenvuelto le habían conquistado la mayor parte de sus adeptos y de sus amigos. Su prestigio de joven mundano y elegre, cuya adolescencia se abrió como una extraña flor en las capitales europeas y la aureola de magnanimidad con que se encargaban de rodearle sus amigos, le bastaron para conquistar afectos profundos y sonrisas benévolas. Nacido en Santiago, en católica cuna ("vió la primera luz—dice Vicuña Mackenna—en el tranquilo palacio de un obispo") (1) pues su madre era sobrina del entonces prelado dicesano don Santiago Rodríguez, fué llevado a Francia por circunstancias imprevistas. Cuando su padre vivía en España hubo de verse obligado a abandonar la Península, pues se le denunció como afrancesado y, más tarde en Chile, dos acusaciones recayeron sobre él delatándole como insurgente. Durante el tiempo de su permanencia en Santiago formó una regular fortuna que le había de permitir más tarde una vida holgada en Europa, mientras educaba a su hijo único. Al amor del hogar, Santiago Arcos modeló su espíritu en la severa disciplina del estudio desde muy niño, pero, más tarde, su naturaleza ardiente y apasionada, que

(1) Vicuña Mackenna.—*Historia del 20 de Abril.*

ora le impulsaba a heroicos apostolados o ya encendía en su espíritu descabelladas locuras, desviaron su vida haciéndole olvidar el deber de las aulas por el de lecturas cogidas al azar, sin norma ni método alguno. Alma de aventurero y espíritu de revolucionario, en su cerebro cabían todas las utopías, como en un rayo de sol caben todos los colores, según el decir del poeta. Formado en la escuela de los Fourrier, era en sus doctrinas un ardiente partidario de la reforma social; un teórico de la revolución por la violencia. "Era la perfecta encarnación de una de esas dagas venecianas —escribía don Augusto Orrego Luco—que esconden una lámina de acero envenenada en su vaina de terciopelo (1). Desenvuelto, audaz, y más imaginativo que reflexivo, hubiera deseado que el monstruo de la tiranía tuviese una sola cabeza para cercenársela de un tajo. Sus lecturas vastas y varias habían sembrado en su cerebro, ardientes semillas de extrañas doctrinas, que amamantaron luego las más audaces teorías y los credos más incoherentes. Arcos preconizaba la independencia absoluta de la mujer; condenaba el cohecho electoral; tronaba contra el despotismo gubernativo. Ha sido preciso que transcurra medio siglo para que haya voces en esta tierra, capaces de audacias semejantes a las suyas. Releyendo muchas veces *Sinceridad,* ese grito amargo del más limpio y

(1) Orrego Luco.—*El 20 de Abril.* "Revista Chilena". Vol. XIII.

fuerte corazón chileno, he pensado con dolor en aquel apóstol a quien se condenó con los puños cerrados como al criminal más villano. Pero, si hubo virtud grande y dura en el espíritu de Arcos fué la de un tesón admirable: pocos eran sus partidarios; sin embargo él escribía para ellos. Jamás el miedo puso una venda ante sus ojos. Es menester repasar sus ideas, a través de su célebre carta escrita desde un calabozo, para comprender todas las locuras, excelsitudes y aberraciones de sus doctrinas. "Mientras dure el inquilinaje en las haciendas,—escribía—mientras el peón sea esclavo en Chile como lo era el siervo en Europa en la Edad Media; mientras subsista esa influencia omnímoda del patrón sobre las autoridades subalternas, influencia que castiga al pobre en la esclavitura, no habrá reforma posible, no habrá gobierno sólidamente establecido, el país seguirá como hoy a la merced de cuatro calaveras que el día que se les ocurra matar a Montt, a Varas y a algunos de sus allegados, destruirán con las personas de Montt y Varas el actual sistema de gobierno, y el país vivirá siempre entre dos anarquías: el estado de sitio, que es la anarquía a favor de unos cuantos ricos, y la anarquía que es el estado de sitio a favor de unos cuantos pobres" (1). Y, luego, más adelante, agregaba: "Los pelucones son retrógrados, porque hace veinte años que están bien, están ricos y

(1) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.

quieren conservar sus casas, sus haciendas, sus minas, quieren conservar el país en el estado en que está, porque el peón trabaja por el real y medio, y sólo exige porotos y agua para vivir, porque pueden prestar su plata al 12% y porque pueden castigar al pobre si se desmanda" (1). Al juzgar a los liberales, no era menos duro Santiago Arcos. "Son mucho más numerosos—decía—que los pelucones. Atrasados como los pelucones, creen que la revolución consiste en tomar la artillería y echar a los pícaros que están gobernando fuera de las poltronas presidencial y ministerial, y gobernar ellos... Cuánto pícaro hay en Chile que no ha podido medrar, cuánto mercachifle quebrado, cuánto hombre de pocos haberes ha perdido su pleito y cuánto jugador entrampado, otros tantos se dicen liberales" (2). Por fin, como una síntesis final, escribía, resumiendo todo lo anterior: "Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres... Es necesario quitar sus ganados a los ricos para distribuirlos entre los pobres... Es necesario quitar sus aperos de labranza a los ricos para distribuirlos a los pobres... Es necesario distribuir el país, en suerte de labranza y pastoreo... Es necesario distribuir todo el país, sin atender a ninguna demarcación anterior, en: Suertes de riego en llano, suertes de rulo en llano,

(1) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.
(2) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.

suertes de riego en terrenos quebrados regables, suertes de rulo en terrenos quebrados de rulo, suertes de cerro, suertes de cordillera. Cada suerte tendrá una dotación de ganado, vacuno, caballar y lanar" (1). Tales eran las doctrinas de este agitador de 28 años, ardorosamente penetrado del socialismo agrario de Fourrier. Más tarde, con los años, esas sus ardorosas ideologías de juventud fuéronse apagando lenta y tranquilamente, y de aquel mancebo ardiente y audaz no quedó en sus postreros años más que un padre solícito, pelucón como sus peores enemigos del 52, dado por entero al cariño de su hijo único. Vicuña Mackenna, en una página sentida y sincera, recuerda haberlo encontrado en Nápoles un día de invierno de 1870, triste, fatigado, solo, enfermo de incurable melancolía Ni siquiera recordaba con cariño sus locuras de juventud; ni siquiera, entre las cenizas de aquel su pálido invierno, conservaba el calor de un recuerdo grato para aquellas bravías audacias de antaño. Su espíritu estaba enfermo del mal de vivir; enfermo de hastío, de desconsolación. ¿Qué de extraño es, entonces, que, acorralado por los dolores, atribulado por la más horrible de las enfermedades (gangrena en la nariz, según Vicuña Mackenna y en la garganta, según Barros Arana) tuviera su último bello gesto de audacia y, sobre uno de los puentes de París, ciudad de

(1) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.

sus ensueños de adolescente, donde viviera sus mejores años, se partiera el cráneo de un pistoletazo, para caer en el seno turbio y perezoso del Sena?

Vida triste y tumultuosa fué la de Santiago Arcos. Su imaginación, siempre exaltada, le perdió. Su audacia le tejió su propia mortaja. Aquel joven arrogante que, un día en las Tullerías, al preguntarle la emperatriz Eugenia si aún era republicano, le responde con audacia y desprecio: "Señora, todavía no he subido"—, tuvo una ancianidad triste, dolorosa y olvidada. El epílogo de su suicidio en París cierra aquella existencia como un punto de interrogación dolorosa.

Bilbao, en cambio, a pesar de tener muchos puntos de contacto con Santiago Arcos en sus ideologías ardorosas y utópicas, guardaba un corazón blanco y puro, incapaz de cualquier doblez. No se habían hecho para él las claudicaciones de la política venal, ni los cambios repentinos motivados por razones de conveniencias. Jamás transigió él con los que fueron sus enemigos en ideas. Su viaje a través de la Europa y su larga estada en París no habían contribuído sino a atizar más aún aquel fuego de ardiente exaltación libertaria, nacida en su cerebro con la adolescencia. Todo disponía en su persona a ganarse las simpatías de los extraños. De regular alzada, algo enjuto, ligeramente inclinado a la altura del pecho (lo que traicionaba ya el funesto augurio de su predisposición física para contraer la tisis), de ademanes finos y gra-

ves, aquel torso con algo de apolíneo, mantenía enhiesta una hermosa cabeza de dios joven. Pálido el rostro, nariz recta y firme, como acusando cierta voluntad de carácter, boca firme, ligeramente rasgada, ojos azules, profundamente azules, tranquilos, bañados en una hermosa serenidad, y una melena amplia, animada por los más extraordinarios soplos líricos, coronaban aquella cabeza viril, firme, de soñador y de apóstol. Vivía con sencillez y desenfado: en las mañanas de invierno cubría sus hombros un amplio capote, y en los días veraniegos, un frac negro ligeramente ceñido sobre el pecho, acentuaba graciosamente las formas de su cuerpo bien proporcionado. La severidad de las facciones acentuaba cierta grave frialdad en su rostro. Pero, cuando el calor del entusiasmo ponía ardores inusitados en sus pupilas, y el orador hacía olvidar en él al hombre, entonces Bilbao se transformaba como por encanto: desenvuelto y sencillo, conquistaba con la franqueza tranquila de sus arrebatos magníficos. Mesurado a veces, verboso otras hasta los más exaltados ardides declamativos, jamás fatigó a su auditorio y jamás llegó hasta la vulgaridad de los peroradores de asambleas. Siempre oportuno, supo sacar buen partido de las circunstancias propicias. Un detalle insignificante solía darle motivo para un discurso apasionado o para una improvisación ardiente. En cierta ocasión una asamblea de la Sociedad de la Igualdad amenazaba terminar

de una manera agitada; Bilbao ocupó la tribuna, y aprovechando que alguien le había obsequiado un ramo de flores, comenzó su discurso del modo siguiente: "El ruido de los tambores, la publicación de órdenes represivas, el aparato de la tropa armada, parece anunciar al poder los peligros del combate. En presencia de ese aparato de guerra, la Sociedad de la Igualdad, se presenta armada de flores".

En el elemento popular contaba Bilbao un gran ascendiente. Sabía cautivar a las asambleas populares con su verbosidad ardiente y fácil, rotunda y arrebatadora.

Comprendiendo Arcos y Bilbao que era preciso reaccionar contra el estado de cosas de la sociabilidad de aquel entonces, resolvieron buscar los elementos necesarios para constituir una agrupación que, continuando los propósitos del Club de la Reforma, se dedicara a instruir a las clases menesterosas y a unificar las dispersas fuerzas liberales. Pronto encontraron quienes les secundaran en tal empresa en el poeta Eusebio Lillo, en don José Zapiola y en los obreros Larracheda y Cerda, que venían a representar en la naciente agrupación al partido popular. Verificóse la primera reunión y, antes de dos semanas, figuraban nuevos adherentes, gente de prestigio y situación pecuniaria. "Desde las primeras sesiones—escribe don José Zapiola—pudo fácilmente conocerse que los fines que animaban a la reunión eran más

bien sociales que políticos; pues por un convenio tácito habíamos hecho completa abstracción de toda cuestión de partido y sobre todo de la de *candidato* para la Presidencia de la República. Si después la *Sociedad* se pronunció en oposición al Gobierno, culpa fué de los periódicos ministeriales que le declararon esa guerra de suposiciones y calumnias que estaba muy lejos de merecer (1). Lo cual explica, clara y sucintamente, a través del testimonio de uno de los más serios y respetables de sus fundadores, que no se trataba, al fundar la Sociedad de la Igualdad, de tener un centro subversivo de agitación política contra el Gobierno. Sus fines fueron altísimos: de cultura, desinterés y patriotismo.

Pero, veamos cuales eran los principios fundamentales de dicha Sociedad, una vez organizada: "Reconocer—transcribe Zapiola—la independencia de la razón como autoridad de autoridades: profesar el principio de la soberanía del pueblo como base de toda política, y el deber y el amor de la fraternidad universal como vida moral". Alguien argüirá que el hecho de aceptar la Sociedad tal principio envolvía de suyo ya un desacato contra el Estado, el cual mantenía, como religión nacional, la católica. Sin embargo, dentro de la libertad de asociación, dicho principio había

(1) Jose Zapiola.—*La Sociedad de La Igualdad y sus enemigos*, 1902.

de señalar solamente su alcance limitándose a un radio de actividad aisladamente moral. Con la aceptación de la soberanía popular querían los igualitarios, interpretando el texto de la Constitución, llegar a la posible imposición del sufragio universal, como disciplina colectiva que pudiese contrarrestar el cesarismo gubernativo en materia electoral.

Muy de cerca se advierte en la proclamación del antecitado principio, que afirma los derechos de la razón y de la soberanía del pueblo, la influencia directa del texto de Los Principios del Hombre estatuído por la Revolución Francesa. (Les hommes naissent et demeurent libres et égaux en droits. Les distinctions sociales ne peuvent etre fondées que sur l'utilité commune). Y esto se comprende, si se recuerda que tanto Bilbao como Arcos, principales fundadores de la Sociedad de la Igualdad, en materia de política y de filosofía eran ardientes discípulos de la escuela francesa del siglo XVIII, cuyo maestro fué Rousseau. Todos los errores del *Contrato Social* los compartieron los fundadores de la Sociedad y de seguro que hubiéramos colmado sus deseos si los igualitarios hubiesen aceptado los principios establecidos por el huraño ginebrino, con algunas leves modificaciones arrancadas al pensamiento de Herder y Vico. Arcos, como perfecto anarquista, tal vez encontraba deficientes e incompletas algunas de las proposiciones de Rousseau, pues su afán de exaltación

libertaria le indujo a negar todo sin reservas de ninguna especie. Bilbao calmaba sus arranques y le hacía aceptar los principios de la Revolución Francesa y las doctrinas ardientes de Rosseau; pues él, torturadamente inquieto y débil hasta el misticismo, cultivaba el sentimiento de un socialismo cristiano, que pretendía alcanzar sus fines, no mediante la violencia sino que más bien obrando por una dulce y compresiva persuación. Empero y desgraciadamente, sus contemporáneos a menudo se equivocaron respecto de las ideas y los propósitos de Arcos y Bilbao. Les atribuían doctrinas desquiciadoras; y, temerosa aquella tranquila sociedad pelucona de 1850 con los ecos que llegaban a Chile de la revolución europea del 48 y del movimiento comunista, sólo creía que Arcos y Bilbao obedecían a un credo común con los cabecillas revolucionarios franceses, de cuya capital, París, ambos habían llegado hacía poco tiempo triunfantes y provocativos. Para aquellos buenos conservadores y temerosos pipiolos de mediados de la décima nona centuria, los nombres de Fourrier y de Saint Simón, fueron algo así como pronunciar en Santiago el nombre de Renan en 1885. A ellos, como a otros muchos, los Blanc, los Marx, los Lamennais, los Michelet, sin distinciones de ninguna especie, con o sin razón, se les atribuían todas las doctrinas perturbadoras que proclamaban la lucha contra el ejército, la implantación del divorcio, la separación de la Iglesia y el Es-

tado, la abolición de la propiedad, la protección para los gremios de proletarios, el establecimiento de la legislación obrera, la reglamentación del salario y tantas otras que sería largo enumerar. "El apodo de *sansimoniano,* hombre sin Dios ni ley, según el común de la gente;—escribía Barros Arana—era aplicado a todo el que frecuentaba la Sociedad de la Igualdad". (1).

Desde el primer momento que dió señales de vida la Sociedad, el Gobierno procuró impedir se incrementara, pues podía llegar un día en que fuese un serio peligro para la estabilidad misma del orden gubernativo. En Abril de 1850 la Sociedad autorizó la fundación de un periódico que fuese como el portavoz de sus acuerdos y decisiones. Se le dió el nombre de aquella célebre hoja de Marat, *El Amigo del Pueblo,* que sesenta y tres años antes había tronado, en sus bárbaras diatribas, contra las testas coronadas. Su primer director fué Eusebio Lillo, poeta, patriota ardoroso, revolucionario convencido. En su número inicial escribía Lillo: "Queremos que don Manuel Montt, fatal a las libertades públicas, fatal a la educación, fatal a la República, se anule para siempre... Proclamamos en alta voz la revolución y aceptamos el título de *revolucionarios;* pero hagamos conocer que odiamos la revolución por la violencia

(1) Barros Arana.—*Un decenio de la Historia de Chile.* Vol. II

y que nuestro único objeto es el progreso de las ideas, con la ayuda de la propaganda escrita y hablada, sirviéndonos de medios pacíficos".

Fué esta proclama la primera anticipación abierta de los fines políticos de la Sociedad de la Igualdad. Entonces los recelos se triplicaron y, fuerza es creer que tal artículo constituyó una poca diplomática salida de tono, cuando aún la asociación no era lo suficientemente fuerte para resistir las embestidas de un poder autoritario que gobernaba, cuando era preciso, mediante la imposición del terror.

Poco después, la inserción en *El Amigo del Pueblo* de la traducción de las *Palabras de un Creyente* y la publicación del folleto de Bilbao los *Boletines del espíritu,* provocaron el primer tumulto y un verdadero conflicto, cuyas proporciones tardaron largamente en borrarse.

La publicación de las *Palabras de un Creyente* levantó una ola de indignación en la sociedad aristocrática y pelucona de Santiago. El clero se arremolinó profundamente indignado y el Gobierno procuró intervenir en contra del periódico. Muchos fueron los artículos que, para rebatir el temerario escrito del pensador francés, dió a luz la prensa conservadora. Así comenzó aquella oleada que, poco a poco fué tomando mayores proporciones, hasta desencadenarse, cual un rayo iracundo, sobre la cabeza visible de la Sociedad de la Igualdad. Entonces aparece, por

segunda vez, Bilbao, en la arena ardiente de la diatriba con su folleto antes citado los *Boletines del espíritu.* Si hasta ese instante la tormenta habíase estrellado contra la unidad férrea de la sociedad, después de la aparición del escrito subversivo del autor de la *Sociabilidad Chilena,* las opiniones comenzaron a dividirse y en el seno mismo de la Sociedad de la Igualdad se promovieron acaloradas protestas contra el joven pensador. Sin embargo, la mayoría popular de aquella agrupación estuvo entera e incondicionalmente de su parte, dando así el elemento obrero una prueba admirable de unión y de confraternidad intelectual. Fué aquella una lección sobre cuya transcendencia los críticos de Bilbao apenas si han parado mientes, siendo, en realidad, un rasgo hermoso que prueba cuan hondas eran las raíces echadas por el árbol firme de su liberalismo en el terreno fértil del entusiasmo popular. Cuando en el seno mismo de la sociedad se sometió al sufragio la siguiente proposición: "La Sociedad de la Igualdad declara que el ciudadano Bilbao no se ha expresado jamás en sus sesiones contra los dogmas de nuestra santa religión", se promovieron agrias discusiones y apenas si se consiguió una difícil mayoría a favor de esta declaración, lo que prueba—escribe Zapiola—que la expulsión de Bilbao (propuesta por el ciudadano Guerrero) habría sido imposible" (1).

(1) J. Zapiola.—*La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos.*

Censurado violentamente por la autoridad eclesiástica Bilbao, recibió, en cambio, de una parte pequeña del clero manifestaciones de ardiente simpatía. Algunos frailes aplaudían sus doctrinas y exaltaban sus audacias, no porque fuesen sinceros en tales creencias, sino que por motivos de pura y mezquina conveniencia personal.

Llegamos aquí a una de las partes más interesantes y más delicadas en la historia del movimiento intelectual de 1850 que, a decir verdad, no ha sido estudiada con sereno desapasionamiento por ningún crítico chileno, no obstante tratarse del punto más interesante y curioso en las relaciones intelectuales de Bilbao.

Pero, analicemos de antemano los hechos que dieron origen a la cuestión.

Decretada la excomunión contra Bilbao por su folleto, asiste el joven pensador a una reunión de la Sociedad de la Igualdad, celebrada por uno de los muchos grupos en que estaba dividida, en circunstancias que presidía el clérigo Ortíz. Al entrar Bilbao al recinto de la sesión, álzase Ortíz de su asiento y le felicita calurosamente por su audacia y su amor a la verdad. Los igualitarios asistentes a la sesión aclaman a ambos. El arzobispo, sabedor de esto, ordena poner en prisión a Ortíz. Al día siguiente la comunidad de San Agustín invita a Bilbao a lo que hoy llamaríamos un "lunch". Se le recibe entre ban-

deras y flores. Instado por uno de los frailes, Bilbao improvisa una brillante peroración. Al evocar el nombre de Nazareno, un clérigo interrumpe al orador para decirle: "¡Qué grande hombre fué ese!" Bilbao duplica sus bríos oratorios. Todos le aplauden; "todos le interrogaban, todos querían escucharle", escribe don Eduardo de la Barra (1). El superior del convento alza la copa en su nombre, mientras la congregación en masa le agasaja y aplaude entusiasmada.

Tales son los hechos. Ahora cabe preguntar: ¿Cómo se concibe que habiendo excumulgado el arzobispo a Bilbao por su escrito subversivo, recibiera este tales manifestaciones de un sacerdote y de una comunidad?

Desde hacía algunos años no pocas congregaciones establecidas en Chile no reconocían más autoridad que aquella que les dictaba su fuero interno personal. Así, pues, no era extraño consignar que los agustinos se habían entregado a una vida *non sancta.* La disciplina eclesiástica estaba muy relajada y los oficios religiosos no se cumplían con estricta regularidad. Entonces, y comprendiendo muy claramente el peligro inminente que entrañaba para la estabilidad de la Iglesia este orden moral y militante violentamente alterado, el arzobispo, don Rafael

(1) Eduardo de la Barra.—*Bilbao ante la Sacristía.*

Valentín Valdivieso, pastor enérgico y severo, aplicó con todo rigor el cumplimiento del decreto que al Papa había impetrado el Gobierno de Chile, solicitando la reforma de las órdenes religiosas. Pío IX delegó todas sus facultades en el Ilustrísimo Arzobispo, quien, a su vez, no había de vacilar un instante en aplicar aquella disciplina de hierro a las comunidades de su dependencia. "No pudieron mirar con buenos ojos semejante designación—escribe el padre Maturana—ni el Gobierno que veía en aquel Prelado al enemigo acérrimo de todas sus regalías; ni tampoco las Ordenes Religiosas, que de repente se hallaron teniendo como General y Visitador Apostólico, investido de plenísimas facultades, a un Arzobispo que no les era muy afecto" (1). Sin embargo, a pesar de la exaltación de las congregaciones que se veían atacadas en su libertad absoluta, el Arzobispo no cejó un instante en su empeño. Honrado y austero discípulo de los Padres de la Iglesia, el señor Valdivieso no transigía con venalidades de ninguna especie; sus normas eran claras y su austeridad una e indisoluble. De tal modo, pues, reguló las atribuciones de las órdenes descarriadas y las sometió en adelante a sus estrictos deberes. Sufrieron grandemente dichas órdenes con la apli-

(1) Padre Victor Maturana.—*Historia de los Agustinos en Chile.* Vol. II.

cación de aquel marco riguroso y, como la letra del decreto no admitía ni siquiera interpretaciones, los frailes que no se resignaron a doblegar sus altiveces ante semejante disciplina, renunciaron sus votos y abandonaron su ministerio en señal de protesta y rebeldía. La rudeza segura de aquel Arzobispo de carácter, tallado en hierro y en bronce, evitó que el movimiento transcendiera en proporciones hasta un pequeño cisma, lo cual habría comprometido seriamente en esos momentos la estabilidad de la Iglesia.

En Abril de 1850, aún no se tenían noticias en Santiago del decreto pontificio, pero sí que conocían ya los Agustinos los firmes propósitos del Arzobispo respecto de sus intenciones para corregir sus desmanes y encauzar su disciplina. Desde el instante en que comprendieron la actitud austera de su superior jerárquico y espiritual, no cesaron en hacerle una guerra cruda de intrigas y enredos que sólo algún tiempo más tarde había de cesar. Así, pues, cuando Bilbao se vió perseguido y excomulgado, fueron los Agustinos quienes primeramente se habían de apresurar a manifestarle sus simpatías, no porque aceptasen sus doctrinas, sino que buscando en dicha adhesión un motivo que pudiese ofender y burlar al Arzobispo Valdivieso en sus atribuciones de jefe. Los Agustinos querían, de antemano, prevenir los efectos de cualquiera reforma, conquistán-

dose adeptos en las Ordenes, de modo que el Arzobispo en cierto instante determinado, encontrara frente a su autoridad omnímoda, la unión de gran parte del clero, cuya actitud levantisca previniese todo intento de reforma perjudicial para ellos. En tal circunstancia, fué Bilbao el instrumento escogido para lanzar un proyectil contra el Arzobispo Valdivieso, proyectil que erró su blanco, y, rebotando en otra superficie, retrocedió violentamente para herir a la congregación agustina misma en pleno corazón.

En el seno de la Sociedad de la Igualdad los *Boletines del Espíritu* encendieron los ánimos y de aquella efervescencia resultó después una mayor fuerza de cohesión. En su seno aconteció lo que ocurre en los remansos: una ráfaga agitó sus aguas, batiéndolas con ímpetus de tempestad desatada, y después su linfa se tranquilizó serenamente y la tromba le sirvió para aconchar en su fondo los malos elementos que, durante el torbellino, quedaron al descubierto en la superficie. Desde aquel instante de la votación, Bilbao contó seguro en adelante al elemento obrero como su más seguro adepto. El joven pensador de la "Sociabilidad Chilena" ejercía sobre él una atracción irresistible; su palabra de orador caía sobre sus espíritus como un rocío de entusiasmo. ¿Qué de extraño es, entonces, que al tra-

tarse de expulsar a Bilbao del seno de la Sociedad, el obrero López, con tono sentencioso y decidido, le dijese, en plena asamblea: "Ciudadano Bilbao, si la aristocracia os proscribe, nosotros os seguiremos al desierto, cual los israelitas a Moisés".

Profundamente alarmado el Gobierno con todas estas incidencias que venían a consolidar el prestigio de la Sociedad de la Igualdad, acordó recurrir al único medio de asestarle un golpe de muerte antes de que aquel árbol peligroso continuase multiplicando sus ramas y afirmando su tronco y sus raíces en la tierra. Entonces ordenó que fuera disuelta por gente armada, que las autoridades pagaban y amparaban en tales casos. El 10 de Agosto se intentó un primer golpe que, gracias a una feliz casualidad, terminó de manera harto desventajosa para los asaltantes. Cogidos estos entre los directores de la Sociedad que se habían quedado en el recinto deliberando, ya terminada la sesión, y entre numerosos igualitarios y la policía que había acudido rápidamente, los garroteros enviados por el Gobierno estuvieron a punto de perecer en el mismo local de la Sociedad, a no mediar la actitud enérgica del oficial de policía que les protegió contra un seguro lynchamiento.

La indignación contra ataque tan inícuo no tardó en manifestarse. Violentas recriminaciones se al-

zaron contra el Gobierno y lo que hubiera podido ir en desmedro de los igualitarios a haberse producido una asonada cuando el ataque, sirvióle de provechosa oportunidad para afirmar e incrementar el número de socios de la institución. Al día siguiente del atentado, triplicáronse las adhesiones, y el número de afiliados elevóse de seiscientos a dos mil, en menos de un mes, llegando a hacerse más de doscientas inscripciones en un solo día. Su prestigio crecía rápidamente y el Gobierno veía aumentar aquel peligro como una masa de sombra que amenazara invadirlo todo.

Entre tanto, la acción cultural de la Sociedad de la Igualdad se difundía con entusiasmo. En su seno estudiábase un proyecto de instrucción popular gratuita, que, a haberse organizado como pensaba el directorio de la Sociedad, hubiera dado óptimos frutos. En su principio esta idea—escribe Zapiola—tenía por objeto establecer cinco clases, a saber: lectura, escritura, primeras operaciones de aritmética, elementos de gramática castellana y geografía; pero en el curso de la discusión estas clases se aumentaron hasta el número de *doce* con la agregación de las siguientes: historia sagrada, historia de Chile, dibujo lineal, francés, inglés, música y baile... La enseñanza era gratuita no sólo para los socios y sus hijos, sino también para las personas que no pertenecían a la Sociedad pero que quisieran dedicarse

a cualquiera de estos ramos de educación" (1). Una vez abiertas estas clases, creció su número de alumnos de un modo rápido y seguro. Iniciadas a fines de Septiembre con más de trescientos asistentes, el número se dobló antes de dos semanas.

Los fines de la Sociedad de la Igualdad eran, pues, ante todo conscientes y tranquilos, a pesar de sus propósitos políticos decidida y abiertamente contrarios a la candidatura de don Manuel Montt. La Sociedad socorrió al desvalido y a los igualitarios que, encontrándose en la miseria, o en circunstancias aflictivas, necesitaban de recursos. Así, por ejemplo, recuerda Zapiola que en una sesión se recolectó dinero para auxiliar a dos socios que estaban presos por emitir opiniones políticas contrarias al Gobierno; cuando se procedió a contar las monedas recolectadas, se advirtió entre ellas una *mitad* (o sea una ficha de a centavo y medio), lo cual dió motivo a Bilbao para improvisar una brillante peroración, que constituye un rasgo característico del orador y del hombre: "Este caso, ciudadanos—dijo—me recuerda un hecho semejante que nos refiere el Evangelio. Estaba el Salvador cerca del lugar donde se depositaban los socorros voluntarios para los pobres, y veía acudir ahí a ricos a depositar gruesas sumas. Vino una viuda pobre con su hijo y depositó

(1) Jose Zapiola.—*La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos.*

un centavo. Jesucristo conmovido dijo: En verdad os digo: "el centavo de la viuda vale más que las cuantiosas sumas erogadas por los ricos".

Después de cada una de sus reuniones habituales, los igualitarios recorrían las calles, formados en correcta procesión. Y era de verse entonces la figura apostólica de Francisco Bilbao, marchando a la cabeza del desfile, tranquilo y sereno como un dios joven. Sostenía entre sus manos, a modo de estandarte, un árbol de la libertad, imitando aquella hermosa y viril costumbre de los revolucionarios franceses del 79, que rendían de este modo, homenaje a la diosa razón y a la naturaleza viva. El, convencido y ardiente apóstol de una causa que juzgaba santa y a la cual había dedicado todas sus energías, no trepidaba jamás ante ninguna manifestación que tradujese todas sus buenas intenciones y sus santos propósitos.

Mucho distaba la Sociedad de la Igualdad de haberse fundado, como cree un escritor chileno contemporáneo, don Alberto Edwards, "con el pretexto de ilustrar a las masas, pero que en realidad tenía por objeto prepararlas para la sedición y los trastornos" (1). Nada más injusto y arbitrario que este juicio; la Sociedad de la Igualdad jamás estimuló

(1) ALBERTO EDWARDS.—*Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos.*

ni alentó propósitos de revuelta, y si después se mezcló directamente en causas políticas, ello se debió, especial y exclusivamente, a los atentados de que fué víctima, a pesar de que en su seno había un gran elemento contrario a toda idea de violencia. Luchó contra la candidatura Montt, amparada por sus derechos, o más bien dicho, por los derechos de que cada ciudadano goza según la Constitución. Pero, jamás intentó azuzar perturbaciones ni asonadas callejeras: su programa de trabajo no podía ser más tranquilo y benéfico. La autoridad, al atacarla, provocó en ella sus derechos defensivos. La persecución constante la hizo cobrar bríos, hasta que el Gobierno había de sepultarla con toda la violencia arbitraria que estaba a sus alcances. En provincias había tenido una influencia considerable y bajo su influjo se fundaron algunas asociaciones destinadas a cultivar propósitos de cultura y de alto civismo.

El 28 de Octubre verificóse la última reunión. Más que una sesión fué aquel un comicio público al que asistieron más de cuatro mil adherentes. En los primeros días de Noviembre la autoridad ordenó prohibir las reuniones de la Sociedad de la Igualdad; sus agentes hicieron algunos arrestos y la ciudad fué declarada en estado de sitio. Tal fué su fin.

¿Cuál había sido su crimen? ¿cuáles sus revueltas? ¿cuáles sus fines bárbaros? Sólo el temor del Gobierno vió en ella esa hidra de siete cabezas que ame-

nazaba tragarse a todo el elemento pelucón y a los gobernantes por añadidura.

Después de esta verdadera hecatombe de sus sueños apostólicos, Bilbao logró huir a refugiarse en la hacienda "Las Palmas", cercana a Valparaíso, dejando en poder de sus amigos un boletín manuscrito, "El Igualitario", en el cual daba alientos a los suyos y probaba que en su corazón, joven aún, no se había extinguido la esperanza: "Nuestra Sociedad ha sido prohibida—decía—nuestra Sociedad revivirá. Se nos ha prohibido reunirnos a la luz del sol: nos reuniremos donde quiera que haya dos o más corazones buenos".

Así terminó la historia de la Sociedad de la Igualdad, fundada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao. El primero había tenido una pequeña actuación en su seno, mientras que el joven ideólogo de la *Sociabilidad Chilena* había participado de todos sus entusiasmos y de todas sus bondades.

Mas, como toda historia algo romancesca, la página de la Sociedad de la Igualdad tuvo su epílogo trágico, sangriento y doloroso: fué este la revolución del 20 de Abril de 1851.

VII

Los Boletines del Espíritu

Suelen a veces las persecuciones encarnizadas hacer que hechos insignificantes adquieran proporciones enormes. De cuántos escritores no se habló en su tiempo por la sola circunstancia de haberse ensañado en ellos la justicia o la intolerancia religiosa. La Inquisición ungió mártires cívicos de la ciencia y del pensamiento a muchos pensadores mediocres que, a no haber mediado la ferocidad de aquellos enemigos implacables, se hubieran muerto silenciosamente con sus obras y sus escasos discípulos, sin exaltar movimientos importantes anti-religiosos o políticos. Así sucedió con el Bilbao de *Los Boletines del Espíritu.* Tanto se preocuparon de él la Iglesia y la prensa conservadora que, en aquel folleto pobre

en ideas, vago, nebuloso e incoherente, llegaron a ver sus amigos un escrito admirable, una voz de la verdad que se alzaba cual una columna de sombras contra el imperio de la tiranía. El Arzobispo Valdivieso cometió, ciertamente, un error al decretar una excomunión contra su autor y al condenar aquel estudio, cual si se tratara de una obra violentamente anticatólica cuando en sus páginas sólo atinaba Bilbao a confundir y mezclar los preceptos del cristiamo primitivo con las exaltaciones de un misticismo vago y misterioso hasta la incoherencia. ¿Podía ser aquélla la obra de un libre pensador cuando exponía en los siguientes aforismos su sometimiento a la Providencia?: "Detén, Señor, tu frente de luz y fuego, porque yo tu hijo, me evaporo en la inmensidad, como un astro incendiado que dispersa sus elementos en el seno de la creación... No me basta mi fuerza solitaria ni mis actos rectos, quiero vibrar en la palanca de la patria cuando se exalte como un sólo hombre, pero ante todo que tu voluntad sea hecha y no la mía".

¿Por qué, entonces, los enemigos de Bilbao quisieron ver en dicho escrito imperdonables blasfemias y le condenaron por anti-religioso, no sólo a él, sino que a quienes como Sarmiento, al hacer la crónica de los sucesos que se promovieron en torno del libelo, cometió el sólo delito de recordar en su folleto, célebre entonces, que la condenación de "Los Boleti-

nes del Espíritu" en nada perjudicaba a su autor ante las clases obreras? Espíritus demasiado sutiles o demasiado escrupulosos vieron en sus páginas aquello que la Pastoral condenatoria del Arzobispo censuraba por sobre todas las cosas: "Aún más,—decía esta,—da a entender, que no cree que Nuestro Señor Jesucristo es nuestro Dios consubstancial con el Padre, puesto que asegura le profesa un amor inferior al que tiene a Dios".

¿Constituían acaso errores teológicos o atentados blasfemos contra el dogma aquellas palabras ardientes que Bilbao estampaba en el noveno acápite de sus *Boletines?*: "¿Quién ha blasfemado diciendo que hay penas eternas, cuando yo no las invoco ni para los tiranos ni para los corruptores de la conciencia?... ¿Quién ha blasfemado diciendo que el fruto de mujer nace condenado? El niño, aurora virginal que el Señor colora todos los días, para enviarnos una imagen de su creación predilecta." Como su maestro Lamennais invoca Bilbao el sentimiento cristiano de Jesús: la bondad, la mansedumbre que redimió al cristianismo anterior de toda su ferocidad bíblica; de esa ferocidad hecha de sangre, de espanto, de dolor y de ira. Antes que amar a Abraham y a aquel celoso y terrible Dios de Israel, Bilbao quería a Jesús, dulce, manso, puro, enorme y evangélico. Era, en fin, cristiano, con el Maestro y no con las enseñanzas de sus discípulos.

Pero la Iglesia, en la representación de sus pastores, no aceptaba tales bizarrías. Sus enseñanzas calzan en un marco estrecho, y, ¡ay! del que se aventura a salir de su limitación! Y Bilbao comprendía esto demasiado, pues al aparecer la traducción de las *Palabras de un Creyente,* la *Revista Católica,* declaraba que "condenaba solemnemente las *Palabras de un Creyente* porque era un libro de análisis y de meditación filosófica, cuando *la duda solamente es un crimen.*"

Substancia, principio, causa y fin de *Los Boletines del Espíritu* son las siguientes palabras de Bilbao: "La primera palabra del pueblo soberano, es Dios, la persona infinita y creadora—que es por quien somos y a donde vamos... La segunda palabra es Libertad... Y la tercera palabra, es la comunión de los seres—amor, fraternidad... Dios es con nosotros—¿a quién tememos?" Y, extremando más adelante esta exaltación de su amor universal, y buscando el fondo de unidad común en todas las más altas aspiraciones antropomórficas, escribe: "En nuestros ritos, en nuestros dogmas, desde el más remoto, desde el de la última tribu hasta la filosofía, que es la luz de las luces, hay un fondo común, cuyos símbolos varían, cuyas interpretaciones se chocan". Dios es para Bilbao el sumo principio del bien, el espíritu de la justicia y de su dilecta perfección: "Formad, pues,—dice—una comunión Omnipotente,

una misma humanidad, una misma palabra: Dios, Libertad, Fraternidad".

El resultado de esta aspiración humana de Bilbao, basada en el bien y en la fraternidad, perseguía como fin la liberación moral completa del hombre, y, dentro de ella, el sacrificio de cada ciudadano a la Patria, "que es el altar del sacrificio en donde cada ciudadano debe ofrecer, en holocausto, su corazón."

La autoridad eclesiástica, antes que atenerse al testimonio del escrito, interpretó el alcance de muchos de sus párrafos, de lo cual indujo más suposiciones que afirmaciones establecidas por Bilbao mismo. Así, decía la Pastoral que: "Su autor, no contento con manifestar *"menosprecio por las Santas Escrituras"* y un odio encarnizado a los ministros de la religión divina, niega abiertamente la eternidad de las penas del infierno y el pecado original, blasfemando sacrílegamente de Dios Nuestro Señor que ha revelado estas verdades esenciales de nuestro símbolo." Hé aquí, pues, lo que advertía antes: de la interpretación se dedujo que Bilbao menospreciaba las Santas Escrituras, aún cuando dichos libros fueron siempre la fuente incontrovertible de su credo moral. En ellos encontró la elevación que buscaba en su maestro bien amado Lamennais; y, a medida que los años transcurrían, su espíritu era como un espejo que reflejaba fielmente sus enseñanzas. Bilbao amaba el Evangelio y buscaba siempre en él to-

da perfectibilidad humana. ¿No pedía, años más tarde, la resurrección del Evangelio con palabra ardiente y convicción profunda?: "El Evangelio—escribía—ha sido el libro invocado y ha sido también el libro que guarda el verdadero testamento del espíritu divino, universal, ley de amor—doctrina y ejemplo—razón y entusiasmo—éxtasis y práctica de la verdad." ¿Cómo decir, entonces, que menospreciaba las Santas Escrituras? Nada más injusto y antojadizo.

En la parte que la Iglesia condenaba *Los Boletines del Espíritu,* por negar el pecado original, debemos entrever el alcance y la influencia de las teorías de Rousseau. Decía Bilbao al condenar indirectamente los dogmas: "Lógica extraña que empieza asesinando a la justicia y concluye por el martirio de la madre que *cree llevar en sus entrañas el fruto de Satán".* El filósofo de *Las Confesiones* suponía que el hombre nace bueno y la sociedad le pervierte. Si este principio se aplica a la política, fácilmente se comprende su alcance enorme en lo que atañe a la organización democrática. ¿No estaría resuelto el problema de las que hoy son puras utopías igualitarias? Si el hombre nace bueno y sobre la base de tal unidad se establece cada agrupación procurando conservar semejante integridad moral en el individuo, el comunismo, el fourrierismo o el kropotkinismo, llegarían a ser un triunfo indiscutible de todas las

excelencias de las democracias. Y para la Iglesia tal negación del pecado original envolvía una blasfemia perjudicial y peligrosa.

No es, por cierto, el escrito *Los Boletines del Espíritu,* digno de ser recordado ni siquiera comentado. Quienes habían leído entonces a Lamennais encontraban en el opúsculo de Bilbao nada más que una débil repetición de algunos tópicos desarrollados con calor y admirable forma por el solitario de La Chesnaie. Es de las obras de Bilbao acaso la más insignificante, pues en ninguno de los escritos posteriores extremó tanto el tono declamativo y sentencioso. Además, su estilo se resiente de una afectación que deja ver fácilmente su artificiosidad como deja ver por su reverso una tela la combinación de los hilos de su tejido. Con razón, al recordar *Los Boletines del Espíritu,* escribía años más tarde Barros Arana: "Forman un conjunto de pensamientos muy poco relacionados entre sí, y en una gran parte, verdaderamente incomprensibles". Este juicio es exacto. Ya lo advertíamos antes también que en dicho escrito primaba lo nebuloso e incoherente. Sin embargo, pocas veces en Chile un libro ha despertado la atención y los entusiasmos que *Los Boletines del Espíritu. La Sociabilidad Chilena* fué leída y buscada por el proceso que en torno de ella desencadenó la autoridad. Los "Boletines" exaltaron los ánimos gracias a la excomunión que sobre ellos hizo recaer

la autoridad eclesiástica. Es preciso recordar que la pastoral antes citada concluía de este modo: "Y vosotros, nuestros amados cooperadores en el sagrado ministerio, estad alerta contra los enemigos de la religión y de las buenas costumbres, y procurad tanto en el púlpito como en el confesionario, preservar a los fieles de sus emponzoñados escritos y alejarlos de su corruptor aliento, a fin de que no se contaminen con sus malas doctrinas, acordáos de lo que nos enseña el apóstol San Juan cuando dice: *"Si alguien viene a nosotros, y no hace profesión de esta doctrina, no lo recibáis en nuestra casa, ni le saludéis. Porque el que lo saluda comunica con sus obras."*

¿Qué más podía desear un pensador joven para conquistar nombre y gloria que esta especie de martirio alcanzado con su fe apostólica de iluminado? El, que, ante todo amaba al dulce Nazareno, la bondad y el bien, no podía aceptar el credo estrecho de aquel amor egoísta a un Dios vengativo y cruel.

VIII.

Fracaso de una Revolución

Disuelta la Sociedad de la Igualdad y dispersos sus principales elementos, unos en la cárcel y otros en el destierro, los pipiolos no se habían de resignar a sufrir en silencio el triple fracaso de esa su laboriosidad desarrollada durante los siete meses que duró aquella asociación de los igualitarios. Era menester juntar los cabos sueltos en un cuerpo de asociación que iniciara nuevamente la fusión de los miembros de la Sociedad. Y ya que el Gobierno recurría a medios arbitrarios y violentos, ellos debían también conspirar, en el silencio, en la sombra, amparados en los sitios más ocultos como cualquiera logia prohibida. Si la autoridad se interponía, ellos sabrían burlar sus acechanzas, violar y violentar las

barreras de sus restricciones. Ante la fuerza armada, ellos querían oponer la exaltación revolucionaria, el movimiento subversivo de los cuarteles y el apoyo violento del pueblo. Al garrote el hierro; al asalto nocturno el motín; a la tiranía la guerra sin cuartel.

Bilbao, que había vivido cerca de Quinet durante las barricadas de París, insinuó la idea de un movimiento revolucionario que en su inexperiencia de soñador adivinaba muy fácil y seguro. Sabía, además, que en algunos cuarteles reinaba el desconcierto: descontento con los jefes y simpatía por el movimiento iniciado en la Sociedad de la Igualdad, e incertidumbre ante los rumores de un probable movimiento venido del sur del país. Entonces era preciso aprovecharse de ese estado propicio y tentar los primeros avances subversivos.

Desde su refugio de la hacienda "Las Palmas", Bilbao procuraba alentar a los igualitarios dispersos. En su último escrito, después de ser disuelta la Sociedad de la Igualdad, escribía: "Que nuestra palabra cunda por debajo de la tierra y llegará día en que la tierra se levante... Guerra al despotismo! ¡Guerra incesante! ¡Que no viva tranquilo! Mostrar en todos momentos que somos buenos ciudadanos... Cada socio procure pasarse y comunicarse estas líneas. Yo trabajo sin cesar. Organicen gru-

pos de conversación." Los ánimos no decaían. Más esforzado que nunca, comprendió Bilbao que del peligro es posible sacar energías sobrehumanas para levantar a un pueblo. Y la revolución era para él una medida de salvación.

Pedro Ugarte, joven magistrado y espíritu ardoroso que, siendo juez del Crimen había sido suspendido en sus funciones durante un mes por amparar serenamente los derechos de la Sociedad de la Igualdad, se erigió el primero en el portavoz de la conspiración que se iniciaba. Atizó el fuego del entusiasmo en las reuniones e indujo al coronel Urriola, militar prestigioso, ya retirado del Ejército, a tomar parte en el levantamiento que se proyectaba. Era Urriola uno de los más aguerridos y bravos militares de su tiempo: actor en varios combates y triunfante en varias campañas, había visto muy de cerca los resplandores de la gloria y las tristezas de la muerte. Su ascendiente entre los soldados era grande y firme: le querían por su brava apostura y sus gallardos ademanes. La historia de su vida era una página heroica, hidalga y bizarra. Retirado prematuramente del Ejército, vivía en la intimidad de su hogar cultivando su huerto como el Cándido de Voltaire. Ganado a la causa subversiva por Ugarte, aceptó un cometido que había de llevar poco más tarde el dolor irreparable a su hogar. Acordadas las condiciones en que se debía

obrar, los conductores del movimiento iniciaron su obra con toda actividad, celo y sigilo. La situación favorecía abiertamente sus planes. A mediados del mes de Febrero de 1851, se proclamaba en Concepción la candidatura presidencial del general don José María de la Cruz, y ese movimiento atrajo todas las atenciones del Gobierno, promoviendo en Santiago una corriente de opinión ardiente y apasionada. A pesar de las francas inclinaciones conservadoras del nuevo candidato y de serle afectos los elementos moderados de los pelucones, los liberales, tenaces opositores a la candidatura Montt, resolvieron allegar su decidido concurso al triunfo del general Cruz.

Gran parte de algunos regimientos bien pronto se mostraron afectos al movimiento revolucionario. Además, del elemento voluntario que se suponía ingresara al motín en la última hora, Bilbao, ingenuo y soñador, prometió arrastrar a cinco mil igualitarios que, desgraciadamente, no concurrieron ni fué posible reunir.

Casi dos meses enteros tardó en organizarse minuciosamente aquel movimiento, desde el día en que Bilbao y Pedro Ugarte iniciaron su acción agitadora en reuniones, en corrillos, por donde quiera que apareciese un igualitario o un pipiolo decidido. El Presidente Búlnes alcanzó a tener noticias y alarmas oportunas del conato que se preparaba; mas, con-

fiado en el celo de su tropa, tuvo razones para desconfiar más de una vez lo que el temor agrandaba ante los ojos temerosos de sus allegados.

Estalla la revolución el 20 de Abril. Sorprendida la tropa a última hora por sus jefes, que habían sido ganados a las órdenes de Urriola, marcha maquinalmente al triunfo o a la derrota, sin tener noticias claras de su situación. Precipitado el movimiento en menos de una noche, sin orden ni concierto previos; confundido el propio Urriola y dispersos los conductores civiles de la revolución, la jornada no podía ser sino un fracaso total que la sagacidad previsora de Urriola debió suponer, dadas la energía y el espíritu activo del Presidente Búlnes. Antes que los revolucionarios hubieran organizado regularmente el ataque y cuando aún aquel movimiento más tenía carácter de asonada que no de revolución, ya en la Moneda se había dado la voz de alarma y las tropas afectas al Gobierno se organizaban rápidamente.

Más de media noche transcurrió y Urriola vacilaba aún ante la incertidumbre de emprender un ataque formal. Las horas se sucedían y sólo cuando las primeras luces del alba bañaban la ciudad y los soldados del batallón Chacabuco estaban sobre las armas ante la Moneda, Urriola se decidió a intentar un ataque que, de antemano, no había previsto. Y en la guerra, como en los motines, siempre lo

inesperado conduce seguramente a la derrota o a los fracasos.

Las fuerzas revolucionarias contaban poco más de quinientos hombres. Soldados muchos, simples ciudadanos otros, no era fácil establecer en aquellas filas el concierto y la disciplina. Las horas transcurrían y sólo de las armas insurrectas se habían escapado algunos débiles disparos ante la puerta de la cárcel, cuando se intentó un asalto para libertar a los reos políticos.

Cansado Urriola de aguardar los recursos del regimiento Chacabuco, que ya estaba en armas en la Moneda a las órdenes del Presidente, e incapaz de creer que aquel cuerpo no le fuese fiel y afecto en el motín, marchó a la cabeza de su tropa, en brillante desfile hacia el cuartel de la Artillería. Se inicia el combate, con todas las desventajas posibles para la tropa de Urriola. Los defensores del cuartel se niegan a entregar su reducto, y, bien parapetados, hacen fuego contra los asaltantes. Lucha estéril y heroica fué aquélla, en la cual más podía el entusiasmo que la cordura. ¿Acaso los revolucionarios, entre ellos Bilbao, Lillo, Recabarren, Ugarte, Videla, soñaban ante las puertas del cuartel de Artillería en los días memorables de la Bastilla? Lanzada la tropa contra sus muros erizados de soldados, cae en estéril sacrificio. Fracasados los intentos de incendio, uno a uno van pereciendo aquellos intrépi-

dos asaltantes. De pronto, alguien da la voz de alarma, anunciando la rápida marcha ofensiva del batallón Chacabuco, que se dominaba a lo lejos desde el alto del cuartel de Artillería. Desciende la tropa rápidamente y forma barricadas en las calles. Y mientras el grueso de la multitud se queda en ávida espera, Urriola se avalanza a la cabeza de una compañía a tomar la retaguardia. Al desembocar en la calle de Agustinas "y torcer hacia la calle de los Recogidos,—refiere Vicuña Mackenna—un vigilante, que venía a caballo en esa dirección, con su rumbo perdido y como desatentado y a la disparada, al encontrarse con un grupo armado, levantó la carabina, y sin hacer puntería ni sujetar el caballo, tiró y la bala, por el efecto más extraordinario y casual, fué a traspasar el cuerpo del coronel Urriola en la sección, más sensible, atravesándole el vientre y el hígado en dirección oblícua. Cayó en la acera, y el infortunado jefe, no dijo sino estas solas palabras al fiel Recabarren y a Claro:—*No me abandonen!*" (1). Así terminó la vida de Urriola, en el epílogo de una traicionera casualidad, indigna de un guerrero que, durante toda su vida, vivió acostumbrado a los sobresaltos de la guerra y a las audacias del heroismo.

---

(1) VICUÑA MACKENNA.—*Historia de la jornada del 20 de Abril de 1851.*

Avanzan las tropas fieles al Gobierno, a lo largo de la calle, y entonces se produce el desastrozo encuentro, cuyo resultado fué la más bárbara carnicería, inhumana y despiadada hasta el salvajismo. Se combatió en las calles, en las alturas del cuartel de la Artillería y en la Alameda, con rudeza temeraria. Muchos soldados quedaron allí tendidos para no levantarse más, sellando con sus labios la esperanza de aquel triunfo que se había de convertir luego en una triste derrota, obtenida por la disciplina. Ganada ya la primera tregua del combate y victorioso el regimiento Valdivia, se abrieron las puertas del cuartel de Artillería y los jefes instaron a los soldados a ocupar sus antiguos puestos. "Apagados los fuegos—recuerda don Augusto Orrego Luco—se percibían fácilmente las palabras de halago y de perdón con que los jefes llamaban sus soldados a la obediencia y a la lealtad" (1). Y así, en menos de una hora, aquel triunfo conquistado a sangre y fuego, se convirtió en una verdadera derrota, una derrota alcanzada por la inercia. Y el que pudo haber sido para el Gobierno el mayor de los fracasos, se convirtió en un proceso de persecución justiciera.

Bilbao, como Lillo, Recabarren y Ugarte, habían tomado parte activa en aquel conato revolucionario. Formaron en las filas, cerca de los soldados y sólo

(1) A. Orrego Luco.—*El 20 de Abril.* (Revista Chilena).

cuando comenzó la tremenda carnicería entre el Valdivia y las tropas del Gobierno, se retiraron a cierta distancia, buscando un seguro refugio fuera del radio activo del combate. En la Vista del Fiscal, cuando se ordenó instruir el proceso respectivo a todos los cómplices del movimiento, se estableció que Bilbao había obrado como un agitador. ora arengando a las multitudes, ora dando aliento a sus mejores bríos: "Don Francisco Bilbao,—dice dicho documento—según lo deponen varios testigos, capitaneaba a la plebe armada, la proclamaba y exortaba e invitaba a tomar armas a la gente del pueblo. Según un testigo, hizo tocar a fuego en la Catedral; y según otro, convino en el incendio del cuartel de Artillería."

Aplacados ya los ánimos, comenzó a hacerse sentir la persecución de la justicia. Las pesquisas no daban tregua a los fugitivos. Los unos huían a la ventura a refugiarse en el campo y los más querían abandonar el país. Don Manuel Bilbao refiere que, gracias a la bondad de don José Manuel Escanilla, logró su hermano huir hacia Valparaíso, para embarcarse luego rumbo al Callao.

Fracasado aquel intento revolucionario en el cual había puesto él todas sus esperanzas, se alejaba de la patria desilusionado y prófugo, dejando tras de sus pasos a sus hermanos de jornada y a su tierra que no había de volver a ver ya, nunca jamás.

IX

Bilbao en el Perú

No era muy tranquila y estable la situación del Perú por los años en que Bilbao llegó a la ciudad de los Virreyes. Después de ocho años de paz y de administración tranquila, corridos bajo la administración del general Castilla, sólo perturbados accidentalmente por una que otra conspiración de escasa importancia, sube al poder el general Echeñique, y con él se inicia una época triste de perturbación y desgobierno. Los servicios administrativos se granjean entre sus amigos y camaradas; las pensiones fiscales se conceden como beneficio y botín; las riquezas del Erario se reparten sin escrúpulos y la empleomanía llega a ser una plaga inveterada que roe presurosa las arcas del Estado. "Apres lui

—escribe Francisco García Calderón al hablar del general Castilla—le scandale financier, les consignations du guano, les spéculations, l'impure fievre de lucre engendrent le mécontentement. La prophétie de Bolívar s'est acomplie: l'or a corrompu le Perou". (1). El general Echeñique, hombre pusilánime y fácil al halago, dejó hacer a sus partidarios que le habían exaltado al poder. Su Gobierno contó con el apoyo decidido de los conservadores y, en general, de todo el elemento reaccionario." Su Ministro de Relaciones Exteriores—recordaba Lastarria—profesaba una decidida adhesión a la monarquía, y su Ministro de Justicia era un sacerdote que, como dictador de la juventud, había propagado las doctrinas más absurdas contra la soberanía nacional y los demás principios fundamentales del Gobierno democrático". (2). Mal gobernante y hombre de poco carácter, Echeñique había llegado a la suprema magistratura amparado por su audacia y por la magnanimidad de sus promesas: así, pues, sus partidarios, una vez en el poder, quisieron convertir al Estado en unas fáciles bodas de Camacho, en las que presidía la abierta generosidad del Presidente. "Todas las malas pasiones—dice

(1) Francisco Garcia Calderon.—*Les Démocraties latines de l'Amérique.* Ch. II.

(2) Lastarria.—*Estudios Históricos.* (Segunda serie). Ob. comp. Vol. VIII.

Moncayo—todas las tendencias perniciosas, las intrigas, la impostura, el fraude, el engaño, la mala fe, la falsía y la traición se pusieron en juego para explotar ese rico venero de corrupción abierto y ofrecido en gaje a todo un pueblo" (1).

Instalado en Lima, Bilbao y no aplacados sus ardores contra el despotismo a pesar de la disolución de la Sociedad de la Igualdad, inició una campaña sistemática contra el Gobierno del Presidente Echeñique. Colaboraba en la prensa, pidiendo la abolición de la esclavitud de los negros y en la *Revista Independiente* atacó duramente la corrupción administrativa. Entre el público no pasaron ciertamente desapercibidas dichas amonestaciones: Bilbao, chileno, entusiasta y ardoroso en su apostolado de la verdad y de la honradez, reunió una asociación de jóvenes que eran los portavoces de sus audacias y de aquella campaña de regeneración. El Presidente Echeñique comprendió a tiempo las perturbaciones que le podían acarrear en el país semejantes cruzadas puritanas, predicadas por un desterrado extranjero y por un grupo ardoroso de jóvenes. Bilbao supo a tiempo que se trataba de acallar su voz con una orden de prisión. Buscó asilo en la Legación de Francia hasta que, habiendo celebrado una entrevista con el Presidente, se comprometió en lo

(1) MONCAYO.—*El General Castilla después de La Palma.*

sucesivo a no mezclarse en política, o, más bien dicho, en los asuntos internos del Perú. "Asilado en la Legación de Francia—recordaba más tarde en los "Mensajes del Proscripto"—por el espacio de tres meses, no se me permitió permanecer en el Perú sino bajo la condición de no mezclarme en la política del país". Claramente comprendió Bilbao su difícil situación, harto desventajosa en aquel país extraño; prefirió aguardar ocasiones mejores y circunstancias propicias para ganar el tiempo perdido. Se trasladó al Ecuador.

Transcurrieron los meses hasta que el año 54 estalla la revolución. El general Castilla, caudillo prestigioso y caballeresco, astuto, esforzado hasta el sacrificio, comprendió en medio de aquella disolución que significaba el Gobierno de Echeñique, la necesidad de un movimiento subversivo que reorganizara todas las instituciones del país, asegurando el prestigio de la Presidencia. Durante veinte años Castilla había hecho sentir su benéfica influencia sobre aquel país que había de ser víctima de su propia riqueza, como lo presagiara Bolívar. Era preciso, pues, una mano de hierro y una administración muy firme a fin de evitar la bancarrota y la venalidad gubernativas. Y Castilla, hijo de guerreros, habituado al trabajo y a la disciplina del cuartel, que siempre miró cara a cara al enemigo, peleando durante la guerra de la Independencia en Chile, combatiendo

al lado de San Martín en 1821, triunfante en Ayacucho, prisionero en la Campaña de Bolivia, hasta conquistar el generalato galón tras galón, campaña tras campaña, había forjado su espíritu en la escuela de la disciplina y del más acendrado patriotismo: era, por lo tanto, honrado, valiente, sereno y audaz como gran caudillo y general bisoño. "Simples sont ses idées:—escribe de él García Calderón—conservateur dans l'ordre politique il respectait le principe d'autorité". Odiaba las revoluciones y quería para su país días de orden y prosperidad. La debilidad de Echeñique le indujo a precipitar un movimiento subversivo y a arrebatarle el poder.

Apenas iniciada la revuelta, el descontento popular contra el Gobierno no tardó en hacerse sentir con toda violencia. Auxiliado Castilla por el Presidente de Bolivia, el general Belzú, organiza rápidamente un ejército en el sur. Nueve horribles meses de vacilaciones y sacrificios dura aquella campaña tenaz hasta que en los primeros días de Enero del año 55 el pueblo de Lima secunda el movimiento subversivo y Echeñique es derrotado en La Palma.

Los tres hermanos Bilbao, Francisco, Manuel y Luis, se encontraban entonces en Lima, donde habían regresado después de los amargos días de exilio sufridos en Guayaquil. Volvían en ayuda de su padre, que había sido arrastrado a la cárcel por or-

den del general Echeñique. Cuando estalló en la ciudad el movimiento revolucionario, mientras Castilla reñía batalla contra las tropas gobiernistas, tomaron los hermanos Bilbao parte activa en aquella jornada, en la cual se iba a jugar la suerte de un nuevo período presidencial en Santiago. "Desde que se sintió el primer cañonazo disparado en el campo de batalla—escribe don Manuel—los Bilbaos, acompañados del señor don Manuel O. Zeballos, sus sirvientes y otros amigos, se lanzaron a la calle; atacaron la torre de San Pedro, la tomaron y echaron a vuelo las campanas" (1). Acudió el pueblo a este llamado y constituído en número considerable, la revolución triunfó dentro de la ciudad rápidamente. Deshechas las tropas del Presidente Echeñique dentro y fuera de la capital, el movimiento precipitó la derrota total de los regimientos gobiernistas.

Castilla, mandatario progresista y comprensivo, había decretado el año anterior, cuando aún se iniciaba la revolución, la libertad de los negros y la abolición del tributo que pagaban los indios. Fueron estas medidas las más sabias y progresistas de su Gobierno, que, comenzado con tan altísimas miras, había de extremar después una dictadura nefasta para los mismos principios de libertad que él había

(1) Manuel Bilbao.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

implantado. También durante los días de su administración presidencial se reunió una convención nacional que decretó la abolición de la pena de muerte; dictó una Constitución liberal; restableció las Municipalidades y estableció el sufragio universal.

Ardoroso e ingenuo, Bilbao creyó entrever en aquel gobernante la encarnación de un verdadero apóstol de la democracia. Escribe entonces su "Gobierno de la Libertad", en el que expone todas sus ideas sobre el Gobierno representativo, sobre el concepto de la libertad y los deberes del gobernante.

La estabilidad de aquel Gobierno le hizo creer a Bilbao en su completa libertad de acción: inició entonces una violenta campaña abogando por la libertad religiosa y exponiendo sus ideas sobre el dualismo entre la libertad y el catolicismo. Creyó que la autoridad iba a amparar sus audacias, sin reparar en que el general Castilla era un conservador moderado, partidario del orden y de la tranquilidad.

Acusado Francisco Bilbao por el fiscal don Vicente Villarán, la Corte Suprema de Justicia castigó sus ardores revolucionarios y sus libertades contra la religión del Estado, enviándolo a un calabozo de la cárcel de la Inquisición.

Defendido por su hermano, don Manuel, obtuvo su libertad y se embarcó rumbo a Europa a fines de Junio de 1855.

Una vez más el destierro venía a interrumpir sus sueños igualitarios. Una vez más, se encontraba lejos de su patria, de su hogar y de sus amigos.

X

Una obra mística

Durante los años que Bilbao residió en el Perú no sólo se preocupó de atacar al Gobierno y predicar entre la juventud nuevos credos políticos y sociales: su vida austera y laboriosa dejábale frescas horas de descanso que el escritor dedicaba enteramente al estudio y a sus labores ideológicas. Más que en otra ciudad de América, en Lima, ciudad de los Reyes, fastuosa y colonial, su espíritu cultivó como nunca en sus días de meditación y de serenidad, fuertes ideales de perfeccionamiento místico. Relee una vez más los libros de su maestro muy amado Lamennais, visita frecuentemente las viejas iglesias y los anchurosos palacios que, a través de los siglos, parecen conservar las huellas profundas del

fastuoso cortejo de los virreyes. Lima le evoca la historia rica y magnífica de la América colonial: su vida característica, el poder del catolicismo mantenido con el triple espanto de los tribunales de la Inquisición; y, en medio del fasto, de la sangre, de las intrigas, de la riqueza y de la corrupción, ante sus ojos de soñador cobra extrañas proporciones la figura de aquella Santa Rosa seráfica y divina, nacida en aquel ambiente como un lirio entre maraña de zarzas y de espinas.

Advertíamos antes ya que la poco firme cultura científica de Bilbao le facilitó siempre sus arranques imaginativos al tratar de los más arduos problemas del espíritu. Hasta la época de su segunda permanencia en Europa vivió siempre en un estado de incertidumbre curiosa y sintomática. A veces sus divagaciones hacen pensar en un cristiano primitivo que, en fuerza de seguir tan de cerca las enseñanzas y doctrinas de su maestro Lamennais, se contagia con ellas hasta el punto de perder completamente su independencia ideológica; otras sus muy asiduas lecturas racionalistas le inspiran palabras de rebelión inauditas; y, en la mayoría de las ocasiones, sus escritos hablan de un espíritu ingenuamente místico, dulcemente apostólico, hasta las más hondas embriagueces. Entonces el problema religioso es para su curiosidad intelectual el punto céntrico de toda aspiración ética. Todo su idealismo de perfec-

tibilidad moral descansa sobre el imperativo categórico religioso. En cierta parte de su escrito "Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima", asegura que la afirmación de las ideas de bondad, belleza, justicia, destino del hombre, hacen la religión y ellas determinan la moral. Y, luego, al consignar que las revoluciones son una consecuencia de la transformación del dogma o de una variación en la concepción de Dios, escribe: "Es por esto que hace tiempo hemos afirmado, confirmándose cada día esa afirmación, que la vida de los pueblos es la acción de sus dogmas".

Bilbao, ardorosamente inquieto, procurando buscar siempre una perfectibilidad en las criaturas, no reparaba en la calidad ni en la circunstancia del sacrificio, con tal de que él llevase al renunciamiento y a la dominación del orgullo. La lectura de los Evangelios y de las obras de su maestro muy querido Lamennais, no hicieron más que afirmar día a día su ideal de cristiano, su ardiente sed apostólica. El, que por sobre todo amaba la libertad; él, que predicaba el odio y la exterminación contra la tiranía y contra los opresores del pueblo, ¿cómo era posible que tolerara más tarde, hasta el advenimiento del despotismo y de la aristocracia con tal de que se conservase la integridad del divino testamento? "Es necesario, pues—decía—conservar la integridad del divino testamento, la revelación primitiva y univer-

sal que alumbra a toda inteligencia, para salvar del quietismo que anula, de la bestialidad que degrada, del escepticismo que anarquiza, de la indiferencia que egoísma, o del individualismo que despotiza, cualquiera que sea su máscara, theocracia o monarquía, sea aristocracia, o partido o democracia."

Por esto, porque amaba en el Evangelio el espíritu de sacrificio y de abnegación y porque él era fuente de fortaleza, creyó poder buscar en la vida de los santos un ideal que reflejara la grandeza de Dios y las excelsitudes todas del espíritu. "Las alturas sobresalientes—escribía—de la humanidad, son los santos y los héroes, que, como las torres de los templos o la bandera de la patria que flamea, son los primeros y los últimos objetos que reciben y conservan la luz del sol". Así, en su anhelo de encontrar un tipo de entereza espiritual en las tierras del Nuevo Mundo, sus ojos hubieron de reparar en aquella pura y casta doncella, blanco lirio regado con las primeras gotas del sacrificio en la opulenta ciudad de los virreyes. Y no es el Bilbao escéptico de los cuarenta años el que recorre tal vida analizando fríamente el martirologio que fué la existencia sencilla de la santa, sino que el joven apóstol ardoroso de los treinta años, en cuyas retinas aún se reflejaba el espanto de la cruda carnicería de los días de Abril en Santiago. Ardiente amador de todo sacrificio, Bilbao admira la divina locura de aquella

blanca rosa del Señor crecida en sus dulces vergeles; aspira su aroma y deposita junto a la corona virginal de su martirologio el manojo de siempre-vivas de su honrada admiración. Jamás la religiosidad de Bilbao, como en este caso, estudió con tanta unción una vida ejemplar de renunciamiento. Ante el misticismo sincero del joven ideólogo a quien se había acusado de apóstata, de blasfemo, de anarquista y de impío, ya podían sus enemigos abrir los ojos sorpresivamente. ¡Cómo no inclinarse ante la corona blanca de piedad y de amor tejida para la más divina rosa humana que vieran jamás los hombres, por aquel mozo audaz que bien podría hacer recordar al curioso sátiro de Anatole France, que ayudaba a colocar rosas en el altar de una imagen perdida en la montaña!

No es que Rosa de Santa María sea una Santa extraordinaria. Nada de eso. Bilbao buscaba en ella su ideal americano de perfección moral y de sacrificio noble. Parco en vidas de renunciamiento nuestro continente hasta ese entonces, no mostraba ante sus ojos otra flor de sacrificio que esa rosa pálida, abierta a la vida en el más humilde y pobre de los hogares. "En el mes de Abril de 1856,—recuerda Bilbao—tiempo venturoso en la perpetua primavera de este país, bajo astros apacibles, cuando todo es calma y pureza en las aguas, cuando la tierra recobra sus fuerzas para ostentar las mara-

villas, flores, y frutos de la primavera, día 30 de feliz memoria, de padres pobres, cerca del convento de Santo Domingo, vino la virgen al mundo". El desenvolvimiento de su vida no presenta nada de extraordinario. Iluminada por la más ardiente de las vocaciones, renuncia a todo, se sacrifica siendo una adolescente, pues su ideal sólo se cifra en servir a Dios y entregarse a él como la Esposa al Esposo bien amado, objeto único de sus cuitas y desvelos.

Despojado de todas sus dudas, tembloroso de emoción, realizando obra de puro poeta, de bueno y altísimo poeta en las mejores páginas de su estudio, Bilbao comenta la Vida de Santa Rosa con fresca unción y beatífica serenidad. No parece sino estar escrita por un monje artista, inquieto y manso de corazón. Como obra de merecimientos literarios son estas de las pocas páginas de Bilbao que se deban recordar con agrado y curiosidad. Su estilo es galano, florido, fresco, ajeno a ese ropaje simbólico y verboso de que tanto abusaba en otras ocasiones.

Pero, ¿cuáles eran las virtudes de la Santa que Bilbao admiraba mayormente? Ante todo su voluntad de sacrificio y su firmeza inconmovible de renunciación. Formada en el aprendizaje de la dura disciplina de los santos, ella no quiso ser menos en el

dolor: de muy pequeña comenzó a recorrer su camino de perfección que, como a Santa Teresa, le había de costar horas amargas antes de conquistar el eterno amor del Esposo.

Nunca le asaltó la menor duda a Bilbao, al glosar la vida de la santa y repasar sus milagros y torturas con amorosa unción cristiana: en su existencia lee el más alto ejemplo de sacrificio y de sus virtudes saca hermosas lecciones de renunciación y de desamor por la vida. Escribe sobre Rosa de Santa María convencido de que su santidad es una determinación divina. ¿Dónde está el antiguo racionalismo de los veinticinco años cuando piensa?: "Tan cierto es, que una vez que despertamos a la luz de lo alto, todo lo demás es poca cosa y pasamos sobre los hechos del mundo con una verdadera dominación". No parece sino que en el elogio de la Santa quisiera probar Bilbao que, en ciertos seres escogidos por la Providencia, el llamamiento divino es más fuerte que todos los atractivos de la vida humana y prima por sobre todas las virtudes morales adquiridas. De aquí que en cierto capítulo del libro hable sobre la necesidad de los santos, pues la disciplina que ellos erigen en norma de sus vidas puede ser un ejemplo extensivo de dominación humana ante la tentación abierta de los siete pecados capitales. "Una santidad viviente—escribe—es una revolución divina que sacude e inicia a

los pueblos, para dar un paso, para describir un círculo nuevo en el génesis de la civilización."

Pero si en "La Vida de Santa Rosa de Lima" la parte moral, como ejemplo y como disciplina, que viene a completar lo que advertíamos antes sobre la perfectibilidad moral basada en la religión que proclama Bilbao, es interesante, lo que hay de pura belleza en esta *Vida* es muy superior a todo lo precedente. Escrita con sencillez y emoción, logra producir la sensación de ingenuidad primitiva que su autor acaso no había puesto en el estudio. Capítulos hay en el libro que, como aquel dedicado a trazar el retrato de la Santa y sus primeros combates, es sereno y bello. El Bilbao orador y poeta se descubre una vez más y se prodiga en puras imágenes. A menudo habla del flúido que el *amor hacía saltar de su corazón a su rostro;* de su boca que *apretaba unos labios delgados que la habitud a la meditación había concentrado y que cuando se abrían se asemejaban al arco de la flecha, pronto a lanzar la palabra como el rayo;* de sus ojos que eran *una palabra de amor y de pureza;* de unos piés pequeñísimos que *parecían hacerla deslizarse sobre la tierra;* del tono de su voz que *estallaba como los saltos de su corazón.* Estas imágenes del poeta nos dan la medida del entusiasmo sincero con que Bilbao admiraba a la divina doncella y del casto amor de poeta que presidía en su imaginación al escribir su libro. La vida

de la Santa era para él como un espejo de su propia vida: honrado y puro como ella, casto y amante del sacrificio como ella, no pudo encontrar otra fuente más alta donde contemplar el reflejo de sus virtudes. Toda la repulsión que sentía por la vida libertina y todo el horror que manifestaba por la materialidad de las pasiones, constituían también en la vida de Rosa de Santa María las más fuertes normás de su escepticismo. Y Bilbao, al estudiar el martirologio de la virgen, recorría imaginativamente las virtudes de su misma vida, se identificaba con la de aquélla para escribir entonces: "La carne es cosa mudable, accidental y transitoria; su función es servir, recibir a impulsión, ser dominada por la unidad moral, por la luz interna que llevamos". Hé aquí una de las más sinceras confesiones de su vida. Bilbao siempre afrontó el sacrificio y siempre quiso ser la víctima propiciatoria de toda empresa: a haber sido católico, de seguro hubiese sido un santo. Fuera de su tiempo y reaccionando contra él, buscó su santidad en el sacrificio opuesto: ¿quiso ignorar que la primera virtud de la santidad, como la comprende la Iglesia, implica el sometimiento, la humildad y no la audacia y la demolición de las creencias que los hombres crean para los dioses? Sobre una razón antropomórfica descansa la santidad: ¿cómo buscar entonces dicha santidad comenzando por destruir aquello que se creó para ser adorado?

El hondo y luminoso amor del joven ideólogo de la *Sociabilidad Chilena,* por la blanca y casta rosa del Rimac, fué una ardiente pasión mística, un azul amor de ensueño, cuanto más casto y núbil más fuerte. Podría expresarse en aquella gráfica imagen de un religioso de Santo Domingo, quien, al consignar en el Tesoro de las Indias sus apuntaciones sobre la vida de Rosa de Santa María, escribió: "Toda la fragancia de esta Rosa, era para todos, sólo las espinas eran para sí".

De tal vida y de las palabras de piedad que Bilbao agrega a la biografía de la santa, hemos querido sacar las consecuencias de su religiosidad, de su inquietud y de su sed de perfección moral. Pocas veces en nuestra América compuso un escritor un ramillete de rosas frescas en loor de la divina persona de una virgen más puro y fragante que el de esta corona inmarcesible, escrita para mayor gloria y ventura de Santa Rosa de Lima, por Francisco Bilbao. ¿Quién como él acogió para su glorificación divina hasta las más hermosas pajuelas de la leyenda, con las cuales tejer el nido de su gloria? ¿No recuerda Bilbao, con santa unción, aquella linda conseja que la evoca en dulce coloquio con un ruiseñor? Ella le decía al ave del cielo:

Pajarito ruiseñor
Alabemos al Señor,
Tú, alaba a tu Creador
Yo alabaré a mi Salvador.

Y el ruiseñor respondía con un dulce, tierno y alegre trino. Venía la noche y el ave emprendía el vuelo, la Santa dejaba el alféizar de su ventana para purificar su alma en el cristal de la oración.

Digna hermana es tan bella tradición de las piadosas *Florecillas* de San Francisco de Asis y de los más puros cantos de aquel poema admirable "La monja y el ruiseñor", en el cual una casta doncella, una monja que había sido princesa, oyó cantar al ruiseñor trescientos años, y, el día que el ave del cielo cesó su trino, ella *murió como un niño que se duerme.*

En buena hora alcance la bendición del arte a estos tres poetas: al Santo de Asis, a Eugenio de Castro y a Francisco Bilbao, que, antes que escuchar las voces de la razón, dieron dulce crédito a la fantasía.

XI

Segundo viaje a Europa

El segundo viaje de Bilbao a Europa es una peregrinación de amargura y desconsuelo. ¡Cuánto habían cambiado las cosas en menos de diez años! Sobre las ruinas de sus antiguas esperanzas fué solamente a llorar sus desilusiones de ogaño como el apasionado peregrino de la leyenda corsa: idos eran los bellos días ardorosos del 48; idos los arrestos de una juventud apasionada; idas las energías de aquellos apóstoles que tronaban contra Roma, contra el despotismo, contra el clero, contra la reacción del imperio. En París reinaba la tranquilidad que impone la fuerza armada después de las victorias. En aquel ambiente de remanso se incubaba una lenta tempestad cuyo primer rayo había de ser el aten-

tado de Orsini, síntoma precursor del oculto descontento que prendía como un reguero de pólvora del Norte del Mediodía de la Francia. En el poder Napoleón III, proclamado Emperador tras el golpe de Estado de Diciembre de 1852, París, otrora asilo de la libertad y del derecho, se transformó en una ciudad bonapartista, en la antigua metrópoli cesárea de los luises. En el destierro Víctor Hugo, Michelet, Quinet y tantos otros apóstoles del liberalismo y de la República, clamaban cual nuevos Exequieles contra aquel usurpador que hizo más profundas todas las escisiones de los partidos, que desencadenó violentas crisis, y que, como digno epílogo del más desgraciado de los Gobiernos, coronó su obra de pequeñez al amparo de la sombra del único Napoleón digno de la historia, precipitando a la Francia en la más vergonzosa de las derrotas.

Grande fué el contraste de opinión que experimentó Bilbao al llegar a Francia por segunda vez. Después de permanecer algunos días en Inglaterra, en cuyo medio encontró tranquilidad y orden, amparado en los derechos de toda libertad cívica, se trasladó a Francia, realizando un viaje lleno de dificultades: en las aduanas le exigen pasaportes; en cada frontera la policía vigila celosamente a los viajeros; en los pueblos que se detiene el orden militar impera. Ya, al desembarcar en Bolonia, todos los pasajeros del vapor habían sido conducidos entre

filas de soldados a la inspección de pasaportes. Por doquiera se advierte el temor, el espionaje, la vigilancia, el ojo importuno del vigilante y del soldado. "Comprendió entonces—escribe su hermano don Manuel—que penetraba en el Imperio".

Desconsolado, triste, llega esta vez a París. Sus amigos de antaño estaban lejos. El maestro muy querido de "Las Palabras de un Creyente", había muerto; Quinet vivía en Bruselas; Arago y Michelet habían sido destituídos de sus cátedras; el pensamiento liberal daba escasas señales de vida. No era, por cierto, tal situación muy del agrado de Bilbao que, una vez más, creyó encontrar en Francia el más seguro asilo, en el regazo mismo de la libertad y junto a sus amigos de otrora. Visita la metrópoli: Montmartre, el Barrio Latino, el Luxemburgo; nada le alegra; el París de sus sueños ha muerto. "Vine—escribe—como un viajero, recorriendo ruinas: aquí se leía antes enseñanza libre, aquí ciencia, aquí juventud, aquí heroísmo, aquí virtud". ¡Tan cierto es que, antes que la realidad misma, nos entusiasma el aspecto con que ésta sabe disimularse: de un marco depende a veces la belleza de una tela, como de una decoración propicia la emoción de un paisaje! Tal se le aparecía París a Bilbao; la ciudad había progresado, pero ya no residían en su seno los maestros de antes: Napoleón III se le presentaba como el peor de los tiranos; y, luego,

la ardiente verbosidad de Víctor Hugo, la voz del poeta, que llegaba del destierro, en interjecciones de ira contra el imperio, exaltaban al ideólogo chileno en su desamor para con la ciudad antes cantada en sus recuerdos.

Pocos días residió en París. Su nostalgia de los buenos amigos de antes le indujo a dejar la metrópoli. El día antes de abandonar para siempre aquella ciudad en cuyo seno florecieron amables años de su juventud, fué a visitar el sepulcro de su maestro bien amado Lamennais. Una pobre cruz de madera indicaba el sitio en el cual sus restos descansaban al amor de la tierra, en la fosa de los pobres. Impresionado, tembloroso de emoción y de sentimiento por aquel ardoroso apóstol de la libertad que alumbró su juventud, publicó entonces las páginas que había comenzado en el Perú, *Lamennais,* o *el dualismo en la civilización moderna,* pequeña obrita, en la cual Bilbao recorre algunas de las ideas del maestro a través de su *Idea del ensayo sobre la Indiferencia.* En tales capítulos vació todo el caudal de su ya lejano culto admirativo por el solitario de La Chesnaie que un día le revelara su amigo Pascual Cuevas, cuando aún era un muchacho. Desde entonces siguió sus doctrinas y el desarrollo de su obra admirable. En él veía Bilbao ese tan decantado dualismo sobre el cual hacía descansar el edificio de sus doctrinas todas, que al par que no reniegan de la

soberanía de la razón, dan su parte también al culto de Dios, principio de todo bien. En el fondo de las creencias de Lamennais, Bilbao encontraba la exaltación del cristianismo primitivo: la verdad desnuda que estatuyó el Evangelio antes que los hombres la adornasen con los ropajes de sus conveniencias egoístas.

Tres meses antes de morir Lamennais le escribía a Bilbao, a la sazón en Lima: "Penosamente me ha afectado lo que habéis tenido que sufrir desde la vuelta a vuestra patria, fuera de la cual la influencia de una corporación, doquier enemiga de las luces, del progreso y de la libertad, os tiene aún desterrado en este momento. Consoláos y alentáos; sóis de aquellos ciertamente que son más envidiables, de aquellos que están destinados a *sufrir persecución por la justicia.* La justicia triunfará, y al estrépito de las maldiciones de los pueblos despertando de su letargo, los perseguidores caerán tarde o temprano, en una tumba infame. Felices entonces los que, en el combate, firmes, resistieron." Cinco meses más tarde, a fines de Abril de 1854, en circunstancias que Bilbao marchaba al Ecuador, desterrado por el Presidente Echeñique, le contesta al maestro: "Permanezco firme en la vía, padre mío; pero cuán grande es la fuerza que se recibe cuando se siente la palabra del maestro! Cuando contemplamos la autoridad de vuestra vida, el resplandor cien-

tífico de la palabra de Cristo, desarrollada por vuestros trabajos, por nuestros actos y por vuestra esperanza, eterna como la verdad!" Y, al finalizar la carta, agregaba: "Tengo la esperanza de veros antes de morir. Si Dios os llama antes que a mí, llamadme. Volaré a recibir la última mirada del hombre a quien yo amo más sobre la tierra. Os abrazo, padre mío". Desgraciadamente, pocos meses más tarde, se nublaban para siempre aquellos ojos serenos, sin que el discípulo alcanzara a tener noticias de la muerte de su padre espiritual bien amado. ¿Qué de extraño es, entonces, el puro, justo y noble afecto de Bilbao? "Vine a Europa—escribía poco después de llegar a París, recordando su visita a Lamennais cuando su primer estada en Francia—lo vi, y desde nuestra primera entrevista me llamó su hijo. Después fué mi consultor y me colmó de confianza". Recién llegado de Italia y poco antes de regresar a Chile, Bilbao visita una vez más a Lamennais, quien le dijo con lágrimas en los ojos: *No olvide al buen viejo.* "Vive en mí ese momento—recordaba Bilbao—cuando enfermo, leyéndome el fragmento sobre la inmortalidad del alma del bosquejo de su filosofía, sus ojos no eran de la tierra, y reflejaban la aurora de la luz divina". Nunca más le volvió a ver. Pero el recuerdo de tan altísimo maestro, jamás se apartó de su memoria. Así, pues, antes de abandonar la metrópoli para siempre, con-

sagró sus últimos pasos, su recuerdo postrero, a aquel hombre que en su vida había puesto nobles, altos y puros entusiasmos.

Parte a Bruselas Bilbao e inmediatamente va en busca de Quinet. Desterrado el pensador de *Ahasverus* en la docta ciudad flamenca, sólo se ocupaba por entero de su labor filosófica. Como en los buenos días de antaño, Quinet le recibe con los brazos abiertos. "Fué una sorpresa para él, pero no para mí—escribía Bilbao.—Está fuerte, tranquilo, sus cabellos han encanecido y sigue trabajando sin cesar. Todos los días nos vemos y todos los días me siento a su mesa. Figuráos nuestras variadas conversaciones. Me ha presentado a los desterrados, sus amigos, profesores, diputados, escritores, hombres todos de los bellos tiempos, que soportan con dignidad y esperanza su destierro. En ellos vive la moralidad ahuyentada de la Francia." Cerca de aquellos desterrados que, como Duprat, Quinet, Dufraine, sobrellevan su dolor superando sus energías, el espíritu de Bilbao se troquela como una coraza y su odio creciente contra Napoleón III se exalta cada vez más. No sólo de él reniega, sino que del mayor culpable de la dinastía, Bonaparte, quien, ante sus ojos, se destaca como el mayor traidor y el mayor asesino de todos los tiempos. Le odia porque ve en él la traición: "Traición a la República, el 18 de Brumario—escribe.—Traición a la República instalando el

Imperio. Traición a la Italia, aboliendo las repúblicas. Traición a Venecia, entregándola al Austria. Traición al derecho de gentes, a la moralidad, a la legalidad asesinando al duque de Enghien. Traición a la humanidad y a las leyes de la guerra, degollando a los prisioneros en Oriente."

Temiendo entonces por el porvenir de América al observar el advenimiento de la tiranía en el país que él creía la cuna de la libertad, se preocupa de volver sus ojos hacia la tierra de los suyos, y reuniendo a algunos de los hispanos-americanos, les insta a regresar a sus países, a fin de promover la idea de un Congreso Federal de las Repúblicas que unifique a todos los pueblos en una potente unidad común. ¿Cuál es el primer peligro que Bilbao adivina para la independencia republicana de la América Latina? La cercanía de los Estados Unidos le inspira crecientes temores. "La Rusia está muy lejos—escribía Bilbao—pero los Estados Unidos están cerca. La Rusia retira sus garras para esperar en la acechanza; pero los Estados Unidos las extienden cada día en esa partida de caza que han emprendido contra el Sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Tejas, después el Norte de Méjico y el Pacífico saludan a un nuevo amo. Hoy las guerrillas avanzadas despiertan el Istmo, y vemos a Pa-

namá vacilar suspendida, mecer su destino en el abismo y preguntar: ¿seré del Sur, seré del Norte?" Desgraciadamente Bilbao no alcanzó a contemplar de cómo se confirmaba este, su fatídico anuncio. Poco a poco sus temores se han ido cumpliendo y, felizmente, hoy llega en buena hora el esforzado Manuel Ugarte a resucitar esa cruzada necesaria del pan indo-americanismo, que Bilbao acarició hace ya medio siglo. "Tenemos un mismo principio—escribía Bilbao—y buscamos aislados el mismo fondo. Sentimos el mismo mal y no unimos nuestras fuerzas para conjurarlo". En las bases propuestas por Bilbao para celebrar dicho Congreso, figuran las siguientes, entre otras: "Presentar un proyecto de Código Internacional, firmar un pacto de alianza federal y comercial, idéntico sistema de pesas y medidas, creación de un tribunal internacional que evite las guerras y reduzca al arbitraje las cuestiones de fronteras, sistema de colonización, la delimitación de territorios discutidos".

Nunca se llegó a reunir tal Congreso y nunca Bilbao pensó en la manera de cómo dicho tribunal legislador podría mantener la obediencia a los acuerdos que este celebrara por todas las naciones de la América Latina. Tampoco soñaba Bilbao en que alguna República pudiese oponerse a sus resoluciones o que las naciones de Europa no aceptasen la soberanía representativa de dicho Congreso Fede-

ral. Sin embargo, la idea de Bilbao fué altísima y tuvo franco eco en algunas naciones.

Poco tiempo permaneció en Bélgica Bilbao. Deseaba ardientemente regresar a su hogar en Buenos Aires y ver a su madre, de quien estaba separado hacía ya más de siete años. "Hoy que me acerco a mi madre—escribía—me parece que me acerco a mi patria".

Abandona Bruselas y recorre algunas ciudades de Italia, fortificando su espíritu en la serena escuela de la más pura belleza artística. En Abril de 1857 arriba a las playas argentinas. Tras él quedaba la Francia del Imperio que sus ojos habían visto con espanto y santa ira. La idea del Congreso Panamericano no se aparta de su imaginación, al llegar a Buenos Aires. Persigue en vano aquel sueño de la unidad indo-española que sus ojos no alcanzaron a ver nunca realizado.

XII

Su vida en Argentina

No era nada de estable la situación porque atravesaba la República cuando Bilbao llegó a las playas argentinas. Derrotado Rozas y en el poder Urquiza después de su victoria, un período de tranquilidad permite a la nación rehacer sus fuerzas perdidas. La Asamblea Constituyente reunida en Santa Fe dicta la Constitución de 1853: el orden reina; los servicios administrativos se regularizan; el caudillaje, que Rozas había combatido con mano de hierro, da inciertas señales de vida; el comercio duplica sus guarismos. Pronto, sin embargo, la guerra renace: la provincia de Buenos Aires desconfía de los buenos propósitos de Urquiza; no envía sus diputados al Congreso de Santa Fe y de hecho afir-

ma su separación de los actos que acuerdan este y la unión federada. Elegido Presidente Urquiza, establece como sede del Gobierno la ciudad de Paraná. Bien pronto se promovieron algunos violentos desacuerdos entre Buenos Aires y el Gobierno y la guerra no tardó en estallar. Vencida aquella provincia, se estableció una tregua y Buenos Aires prometió asistir a la Convención en caso de que se hiciese una reforma constitucional. El Gobierno accedió a tal imposición, mas, bien pronto, el rechazo de los diputados bonaerenses en el Congreso de Paraná, encendió nuevamente la guerra civil. El general Mitre, gobernador de Buenos Aires, organiza las tropas federadas en Pavón. Renuncia el mando el presidente de la confederación, doctor Derqui, y al año siguiente Mitre es elegido Presidente por catorce provincias y Buenos Aires pasa a ser la capital y asiento del Gobierno. En poco menos de diez años se había establecido una situación firme en la República. Comienza entonces una rápida y segura época de prosperidad que, en el curso de medio siglo, hace de la vasta patria de Sarmiento una de las más fuertes naciones indo-latinas.

Bilbao arriba a Buenos Aires en circunstancias que la provincia de Buenos Aires se encontraba separada de la confederación. Comprende que de aquella división no podía resultar sino una violenta guerra civil cuyos resultados desastrosos preveía fá-

cilmente. La ciudad de Buenos Aires estaba agitada entonces por pequeñeces intestinas, mientras en el resto del país la mayoría de las provincias se habían asociado al credo federal, aceptando los acuerdos del Congreso de Paraná.

Ante todo se propuso Bilbao contribuir en la mayor medida que le permitían sus fuerzas, a que se sancionara la unidad nacional. El, que venía de Europa esperanzado con poder reunir un Congreso Hispano Americano, de protección y de unión, veía en la guerra civil el peor enemigo de sus proyectos. ¿Cómo se podría soñar en el pan-americanismo cuando los miembros de cada nación estaban en desacuerdo? ¿Cómo pensar en la unidad de los países americanos cuando no se lograba extirpar la guerra civil en algunos de ellos? Pero Bilbao sacó fuerzas para luchar de su propia desesperanza. El campo que se abría ante su espíritu no le era propicio, ciertamente: la Constitución del año 53 establecía como culto exclusivo el católico; la herencia conservadora de Rozas continuaba prolongándose a través de los nuevos Gobiernos. Fundada entonces *La Revista del Nuevo Mundo,* tribuna desde la cual fija por punto de partida para la regeneración moral—escribe su hermano don Manuel—la emancipación de la razón, y para la política alza la bandera de la nacionalidad, proclamando la unión de Buenos Aires al resto de la confederación.

Tiempo de actividad extraordinaria es este para Bilbao. Las noches y los días le ven sobre su mesa de trabajo, entregado por entero a su labor de polemista y de escritor. Sus estudios desencadenan rachas de odio y de rencores. La autoridad eclesiástica le combate enérgicamente. Las invectivas más audaces cébanse sobre su persona de desterrado y de apóstol. En Buenos Aires se le combate porque es un enemigo declarado del separatismo. Pronto abandona la Revista para hacerse periodista en *El Orden,* donde permanece como redactor hasta mediados de 1858. Entre tanto, no se da un instante de descanso: forma parte de los centros literarios; pronuncia su discurso sobre *La ley de la Historia;* se alista en el movimiento masónico; combate a los separatistas; apoya a los paraguayos cuando tratan de procurar la libertad de su patria; en la prensa es un luchador tesonero. Con su vida, con su aliento y su empuje, remueve ideas, no descansa.

Cerca de Urquiza trabajó activamente Bilbao alentando el ideal de la unidad nacional. Convencido de que América se bastaba para garantizar su propia libertad quiso, ante todo, afianzar la unidad independiente de cada país. Urquiza encarnaba para él el espíritu y la acción unitarios. Con noble desinterés secundó sus planes, dió vida a campañas periodísticas que afianzaban su obra y cuando Urquiza le encargó la redacción del diario *El Nacional Argenti-*

no, creyó poder definitivamente entregarse de lleno a él, sin restricciones de ninguna especie. Después de la victoria de Cepeda, Bilbao es saludado y festejado por el pueblo de Paraná, según testimonio de su hermano don Manuel. Pero, desgraciadamente, ya su salud comenzaba a resentirse de un modo desastroso. Un ataque violento estuvo a punto de acabar con su vida. En Mayo de 1859, le escribía a don José M. Lagos, recordando esos momentos: "He estado muy enfermo: hubo un día en que ya me *daba de baja* para el otro mundo:—y contemplando el crepúsculo de una magnífica tarde, pensaba en los horizontes futuros de la nueva vida—pero el mal cesó, se detuvo la sangre, etc." Los viajes continuos, el poco cuidado que concedía a su salud, la agitación febril en que le precipitaban los trastornos civiles de la República, dieron pronto al traste con sus mejores energías. En Paraná una noche que se había recogido tarde, después de terminar sus labores del periódico, "sentí—escribe—un dolor tan terrible al pulmón, cual si me traspasaran con una espada". Fué el principio de la crisis. Desde ese momento los vómitos de sangre se suceden con regularidad.

Los críticos y los biógrafos de Bilbao y especialmente la viuda de Quinet (1) han atribuído su muer-

(1) En 1857—escribía madama QUINET en sus "Mémoires d'Exil" —*encontrándose Bilbao en un paquebot,* una mujer cayó por accidente al río, en un lugar que es más peligroso que el Océano. Bilbao

te a un accidente que, en verdad, según lo asegura su hermano don Manuel, no tuvo importancia alguna sobre su salud, ya demasiado débil. Paseaba una tarde, en 1858, Bilbao en el muelle de Buenos Aires, acompañado por uno de sus amigos y la esposa de este, cuando la dama cayó al río. Sin dar tiempo a refiexión de ninguna especie Bilbao se arroja al agua y tras violento esfuerzo logró salvar a la víctima de una muerte segura. Años más tardes, como se publicasen versiones calumniosas sobre tal accidente, lleno de tristeza, escribía Bilbao: "Jamás tuve el menor interés por la esposa de... y siempre me mantuve lejos de todo sentimiento que pudiera contrariar mi lealtad de amigo". ¿Sería posible dudar de tal testimonio, sobre todo en tratándose de quien llevó siempre la vida más pura y casta?

En Diciembre de 1863 contrajo matrimonio Bilbao con la hija del general don Tomás Guido, a quien conociera en 1844 en Río de Janeiro, cuando iba en viaje a Europa. Largos años transcurrieron y aquel idilio de amor conservóse durante cuatro lustros, a través de todas las peripecias de la vida agitada que llevó a Bilbao de aventura en aventura, y de peregrinación en peregrinación. En Septiembre del si-

---

se arroja entre las olas, consigue salvar "esa desconocida", pero sus esfuerzos sobrehumanos produjeron la ruptura de un vaso del pecho. La mujer del pueblo estaba salvada, pero la vida de su libertador fué desde entonces una lenta agonía.

guiente año, nació un hijo que no alcanzó a llevar el nombre Lautaro, con que Bilbao quería bautizarle, pues murió a los cuarenta y tres días de haber nacido.

Triunfante Urquiza y amigo cercano del doctor Derqui, jamás aceptó Bilbao favores ni recompensas. Mientras era redactor de *El Orden*, había rechazado el sueldo mensual que le ofreció Urquiza, como protección al periódico que sostenía sus ideas; y cuando en cierta ocasión "encontrándose en el salón con Urquiza—refiere su hermano don Manuel—rodeado de una multitud de gente, Urquiza dijo: todos vienen a verme sin otro móvil que el interés, Bilbao se levantó de su asiento y dirigiéndose a aquél le dijo:—*Menos yo, general.* Cierto, señor Bilbao, con Ud. no reza lo que digo".

A pesar de que su salud iba de mal en peor día a día, Bilbao no abandona sus trabajos. Cuando la ocupación de México por los franceses, arde en santa ira, se indigna, y, sobreponiéndose a sus dolencias, en compañía de su bueno, fiel y noble amigo Juan Chassaing, escribe en la prensa procurando promover un movimiento de opinión que protestara contra la intromisión de una nación europea en los países americanos. Desgraciada y prudentemente, el Gobierno no le secundó en tal proyecto que, para emprenderlo, suponía la existencia de escuadras y ejércitos poderosos en un caso dado. Decepcionado, tris-

te, huraño y abatido, dió a luz poco después su libro *La América en peligro,* que, condenado por el Arzobispo de Buenos Aires, indujo a Bilbao a escribir una contra pastoral en la cual afirmaba su idea primera de que el catolicismo rechaza la libertad. Algunos diarios de Buenos Aires le acompañaron en tal campaña y Bilbao logró despertar en la opinión viva curiosidad por su obra. Se repetían entonces los mismos incidentes del año 44 y del 50 en Chile.

Una de las últimas campañas ideológicas de Bilbao data del año 64. Cuando la ocupación de las islas Chinchas del Perú por la escuadra española, Bilbao, acompañado por su fiel amigo Chassaing, emprendió una ardua campaña apostrofando la audacia española con palabra ardiente y audaz. Una vez más salió en defensa de los fueros de la República que se veían amenazados por la monarquía.

Apelando a la poca energía que le quedaba y haciendo un heroico último esfuerzo, asistió a las reuniones del Retiro, donde pronunció enérgicas peroraciones, y compuso "El Evangelio Americano", obra en la cual vació sus postreros alientos de ideólogo, sus últimas energías de apóstol, y sus finales ardorosos sueños de libertad. Casi podríamos decir que las últimas páginas de esta obra acabaron por extinguir su vida ya muy débil.

Poco antes de morir le escribía a su maestro Quinet: "Os escribo delante de la ventana entreabierta

en medio de un jardín de flores. Mi querida mujer, vestida de blanco, canta acompañándose del arpa... La gran naturaleza es siempre bella, y nuestra alma no se abatirá sino que se engrandecerá cada vez más. ¡Qué hermoso es vivir con horizontes infinitos!" Esta carta da una idea de la serena tranquilidad, del estoicismo que no le abandonó en sus instantes últimos. Murió con la tranquilidad que pedían los griegos.

La muerte de su padre y la de su hijo, los múltiples disgustos recibidos en sus luchas espirituales, la tenacidad con que le combatían sus enemigos, contribuyeron a precipitar la crisis final de aquella noble existencia. Pocos días antes de morir, su hermano don Manuel le ve en Luján. Su estado es lamentable: "Toqué su cuerpo—escribe—y encontré hundido el costado izquierdo de su pecho, prominente el hombro de ese costado y su estatura encorvada. El costado afectado daba un sonido al golpe que recibía en el examen, que demostraba la desaparición del pulmón. Se sentía la existencia de una caverna. Aplicando el oído allí, al hablar Francisco, se oía la voz tan clara cual si saliere de la boca". Al día subsiguiente de esta entrevista y estando a solas con don Juan M. Lagos y su hermano Manuel, Bilbao se incorporó en el lecho para decirles:

—Estamos solos y es necesario que hablemos co-

mo hombres. Es necesario no hacerse ilusiones sobre mi vida. Yo me siento morir y quiero aprovechar estos momentos con ustedes. Esta tarde tal vez pierda la cabeza".

Transcurre un instante. Recuerda, en sus postreras disposiciones, a Michelet y a Quinet. Cuando don José Victorino Lastarria, entonces Ministro de Chile ante el Gobierno argentino, se acerca a su lecho, Bilbao le dice: "Mi esperanza era ir a morir a Chile, pero ya Ud. ve no puedo moverme".

En sus últimos momentos su serenidad no le abandona. Ora le dice a su hermano, presintiendo la muerte cercana: "Esta es la primera batalla que mando en jefe" o ya le advierte que cada vez se siente más fuerte en sus convicciones y que todo cuanto ha hecho lo ha realizado procurando el bien. Se niega a aceptar todo auxilio religioso.

1865

El 18 de Febrero de 1864, a las siete de la mañana, le sorprende el último ataque. La sangre le ahoga; alcanza a repetir tan sólo: *Este es el último,* y expira tranquilamente.

El 20 de Febrero conducen su cuerpo al cementerio. Don José Victorino Lastarria le despide en breves palabras. Su féretro ha sido cubierto con la bandera de Chile y, al desfilar el cortejo por las avenidas, llenas de sol y de vida, la estrella solitaria se destaca sobre el campo de azul, velando por el sueño de aquel hombre que tantos años ha dormido en

tierra extraña, lejos de su patria que amó con santa nobleza y a quien dedicó uno de los postreros recuerdos de su vida.

XIII

El ideólogo - Su concepto de la Historia y de la Política

A pesar de su enfermedad, que día a día minaba su naturaleza; a pesar de que en el destierro todo parecía serle adverso, no por eso Bilbao abandonó sus tareas de pensador ni un sólo día siquiera, desde que arriba a Buenos Aires. Fueron aquellos sus años últimos, los más fecundos de su vida en cosechas espirituales. Todo lo que ha estudiado en sus viajes, todo lo que asimila durante su estada en Bélgica cerca de Quinet, todo lo que observa, le servirá más tarde para escribir en Argentina las obras de mayor aliento compuestas durante su corta vida: *La ley de la Historia, La América en peligro, El Evangelio*

Americano y la serie de estudios religiosos *Discursos masónicos, La Revolución Religiosa, Estudios religiosos.*

Antes de analizar el concepto político de las democracias, como lo entendía Bilbao, es preciso repasar su *Ley de la Historia,* de cuyas conclusiones podremos deducir fácilmente la concepción sociológica democrática, sustentada en sus teorías sociales.

Si el *sujeto* constituye la piedra angular de la sociedad, será preciso estudiarle aisladamente antes de someter a generalizaciones el espíritu colectivo. Y la historia no es más que la experimentación de hechos, leyes y personalidades, sometidas a la inmutabilidad del tiempo. Ya que los medios de la historia son todos "las manifestaciones de la vida: las creencias, las instituciones, los códigos, la tradición, la poesía, los monumentos del arte y de la industria, las costumbres", fácil es seguir a través de dichas manifestaciones la evolución individual y el desarrollo colectivo. Y el individuo, ora aislado, ora dentro de la agrupación, es una mezcla de libertad y de sometimiento. De lo cual deducía Bilbao en los hechos y acciones fundamentales de la historia una dualidad racional, metafísica, curiosa y falsa. Así, frecuentemente hablaba de la humanidad "como organismo fisiológico que tiene sus raíces en la tierra y sus antecedentes en el reino animal, y como espíritu que recibe inmediatamente del verbo infinito".

Una vez más recurría Bilbao al dualismo de la fatalidad y la libertad, para explicar el encadenamiento de los hechos, las evoluciones sociales y el desarrollo de la civilización. "La fatalidad—decía—es la ley de los cuerpos, la libertad es la ley de los espíritus". Y, luego, afirmando una especie de determinismo metafísico, cree que la resolución del problema consiste en que la libertad está subordinada a un fin supremo y que la fatalidad debe ser libre y *dominada* por el elemento libre. No parece sino que Bilbao se obstinase en la creencia de que si la fatalidad es ley de los cuerpos, puede esta ser libre a su antojo, estando *dominada por el elemento libre.* ¿Qué entendía Bilbao por elemento libre? Claramente habla en su teoría dualista de fatalidad material y de libertad espiritual, determinismo físico y libre albedrío completo, dentro de la subordinación providencial al Creador.

En la idea de libertad quería Bilbao encontrar la afirmación independiente del derecho; "la idea del derecho—escribe—corresponde a la idea de libertad". Y, avanzando más allá aún, deducía, como consecuencia inmediata de lo anterior, que el problema de la filosofía de la historia se reducía a conocer el deber de la humanidad: y si el deber colectivo está subordinado a la unidad individual, tendremos que, siendo la fatalidad la ley de los cuerpos y la libertad la ley de los espíritus, la verdadera ley de la

historia "es la conquista de la libertad de la conciencia ulterior, que la filosofía de la historia se reduce a probar que la humanidad cumple en sus evoluciones con un imperativo de progreso y de libertad, y, estando subordinada su responsabilidad, no puede establecerse como un hecho aislado o como una ley inamovible. "La ley de la humanidad—decía—tiene que ser la ley del hombre individual. La ley del hombre tiene que ser imperativo de sus acciones. Las acciones del hombre como las de la humanidad tienen un fin". Y, en tal caso, la ley de la historia es suma de toda ley y perfección moral, observada a través de su evolución entre los pueblos." Así, pues, ley de la historia, ley de la humanidad, regla de las acciones, destino del individuo y de la especie, son términos varios que revisten un mismo principio, y ese principio es la naturaleza, la Providencia, el destino, y, en una palabra, la ley del hombre". Entonces, exponer y estudiar la ley de la historia, es exponer y estudiar en su desarrollo sucesivo las acciones humanas, individuales y colectivas: la psicología en sus hechos particulares y en sus más amplias abstracciones.

Avanzando más aún en semejantes conceptos abstractos y procurando apartarse de todos los sistemas, desde el naturalista de Herder hasta el método de Bossuet, busca Bilbao el principio fundamental de toda aspiración moral en el Sér, como identidad in-

divisible, o como totalidad substancial: "Dios es todo el Sér":—dice—la creación y la humanidad son Dios. La ley de la creación será la ley de la humanidad. Las civilizaciones y los imperios, serán eflorescencias del árbol humano, y Dios estará presente en todas esas manifestaciones. "La historia viene a ser el movimiento de Dios en el espacio y en el tiempo".

Ya, en tal parte de sus divagaciones, Bilbao se pierde absolutamente en las más arduas abstracciones metafísicas. No es fácil seguirle ni menos penetrar en la enmarañada ideología de sus aforismos tan vagos como simbólicos. Recorre el concepto de la filosofía de la historia a través de las obras de Cousin y Hegel, de Vico y Bossuet, de Michelet y Quinet, para llegar luego a la conclusión de que el ideal humano debe ser un reflejo de la santidad y de los genios que advertimos en la historia, sirviéndonos éste como espejo de toda perfección moral, de toda superación ideal, de toda disciplina de firmeza, de amor, de fraternidad. "Pero, ¿qué es lo que hay de soberano en el hombre?—se pregunta Bilbao.—Sólo hay de soberano en el hombre la razón. Luego, la soberanía del pueblo es la soberanía de la razón universal". La razón como gobierno, guía y norte de los pueblos, he aquí el hecho principal que persiguió Bilbao, desde los primeros años, cuando compuso su *Sociabilidad Chilena,* y más tarde en la Sociedad de

la Igualdad. De aquí su definición sobre la ley de la historia: "La historia es la razón juzgando a la memoria y proyectando el deber del porvenir".

No es cosa fácil seguir y entender a fondo las divagaciones de Bilbao sobre historia, política y religión. Su racionalismo metafísico le traiciona a menudo y lo que pudo ser claro en quien tuviese sus ideas bien definidas, en el ideólogo de *La América en Peligro,* resulta vago, confuso y simbólico. Y es que si la literatura y la metafísica se prestan a divagaciones, las cosas de la política exigen claridad. "La política—advertía don Zorobabel Rodríguez—es una ciencia de aplicación, en la cual lo absoluto no debe tomarse sino como un desiderátum que es preciso perseguir incesantemente, pero con infinita paciencia y con infinitas precauciones" (1). Y Francisco Bilbao más imaginaba la realidad a su manera que no la comprendía tal como es. Discípulo de los mayores teóricos de la revolución social, proclama la necesidad de afianzar una democracia absoluta, que en sus sueños generosos afianzaba sobre un castillo de teorías difícilmente realizables. Y, el legislador, según el decir de Guizot, "debe persuadir-

(1) Zorobabel Rodriguez.—*Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*

se de que su misión no es la de aplicar o ensayar teorías". Bilbao, ideólogo antes que observador, aplicaba a la América doctrinas que sólo hubiesen calzado en civilizaciones como las de algunos países de Europa. Siempre comprendió que el régimen de las repúblicas indo-latinas no era perfecto, pero en su afán de preparar reformas posibles, siempre se anduvo por las ramas y no llegó a establecer jamás nada fijo sobre su manera de entender el gobierno de la soberanía popular. Y, al afirmar que el gobierno del pueblo es necesario, no hacía más que compartir algunas afirmaciones de Rousseau; al criticar el pecado original dentro del catolicismo, iba directamente a establecer la igualdad democrática, basada sobre la acción del hombre libre. Bilbao creyó siempre en el imperativo categórico de los tres principios de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad, aunque no aceptaba la revolución misma. La libertad es para él "la idea legisladora que debe presidir a las acciones"; es el derecho del hombre; el derecho del pueblo; la moral; el bien; el pontificado de la república definitiva; la libertad, por último, es "identidad de ser y de fuerza, ley y vida, igualdad y fraternidad". El hombre completamente libre debe propender, forzosamente, a mantener la igualdad en la vida, en el trabajo y en la acción espiritual. Y, quien dice igualdad y libertad, supone su consecuencia: la fraternidad. Sólo en la forma

de gobierno republicano encontraba Bilbao la aplicación de los tres principios, y, especialmente, en las repúblicas americanas, jóvenes aún, cuya vida libre apenas si contaba medio siglo. Pero, advertía también que de esa feliz libertad republicana al exceso de todo despotismo sólo había un paso. "Nosotros creemos—decía—que ser libres es ejercer el poder, ser libres con el poder. De ahí nace que toda libertad entre nosotros produce el despotismo o la anarquía". Cuantas veces del exceso de esa libertad nació el caudillaje o la guerra civil; cuantas veces la seguridad de sentirse demasiado libre no perdió a los Rozas, a los Castilla y a los Balmaceda. Y es que en ciertos casos la libertad no es algo absoluto, aislado y abstracto, sino que una consecuencia y un derivado de las instituciones sociales de un país. El medio engendra la libertad. Con ella acontece lo que con ciertas plantas prolíficas en los terrenos adecuados: solas sacuden sus semillas y solas se reproducen año a año. Un espíritu libre como una agrupación independiente llevan la libertad en sí y no necesitan cultivarla sino que mantenerla en cualquiera forma de gobierno. Es el caso de Inglaterra o de Suiza. Y el caso opuesto sería también el de la Francia de la Revolución Francesa, que, en fuerza de pretender asegurar la libertad con lazos indelebles, llegó a perderla y a erigir el despotismo en forma de gobierno. Sucede en tales casos lo que le ocu-

rrió al diestro gimnasta de las carreras de Antioquía: deseando vencer en un torneo de carros, buscó una cuadriga de corceles salvajes. Al partir estos no atinaron a correr con la fuerza que su conductor suponía, sino que dieron rienda suelta a sus instintos salvajes hasta acabar por deshacer el carro a coces. De tal manera, ¿qué libertad sería posible soñar entre un elemento que no tiene la conciencia de su individualidad? ¿Cómo pensar en gobierno popular, cuando un pueblo es analfabeto y vive entregado a las pasiones de su animalidad? Fué este el error mayor de Bilbao al soñar en doctrinas inabordables. Suponía una base que no existía aún: la unidad consciente. Pero este error no fué suyo, en realidad, lo aprendió de sus maestros, del Rousseau de "El Contrato Social" y de Fourrier. Si la República ha sido una de esas felices casualidades que han presidido en los destinos de la América Latina, no por eso debemos creer que en dichas Repúblicas se ha cumplido un ideal de buen gobierno y de soberanía representativa popular: bastaría recordar las muchas revoluciones que han dado al traste con buenos gobiernos para allegar un argumento poderoso en contra de su inmunidad.

XIV

La negación religiosa

Si en los campos de las ideas políticas e históricas Bilbao fué un disociador audaz, en el terreno de la controversia religiosa fué un demoledor temible. Formidable ariete, desde sus años de juventud inició una cruzada incesante contra el catolicismo; ni el destierro ni las amenazas, ni el aislamiento, ni la miseria, entibiaron jamás sus entusiasmos: en Santiago promueve ardientes escándalos y se acarrea una excomunión arzobispal con sus escritos: *Sociabilidad Chilena* y *Los Boletines del Espíritu;* en el Perú, la cárcel de la Inquisición acalla sus campañas contra el catolicismo; en Argentina ayuda, secunda y luego dirige gran parte del movimiento masónico; contesta con valentía una pastoral en la cual se le

condenaba; publica un Evangelio para el pueblo destinado a combatir violentamente la acción de la Iglesia en el desarrollo de la civilización indo-latina; compone un extenso trabajo sobre la "Vida de Jesús" de Renan, cuyo fin es negar amplia y analíticamente la divinidad del Nazareno; da a luz una serie de críticas, agudas, mordaces, en las que rebate el principio de la revelación como contradictorio para la obra de Dios mismo, pues contraría sus propias leyes; escribe en los periódicos, habla en las asambleas, vocifera en los corrillos, aconseja en sus cartas, no cesa un instante, donde esté, a todas horas, de robustecer su campaña anti-religiosa con honradez y serenidad, no valiéndose jamás de la injuria, ni de la exhibición para conseguir sus fines. Es un enemigo temible, rudo, obstinado, pero es un enemigo noble, franco, que, en todas partes, muestra él primero su frente blanca y sus ojos transparentemente azules. No se oculta porque nada teme; no transige con los convencionalismos porque ama, por sobre todas las cosas, la verdad; no cede ante los obstáculos y las barreras, pues su convencimiento es apostólico; mira cara a cara su porvenir incierto, su soledad, sus infortunios, y, sin embargo, saca fuerzas de sus flaquezas: la enfermedad terrible le estrecha cada día más y más su dogal en la garganta; su digna esposa llora solitaria en las vigilias largas y lentas de las crudas noches, esperando al com-

pañero de su vida que disipa en noble apostolado las postreras fuerzas de su existencia, como en los mejores años de su juventud. Mas, a pesar de su debilidad física, a pesar de que la muerte se aproxima cruel y segura, Bilbao no transige, no cede un momento. El amor a la verdad es más fuerte que él. Por eso sus enemigos le odian con saña: no conciben aquella resistencia porfiada que cautiva a muchos con su actividad extraña. Aquel hombre ya delgaducho, de pecho profundamente hundido y de ojos cadavéricos, vacilante como una llama moribunda, tenía aún energías sobrehumanas para erguirse en las asambleas del Retiro y de Colón y hablar sobre los ideales que siempre acariciara: contra el despotismo, contra la religión, contra las ambiciones de Europa sobre la América Latina.

Aunque místico en sus inquietudes ideológicas, Bilbao hubiera querido presenciar en la humanidad el imperio absoluto del espíritu racionalista y la vuelta hacia el paganismo que, en la primera época de la Revolución Francesa, intentaron erigir en culto algunos de sus corifeos. Fuertemente orientado por la escuela filosófica alemnaa desde Feuerbach a Strauss, asiduo lector de Hegel y de Lassen, en cuyas lecturas le iniciara su padre espiritual Edgard Quinet, su espíritu se libertó enteramente de toda creencia religiosa después de su segundo viaje a Europa. Sólo en aquella época comienza a ver bien

claro el camino que ha de seguir. Entonces lee, por tercera vez, a Hegel y consigue sacar fuertes provechos de sus doctrinas. Las primeras obras del filósofo tudesco le permiten penetrar lenta y metódicamente, como al héroe mitológico que fiado del hilo recorrió el Laberinto, en las encrucijadas de la escuela germanista que abarca todas las mutaciones del pensamiento hegeliano (1). Y el espíritu de Bilbao, acorazado de una débil cultura y de una más débil penetración crítica, se dejó envolver libremente por todas las audacias de aquel racionalismo demasiado reflexivo y demasiado inconsecuente. El cielo azul de su espíritu latino se convirtió en un atardecer gris y penumbroso, opaco y frío. Ni siquiera conservó en la segunda época de su corta vida ese amor sereno que, en sus primeros años, le profesó al cristianismo evangélico. A pesar de haber leído con amor las primeras obras de Renan, no tuvo la cordura de imitar los arranques de ese altísimo espíritu escéptico que, como nadie, comprendió, am-

(1) Es preciso recordar que aunque Bilbao no poseía el alemán se le presentó, seguramente, cerca de Quinet que estuvo siempre muy al cabo del movimiento filosófico tudesco, ocasión de conocer suscintamente los escritos de la escuela hegeliana, sobre todo de Bauer, Feuerbach, Daumer, Strauss y Zeller. Además, es oportuno recordar qué se habían publicado en París en 1850 dos colecciones de los escritos más importantes de dicha escuela: "Qu'est-ce que la Bible d'aprés la nouvelle philosophie allemande?" y "Qu'es-ce que la religión?"

olia y hondamente, todas las bellezas que el cristianismo ha desparramado durante diecinueve siglos a través de la civilización. Las disciplinas áridas de Feuerbach y de Lassen transformaron su corazón ardiente en un sepulcro; disiparon aquella hermosa exaltación ardiente de sus veinte años. En su afán de rebajar la acción católica, Bilbao acusó injustamente a la Edad Media de bárbara y obscura, prolongando el crudo prejuicio de la escuela alemana. ¿Acaso es posible hablar de esa Edad Media "enorme y delicada" que recordaba Verlaine, echando sobre ella un velo de sombras y de olvido, cuando del fondo tenebroso de su noche brotan estrellas luminosas y radiantes? ¿O, acaso un arte rico, original, imperecedero, no basta para justificar la existencia de una época que si fué guerrera, cruel y bárbara, supo dar aliento en su vientre fecundo a pintores, poetas y santos? "En todas partes donde hay originalidad,—ha dicho Renan,—verdadera expansión de algunos instintos de la naturaleza humana, es preciso reconocer y adorar la belleza" (1). Es necesario excusar en parte la barbarie, como la excusaba el autor de *Caliban,* siempre que se halle en ella la expresión de la perfecta belleza y una aspiración original del alma humana. Es preciso haber sentido bajo el cielo de Italia la pureza alada de las vírgenes

(1) Ernesto Renan.—*Vida de los santos.*

de Fra Angélico y del Perugino; es preciso evocar la divina leyenda del Santo de Asís, en cuyo espíritu se hermanaban una mística aspiración divina y una serena bondad humana; es preciso haber reparado en las vidas de un Fra Domenico Cavalca; es preciso, por fin, haber sentido, luminosa y profundamente, los símbolos del Nazareno y las bellezas de María, interpretadas por pintores, santos y poetas, para comprender toda la perfección espiritual que significa el cristianismo en su esencia. Sólo el hecho de que en el espíritu de quien escribió la "Vida de Santa Rosa de Lima", la escuela alemana hubiese operado una transformación total, se supone que no comprendiese profundamente la huella luminosa que en el arte ha dejado la influencia del símbolo cristiano.

Es preciso analizar detenidamente en qué consistían los ataques de Bilbao contra el catolicismo. Ya, en capítulos anteriores, hemos visto de cómo el autor de la *Sociabilidad Chilena* combatía ardorosamente el catolicismo por encubrir cerca de los Gobiernos la tiranía, apoyando su acción contra la libertad, y hemos visto también la interpretación y el alcance que se le daba a su negación del pecado original cuando Bilbao publicó *Los Boletines del Espíritu.*

Réstanos ahora repasar algunas de sus negaciones fundamentales, como ser la de la divinidad de Jesu-

cristo, la revelación, el milagro, la interpretación de los Evangelios, la conducta de la Iglesia como no ajustada al texto de las Escrituras.

Racionalista convencido, Bilbao amaba en el Nazareno, la profunda transcendencia humana de sus acciones y de sus doctrinas y el altísimo sentido espiritual de su vida; veía en él más a un filósofo que no a un iluminado por virtudes y misiones superiores. ¿Qué de extraño es, entonces, que con todo su amor de ideólogo, se diera a la tarea de rastrear en los Evangelios el carácter verdadero de la persona divinizada? La lectura del libro de Renán lo obliga a repasar su vida y las obras de sus historiógrafos. Realiza en tal momento el doble estudio de confirmar la negación de la divinidad de Jesús y de probar que los Evangelios han sido mal interpretados por el catolicismo. Veamos las razones y la confirmación de sus dudas. "Como yo había encontrado creencias,—escribe—dogmas, instituciones y deberes de la religión católica en contradicción con el Evangelio, emprendí la tarea con curiosidad y esperanza; *y cuál fué mi sorpresa y mi alegría al descubrir que el Evangelio no afirma jamás la divinidad de Jesús,* sino que, al contrario, cuando, por algunas palabras mal interpretadas, los judíos le acusaron de blasfemia, *el mismo Jesús negó terminantemente su identidad con Dios"* (1). Claramente advierte San Juan que Jesucristo se

(1) FRANCISCO BILBAO.—*La Revolución Religiosa.* I. Con la cita

proclamó Dios cuando expresó ser igual a su Padre: *Ego et Pater unum sumus.* ¿Renan mismo no afirma que Jesucristo tuvo "la idea fija de hacerse pasar por Dios?" Bilbao, que profesaba por el Nazareno una extralimitada admiración humana, en su afán de engrandecer al hombre, arremete contra el propio testimonio de los Evangelios, procurando asestar un golpe a fondo al catolicismo al negar la divinidad de Jesús. Sin embargo, la inconsecuencia de Bilbao en esta parte es grande y contraria a toda lógica: supone que la idea de la divinidad para ser enseñada y transmitida necesita violentar a la razón y por lo tanto no puede ser racional; con lo cual no parece sino que quisiera probar, recurriendo a hechos científicos, una afirmación que está fuera de toda ley y que no tiene más base que la del testimonio de su primer inventor. El absurdo que pretende justificar lo im-

---

del Evangelio de San Juan comprueba Bilbao su afirmación. Dice Jesús, según el evangelista, al predicar a los judíos:

30. Yo y el Padre somos una cosa.—31. Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle.—32. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál obra de ellas me apedreáis?—33. Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia; *y porque tú, siendo hombre, te haces Dios a tí mismo.*—34. Jesús les respondió: No está escrito en vuestra ley: Yo dije, Dioses sois?—35. Pues si llamo *dioses* a aquellos *a quienes vino la palabra de Dios*, y la Escritura no puede faltar.—36. A mí, que el Padre santificó, y envió al mundo, vosotros decís Qué blasfemo porque he dicho, *soy Hijo de Dios.* (Juan X.)

posible sobre el absurdo mismo, no debe siquiera discutirse; se destruye con el desequilibrio de su propia sin razón. Jesús, al afirmar la divinidad del Padre a través de sus acciones y de su predicación, quiso hacer derivar su obra de un origen puramente divino y fortificar en los que habían de seguir sus enseñanzas la integridad del reino interior individual: "Es indudable que el reino de Dios—dice Labanca—ante todo es interior en el hombre y tiene su propósito moral; puesto que Pablo escribe claramente: "El reino de Dios no es comida ni bebida; sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (1). Como hijo de Dios el Nazareno habla de la perfección del Padre cual de un ejemplo divino para los hombres. San Mateo advierte en su Evangelio que "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; así también, nadie conoce al Padre, sino el Hijo, *y aquel á quién el Hijo haya querido revelarle.*" Lo cual interpreta Harnack, el sabio catedrático de la Facultad de Teología en Berlín, diciendo que "La conciencia que tiene de ser el Hijo de Dios, no es más que la consecuencia práctica de haber reconocido a Dios como a un Padre, como a su Padre. En el conocimiento de Dios, rectamente entendido, está toda la dominación de Dios". Y, poco antes, advertía el propio Harnack que Jesús, a través de los Evan-

(1) BALTASAR LABANCA.—*Jesú di Nazareth.*

gelios, "Es un *yo* que siente, que reza, que acciona, que pelea, que padece; un hombre que *aún al encumbrarse hasta su Dios no se divorcia de los demás hombres*" (1). Pero, caben en las afirmaciones de todos los comentadores de los Evangelios intenciones muy diversas: con la escuela racionalista alemana Bilbao negó perentoriamente la divinidad de Jesucristo, pues semejante divinidad empequeñecía ante sus ojos al humano filósofo del Sermón de la Montaña, al amigo de los niños y al amador de la naturaleza fecunda.

Pero, volviendo a la negación primera de Bilbao, es preciso comprobar si el propio Jesucristo y los Evangelistas no afirmaron su divinidad. En este sentido es muy elocuente el testimonio de Plinio el Joven, cuando le escribía al Emperador Trajano, al hablar de los cristianos: "No ocasionan ningún mal; se reunen antes de nacer la aurora *para entonar himnos a Cristo como a un Dios*". Además, si los Evangelistas no creían ver en él a un Dios, ¿por qué le atribuyeron los milagros? Según el Evangelista Mateo, Jesucristo se proclamó Dios. Recordemos aquella conversación entablada entre el Nazareno y sus discípulos: "Quien ha dicho que soy el Hijo del hombre". Y, como ellos le respondieran: "Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías;

(1) A. HARNACK.—*La esencia del cristianismo.*

otros, Jeremías; o uno de los profetas". Y él les respondió: "Y vosotros, ¿quién decís que soy?" Simón Pedro respondióle: "Tu eres Cristo, el Hijo de Dios vivo" (1). En otra parte del mismo Evangelio se relata que, como fuese condenado a muerte por haber declarado que era el Hijo de Dios y habiéndosele interrogado si era Cristo, el Hijo de Dios, el Nazareno responde: "En verdad, lo soy" (2). El Evangelista Lucas, haciendo referencias a esta misma parte de la vida de Jesús, refiere que cuando los sacerdotes le preguntaron: "Si eres Cristo, decídnoslo". Y Jesús responde: "Si os lo digo, no me creeréis". A lo cual replican los sacerdotes: "¿Entonces eres el Hijo de Dios?". Y el Nazareno les contesta: "En verdad, lo soy" (3). Como corroboración de esto es preciso recordar que San Lucas le proclamaba antes en su Evangelio: "El Altísimo, el Señor que ha descendido de lo Alto" (4). (*Visitavit nos oriens ex alto*). "La expresión Hijo de Dios—escribe Salvador—era de uso corriente entre los hebreos, para indicar al hombre de gran sabiduría y de gran piedad. "Pero no fué en tal sentido como la empleó Jesucristo. Así no habría cau-

(1) Mateo, v. 28.
(2) Mateo. XVI, 64.
(3) Lucas. XII, 67.
(4) Lucas. I, 76-78.

sado tal sensación" (1). ¿No recuerda el propio Salvador que al juzgar el Senado a Jesús le condenaba porque había profanado el nombre de Dios usurpándoselo para sí mismo? En el capítulo décimo del Evangelio de San Juan, dice Jesús: "¿Por cuál de mis buenas obras me lapidáis?" A lo cual le respondieron los judíos: "No es por una de tus buenas obras, sino porque, siendo hombre, te proclamas Dios" (2). No fué en una sino en múltiples ocasiones como Jesucristo afirmó ser hijo de Dios; y contra lo que estimaban una blasfemia los judíos iban sus peores invectivas. Cuando el Nazareno agoniza en la Cruz, el pueblo le grita en son de burla: "Va, desciende de la cruz, si eres el Hijo de Dios" (3). El abate Poulin prueba de cómo San Juan escribe el Evangelio a fin de establecer la divinidad de Cristo contra Cerintio y contra los Ebionistas" (4).

De estos testimonios sacados de los Evangelios, ¿cómo es posible comprender el error de Bilbao, cuando, al comentar a Renán, exclamaba: "¿y cuál fué mi sorpresa y mi alegría al descubrir que el Evangelio no afirma jamás la divinidad de Jesús, sino que, al contrario, cuando por algunas palabras

(1) *Vida de Jesús*. Citada por el abate Poulin.

(2) Juan. V. 31-32.

(3) Citado por el abate Poulin de la obra de Bougaud. *Jesús-Christ.*

(4) L. Poulin et E. Loutil.—*La divinité de Jésus-Christ.*

mal interpretadas, los judíos le acusaron de blasfemia, el mismo Jesús negó terminantemente su identidad con Dios?" (1). Pero, fuerza es reconocer que la idea no era de Bilbao sino que de Renan: "Jesús—dice el autor de "Calibán"—no afirmó en ningún momento la idea sacrílega de ser Dios. Se cree en relación directa con Dios, se cree hijo de Dios" (2). Más tarde la Iglesia estableció claramente la razón humana y la razón divina del Cristo: en el Concilio de Nicea se declara su perfección en divinidad y su perfección en humanidad; Dios y Hombre, consubstancial con el Padre por la divinidad, y consubstancial con nosotros por la humanidad. El sexto sínodo ecuménico de Constantinopla expresa: "Dos voluntades naturales no contrarias; pero su voluntad humana determinada y subordinada a su voluntad divina y absoluta".

Sin embargo, Bilbao racionalista y amante de los hechos positivos de la experiencia, no podía aceptar semejante mitología compuesta por la fantasía de los Evangelistas. El aceptaba con el comentarista Paulus que los Evangelios eran historias escritas por hombres crédulos, bajo el imperio de la imaginación viva. Y lo que fué conservado oralmente durante los primeros tiempos pudo ser desfigurado

(1) Francisco Bilbao.—*La Revolución Religiosa.*
(2) Ernesto Renan.—*Vie de Jésus.*

fácilmente después, según pasaba de boca en boca antes de ser escrito. Ya Holtzmann, al hacer referencias a la tradición sinóptica, escribía que "deben sus características más importantes al hecho de que ha crecido durante largo tiempo oralmente" (1).

Al tratar de los milagros, Bilbao no es menos escéptico y duro. En nombre de la ciencia condena las que él estima como fábulas que desvirtúan todo el humano fondo moral de sus doctrinas.

La vida del Nazareno le parecía a Bilbao deformada totalmente por la imaginación de los Evangelistas. Acaso escudado en aquello que declaraba el tercer Evangelista cuando escribía "se lo sacó todo absolutamente de la cabeza", quiso interpretar erradamente lo que no pasaba de ser más que una confesión ingénua sobre el arte de componer aquel libro. Pero, en cuanto al valor que como testimonio de verdad, respecto de la vida del Nazareno, le concedía Bilbao a los Evangelios, no parece sino que siempre dudó de la veracidad de dichos documentos. Demasiado radical en sus interpretaciones, no comprendió el ideólogo de la *Sociabilidad Chilena* que "No es posible comprender el cristianismo si no se estudia el desarrollo en el terreno en que desarrolló su acción" (2). ¿Cómo ha de ser posible,

(1) *Hand Commentar zum Neuen Testament.*
(2) NIETZSCHE.—*Der Wille zur Macht.* (I Teil). *Der Antichrist.*

entonces, aplicarles un método científico moderno, cuando dichos libros están edificados sobre una base que muchos críticos suponen enteramente imaginativa? Con razón advertía el mismo Nietzsche que las historias de los santos—y con ellas las del Nazareno—"son la literatura más equívoca que existe" (1). Y las propias aberraciones de los Evangelios se pueden deducir de la conducta que ha observado la Iglesia respecto de sus enseñanzas: se ha separado totalmente de ellos hasta el punto que no andaban errados quienes como el filósofo de "Der Wille zur Macht", aseguraban que "El cristianismo niega la Iglesia" y que Bilbao tomó como base en su estudio sobre la obra de Renán.

Pero analicemos uno de los puntos capitales de los Evangelios, sobre el cual Bilbao dirige sus ataques más audaces. Al tratar de los milagros, Bilbao escribe: "Nuestra proposición, que parecerá muy atrevida, sobretodo de los historiadores, es que Jesús no creía en el poder de hacer milagros", (2) con lo cual le atribuye perentoriamente a los Evan-

---

(1) NIETZSCHE.—*Der Wille zur Match.* (I Teil). *Der Antichrist.*

(2) No era tan atrevida como él suponía tal afirmación, pues ya veintinueve años antes (en 1835) escribía Strauss: "Si Jesús condena la manía de los milagros, (Juan, 4, 48) y cuando le exigen pruebas siempre responde negándose, esto nos prueba que no haya hecho, voluntariamente, milagros en otras ocasiones que estimó más propicias". *Leben Jesu.* Ya en París había aparecido la primera traducción francesa de la obra alemana en 1853.

gelios las invenciones que todos aceptan como hechos de origen divino y que afirman la propia divinidad del Nazareno. ¿Cómo prueba tales negaciones? Comienza Bilbao por citar a Strauss en aquello de que "El antiguo Testamento presentaba los tipos mejor preparados para la formación de narraciones detalladas, de resurrecciones aisladas". Y, avanzando más aún, toma Bilbao como ejemplo típico uno de los más conocidos milagros que se le atribuyen a Jesús: la resurrección de Lázaro. La primera interpretación que acepta es la de Renan, que supone que Lázaro estaba enfermo y deseando verle el Nazareno dijo: "Alzad la piedra". Marta exclamó entonces: "Señor, él hiede, pues hace cuatro días que está muerto". Descubierto el sepulcro y como Lázaro apareciese ante su vista aún amortajado, Jesús dijo: "Desatadle y dejadle andar" (1). "Esta aparición—escribe Renan—debió ser mirada naturalmente por todos como una resurrección" (2).

El milagro es negado, advierte Bilbao, (pues ya suponía Renan, anteriormente, que Lázaro "pálido aún a causa de su enfermedad, se hizo amortajar y encerrar en su sepulcro de familia (3), pero se afirma la existencia de un hecho que pudo ser considerado como milagro. También supone Renan que

(1) Juan. XI.
(2) RENAN.—*Vie de Jésus.*
(3) RENAN.—*Vie de Jésus.*

"Instintivamente persuadidos de que Jesús era un taumaturgo, Lázaro y sus dos hermanas pudieron ayudar en la ejecución de uno de esos milagros, como tantas personas piadosas que, convencidas de la verdad de su religión, han querido triunfar sobre la obstinación de los hombres mediante recursos en los que ellos advertían bien clara su propia debilidad" (1). La necesidad de lo sobrenatural se imponía para deslumbrar y atraer a las multitudes. Es preciso recordar que Neander (2), suponía en los milagros de resurrecciones realizadas por el Nazareno la necesidad de una muerte aparente. También es posible, advierte Strauss, que "a causa de la imperfección de la medicina entre los judíos de entonces, un síncope pudo ser tomado fácilmente por una verdadera muerte" (3). Lo cual en este caso está fuera de la lógica, sobre todo si nos atenemos al testimonio de Marta, que le advierte al Nazareno que Lázaro hedía por estar muerto cuatro días. Analizadas todas las circunstancias que presidieron en tal milagro, Strauss llega a la conclusión, aceptando la opinión de algunos teólogos, que las resurrecciones narradas en los Evangelios "no eran otra cosa que mitos, hijos del afán que caracterizaba a la antigua comunidad cristiana de modelar su Me-

(1) Renan.—*Vie de Jesus.*
(2) Citado por Strauss en su *Leben Jesu.*
(3) Strauss.—*Leben Jesu.*

sías, calcando el tipo de los profetas y el de la ciencia mesiánica" (1).

Bilbao no se dió a analizar ni discutir en sus estudios religiosos sobre la lógica o la racionalidad de los milagros. Los negó rotundamente como contrarios a las leyes naturales: "No hay milagro—escribía—sin violación de una ley natural. La ley natural es la manifestación de Dios en la forma de los séres. Si Dios destruyese la ley de gravedad a que están sometidos los cuerpos, destruiría la esencia misma de la materia, lo que importaría anonadar su substancia. Sería lo mismo que crear para sepultar en la nada" (2). Y, más adelante, extremando su dialéctica, agrega: "La creencia en el milagro supone la idea de un Dios que, no sólo cambia de ideas, sino que se contradice a sí mismo. Decir, con San Agustín y el abate Moigno, que el milagro es la única vía por la cual puede Dios manifestar su voluntad, es decir, que Dios sólo por la contradicción puede ostensiblemente revelarse" (3). Y ascendiendo más en su afirmación, Bilbao suponía que si Dios ha sido el supremo creador, debe respetar su obra y no puede violar las leyes que la rigen a trueque de falsear su creación misma. Sin embargo, los comentadores de los Evangelios acep-

(1) STRAUSS.—*Leben Jesu.*
(2) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos.*
(3) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos.*

tan tales contradicciones, pues la virtud de los hechos confirma los fundamentos de la religión. ¿No decía Wallon que "La religión que tiene sus fundamentos en la razón, tiene su demostración en los hechos? Ella justifica sus principios; que se juzgue por sus obras" (1). Es decir, que si el milagro contradice las leyes creadas por Dios, afirma, en cambio, su poder supremo ante los hombres. De lo cual resulta una conclusión lógica parecida a la de aquel profesor de natación que, a fin de elogiar sus métodos náuticos ante sus discípulos, sólo nadaba aplicando las maneras defectuosas que él no enseñaba, para hacer resaltar la excelencia de sus clases, por contraste. Es la lógica de aquel rico patricio romano que creaba jardines opulentos y hacía construir palacios suntuosos para darse el solo placer de ordenar su destrucción.

Como lo aseveran numerosos comentaristas modernos de los Evangelios, desde Paulus a Strauss, y desde Renán a Harnack, no es posible atribuirle a los milagros un valor intrínseco especial, ya que los Evangelistas no se atuvieron siempre a lo que observaron sino que en muchas ocasiones acogieron relatos y suposiciones tan sólo aceptadas con la garantía de la palabra, lo cual podía justificar, en

(1) H. WALLON.—*Vie de Notre Seigneur Jésus-Christ, selon les concordances des quatre évangélistes.*

parte, lo que advertía Jacquier cuando afirmaba que "la historicidad de los hechos naturales que refieren los Evangelios garantiza la de los hechos sobrenaturales: lo natural y lo sobrenatural estaban íntimamente ligados en los Evangelios, y, por consecuencia, eran indisolubles" (1).

Si los Evangelios aparecían contradictorios y fáciles de inducir al error ante los anhelos reformistas de Bilbao, la Iglesia Católica era para su racionalismo filosófico la mayor impostura posible. ¿Cómo aceptar una institución que basaba su eternidad sobre la concepción de la divinidad de su fundador, si esa divinidad no había sido proclamada por el propio Jesús? Y, sí, además, dicha religión fundaba sus cimientos sobre la revelación y esa revelación no podía existir ante su entendimiento por contradecir las leyes de la vida establecidas por Dios mismo, ¿cómo era posible aceptar su origen divino? He aquí las dos grandes negaciones de Bilbao que se basaban y se desprendían como corolario de sus negaciones anteriores sobre la interpretación de los Evangelios. Pero si estas razones sólo se relacionaban con la estabilidad de la Iglesia en lo que respecta a sus relaciones humanas es preciso repasar algunas de las negaciones metafísicas de Bilbao sobre la divinidad de Dios. La primera negación es la

(1) E. JACQUIER.—*La Crédibilité des Evangiles.*

de substancia infinita: Dios no es la substancia infinita,—afirmaba Bilbao,—luego el infinito no es Dios. "De esa idea,—escribe,—se deduce que puede haber aumento de substancia, o creación de la nada, porque sería suponer que la substancia infinita ha sido aumentada, lo que sería contra la proposición afirmada" (1). La segunda negación es la de inteligencia: soy la inteligencia, luego la inteligencia es eterna. "Dios como inteligente—dice Bilbao—es omniciente, es la sabiduría absoluta. De esta idea se deduce que no puede cambiar su pensamiento, ni arrepentirse, como lo afirma la Biblia". ("Arrepentirse de haber hecho al hombre en la tierra... *Traeré*, dijo, *de la haz de la tierra al hombre que he criado, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho* (2). La tercera negación es la del legislador: La ley o la forma constituyen la existencia. Y como ellas son su creación y por lo tanto un reflejo de su divinidad contradecirlas, destruirlas o negarlas es negar su propia divinidad. "Cambiar esa ley es cambiar la naturaleza divina. Cambiar la naturaleza divina equivale a negarla" (3). La cuarta negación es la de la inmutabilidad: "Dios no puede variar ni su substancia, ni en pensamiento, ni

(1) Francisco Bilbao.—*Estudios religiosos.*
(2) Génesis. VI, 6-7.
(3) Francisco Bilbao.—*Estudios religiosos.*

en voluntad" (1). Suponerle variaciones es afirmar su imperfección. ¿Cómo había de variar su substancia si él es el infinito, la substancia infinita? La substancia es una, única e indivisible. "Dios no puede pues, cambiar la substancia ni sus calidades, ni sus leyes". Luego, como cambio de substancia o transubstanciación, el milagro es imposible (2). Dios no puede alterar sus leyes, su creación, porque dicha alteración acusaría la imperfección de la obra creada por su infinita sabiduría. Cambiar sería para él negar; y, si no puede alterar las leyes creadas por razón de perfección, deja de ser omnipotente. Su omnipotencia está subordinada a la razón de su divinidad misma. "La ley de Dios es la materia,—agrega Bilbao—es ley matemática o física, Dios no puede alterar, ni cambiar los axiomas matemáticos, ni las leyes de la materia. Luego Dios no es omnipotente" (3).

Tales son las negaciones religiosas de Bilbao: negación de la divinidad del Hijo de Dios, negación de las afirmaciones sobrenaturales de los Evangelios, negación, por lo tanto, de los orígenes divinos de la Iglesia y negación de la omnipotencia y de la divinidad del propio Dios. Esto último en cuanto a la idea metafísica del catolicismo, pues ya, en capítu-

(1) Francisco Bilbao.—*Estudios religiosos.*
(2) Francisco Bilbao.—*Estudios religiosos.*
(3) Francisco Bilbao.—*Estudios religiosos.*

los anteriores y al hablar de la *Sociabilidad Chilena* y de la Sociedad de la Igualdad, hemos analizado de cómo Bilbao combatía el catolicismo por ser solidario de la tiranía y por combatir contra los derechos de la libertad. Estas últimas constituyen sus negaciones sociológicas sobre las relaciones de la Iglesia con el poder y con la democracia.

XV

Conclusiones

Medio siglo ha corrido ya desde la muerte de Francisco Bilbao; medio siglo que pesa como una eternidad entre su obra y la de nuestros contemporáneos. ¿Cuál es la razón de que hoy no se la lea ya y de que su nombre sólo se escape del olvido por los hechos memorables a los cuales estuvo ligado? Analizadas ya las influencias que hicieron de su obra un reflejo audaz, es posible decir que su falta absoluta de originalidad influyó hondamente en su medianía ideológica. Es doloroso recordar que Bilbao siempre estuvo reflejando a dos o tres escritores de sus simpatías; primero fué Lamennais, luego Quinet, más tarde Strauss, Renán, Michelet y Rous-

seau. No logró independizarse nunca a fin de conseguir su personalidad.

Pero si en cuanto ideólogo la historia nacional no le asignará una de sus mejores páginas, en cuanto hombre de acción será de quienes descuelle más alto en la reseña de las luchas reñidas por el libre pensamiento americano. Ni en Chile, ni acaso en todo el continente indo-latino, ha habido un escritor que le aventaje en osadía, en noble convencimiento y en bárbara audacia. Más tarde, cuando corran los años, se hablará de Bilbao como del más ardiente apóstol del republicanismo, como del tribuno popular más entusiasta y como del más esforzado enemigo de todo despotismo político. Su gloria no será la aureola del pensamiento; su triunfo descansará sobre la base de su acción de hombre: de él podrán decir las generaciones venideras que jamás le aventajaron en honradez, en audacia y en libre convicción de lo que su enorme corazón estimó justo y redentor. Bilbao no persiguió remuneraciones fáciles; Bilbao abocó sólo las iras sociales; Bilbao elevó siempre erguida su blanca frente, desafiando las iras de sus enemigos como un roble aislado que, en medio de la montaña, resiste las tempestades y las iras del cielo, solo siempre, siempre solo. Y la virtud de la audacia honrada, de la franqueza que es un sacrificio, de pensar libre y serenamente sin temor a la tartufería habitual, es hoy aún una cuali-

dad difícil y arriesgada que ayer no más silenció la voz de un chileno digno de los caractéres plutarquianos. Si esto sucede en la actualidad es preciso suponer la fortaleza de Francisco Bilbao cuando, adolescente aún, lanzó en medio del remanso de aquella sociedad pelucona de mediados del siglo diecinueve, el grito audaz de su rebelión de hombre libre.

Francisco Bilbao hizo de su audacia un escudo y de su honradez una coraza: pero estas no le impidieron, como al héroe griego, morir sangrando por las veinte heridas que le infirieron las decepciones de sus derrotas y las alegrías de sus cien victorias.

Obras consultadas

AMUNATEGUI, DOMINGO.—"El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, de don Francisco Puente y de don Antonio Varas". (1835-1845).

AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS.—"Los Precursores de la Independencia de Chile." (3 vols.)

AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS.—"Don Andrés Bello y Francisco Bilbao", artículo publicado en "La Lectura" de Santiago. Correspondencia de Bilbao a Bello.

BARROS ARANA, DIEGO.—"Un decenio de la Historia de Chile" (1841-1851.)

BARROS ARANA, DIEGO.—"Historia de la administración del General Búlnes". (2 vols.)

BILBAO, MANUEL.—"Francisco Bilbao, su vida y sus escritos".

BILBAO, MANUEL.—"Obras completas de Francisco Bilbao". (2 vols.)

"Cuadro histórico de la administración Montt", escrito según sus propios documentos. (Valparaíso, 1861.)

BLANCO CUARTIN, MANUEL.—"Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas". ("El Mercurio" 1872.)

CRUZ, PEDRO N.—"Francisco Bilbao". Cinco artículos publicados en "El Porvenir", núms. 65, 66, 67, 68.—1894.

DIDE, AUGUSTO.—"La Leyenda Cristiána".

DOUMIC, RENE.—"Lamartine".

DE LA BARRA, EDUARDO.—"Bilbao ante la sacristía".

ESPEJO, ANGEL CUSTODIO.—"El partido radical, su obra y sus hombres".

EDWARDS, ALBERTO.—Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos".

ERRAZURIZ, ISIDORO.—"Historia de la administración Errázuriz".

ERRAZURIZ, ISIDORO.—"Diario Intimo". (Inédito).

ERRAZURIZ, FEDERICO.—"Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828".

FIGUEROA, PEDRO PABLO.—"Historia de Francisco Bilbao".

FIGUEROA, PEDRO PABLO.—"Obras completas de Francisco Bilbao". (2 vols.)

FAGUET, EMILE.—"Politiques et Moralistes du XIX siécle". (3 vols.)

FAGUET, EMILE.—"Politique comparée".

FUENZALIDA GRANDON, ALEJANDRO.—"Lastarria y su tiempo" (2 vols.)

GALDAMES, LUIS.—"El decenio Montt".

GONZALEZ BLANCO, EDMUNDO.—"Strauss y su tiempo".

GARCIA CALDERON, FRANCISCO.—"Les démocraties latines de l'Amérique."

GARCIA CALDERON, FRANCISCO.—"Le Pérou contemporaine".

HARNACK.—"La Esencia del Cristianismo". (2 vols.)

HOLTZMANN.—"Hand-Commentar zum Neuen Testament".

HUNEEUS, JORGE.—"Producción intelectual de Chile".

JANET, PAUL.—"La philosophie de Lamennais".

JACQUIER, E.—"La Crédibilité des Evangiles".

LASTARRIA, JOSE VICTORINO.—"Discursos parlamentarios".

LASTARRIA, JOSE VICTORINO.—"Recuerdos literarios".

LASTARRIA, JOSE VICTORINO.—"Estudios históricos". (3 vols.)

LASTARRIA, JOSE VICTORINO.—"Cartas citadas por don Manuel Bilbao".

LAMENNAIS.—"Correspondance".

LABANCA, BALTASAR.—"Jesú di Nazareth".

MARECHAL, CRISTIAN.—"La jeunesse de Lamennais".

MATURANA, PADRE VICTOR.—"Historia de los Agustinos en Chile".

MANDIOLA, RÓMULO.—"Francisco Bilbao y sus panegiristas".

MONCAYO.—"El general Castilla después de la Palma". (Citado por Lastarria).

NIETZSCHE, FRIEDRICH.—"Der Antichrist". (Der Wille zur Macht).

ORREGO LUCO, AUGUSTO.—"Historia del 20 de Abril". (Revista chilena).

ORREGO LUCO, AUGUSTO.—"Francisco Bilbao". (Revista de Santiago).

ORREGO LUCO, AUGUSTO.—"Bosquejo histórico de la literatura chilena".

POULIN, L. ET LOUTIL, F.—"La Divinité de Jésus-Christ".

QUINET, EDGARD.—"Merlin l'Enchanteur".

QUINET, EDGARD.—"Correspondance". (Lettres á sa mere).

QUINET, MADAMA EDGARD.—"Memoires de l'Exil". (2 vols.)

RIQUELME, DANIEL.—"La Revolución del 20 de Abril de 1851".

RODRIGUEZ BRAVO, JOAQUIN.—"Don José Victorino Lastarria".

RODRIGUEZ, ZOROBABEL.—"Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas".

"Revista del Nuevo Mundo". (Buenos Aires, 1857).

"Revista Católica". (Años 1850 y 51).

RENAN, ERNEST.—"Vie de Jesús.

RENAN, ERNEST.—"Estudios religiosos".

RENAN, ERNEST.—"La vida de los santos".

SAINTE BEUVE.—"Nouveaux Lundis". (11 vols.)

STRAUSS, DAVID FRIEDRICH.—"Leben Jesu". (11 vols.)

STRAUSS, DAVID FRIEDRICH.—"Das Leben Jesu für das deutsche Volk". (2 vols.)

STRAUSS, DAVID FRIEDRICH.—"Der alte und der neue Glaube".

TORRES ARCE, J. M.—"Los mártires del deber".

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN.—"Diario", Revista de Historia y Geografía, (núms. 2, 3 y 4).

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN.—"Historia de la administración Montt".

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN.—"Historia del 20 de Abril".

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN.—"Cuestiones históricas".

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN.—"Los girondinos chilenos".

WEISS.—"Lehrbuch des biblischen Theologie des Neuen Testaments".

WEIL, G.—"Histoire du parti républicain." (1814-1870).

WALLON, H.—"Vie de Notre Seigneur Jésus Christ".

ZAPIOLA, *José*.—"La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos".

INDICE

	Páginas
Preliminar	9
De un Conspirador a un Pipiolo	13
Espejo de una juventud ardorosa	21
La primera obra	29
Tribulaciones, horas de estudio e intimidad en Europa	41
Páginas escritas durante su estada en Europa	61
Santiago en 1850 - La Sociedad de la Igualdad	73
"Los Boletines del Espíritu"	105
Fracaso de una Revolución	113
Bilbao en el Perú	123
Una obra mística	131
Segundo viaje a Europa	143
Su vida en Argentina	153
El ideólogo.—Su concepto de la Historia y de la Política	165
La negación religiosa	175
Conclusión	199

OBRAS CHILENAS

Publicadas por la Empresa Zig-Zag

Alarcón Lobos (Roberto)	GENTE ALEGRE
Carrillo Ruedas (Armando)	BENDITO SEA EL FRUTO
Cerda (Aníbal)	DIDACTICA
Díaz Garcés (Joaquín)	PAGINAS CHILENAS
Donoso (Armando)	BILBAO Y SU TIEMPO
Gatica Martínez (Tomás)	LA CACHETONA
Latorre (Mariano)	CUENTOS DEL MAULE
Orrego Luco (Luis)	CASA GRANDE
" " "	EN FAMILIA
" " "	UN IDILIO NUEVO
Santiván (Fernando)	EL CRISOL
Silva Vildósola (Carlos)	EN LA NIEVE